

LITURGIA DE LA MISA

Explicación sencilla de la Misa a golpe de página

(Segunda edición, corregida y ampliada)

**Madrid, curso 2012- 2013
José Gonzalo, c.m.**

LITURGIA DE LA MISA

Presentación

Siempre he creído que lo más importante que puede hacer un sacerdote en toda su vida es la Celebración de la Eucaristía, la Misa.

Recuerdo bien que durante el primer año de mi ministerio sacerdotal (Angustina-Limpias, Cantabria, 1958), dediqué unos minutos en las homilías de los domingos a dar razón de la necesaria participación de todos los asistentes en la Misa, "la comida familiar cristiana". Era el modo de seguir las entonces recientes orientaciones litúrgicas del Papa Pio XII.

Ahora, bastantes años más tarde, al final de mi ministerio sacerdotal (por final de mi vida, amenazado por una obstrucción pulmonar crónica severa, EPOC), sigo con aquella misma tarea. Comentando la Liturgia de la Misa detalladamente, en la Misa de nueve de la mañana, de lunes a viernes, en la Parroquia-Basílica de la Milagrosa de Madrid.

Las páginas que siguen no son más que el extracto o síntesis, a golpe de página, de las homilías, de dos minutos máximo, para esas celebraciones diarias. Bajo el lema: Conocer bien la Misa para vivirla mejor.

En medio de lo dos momentos antes citados, han pasado casi 55 años de ministerio sacerdotal, compatibilizado con 35 años de trabajo como Director del Gabinete Psicotécnico Paúles, y 10 años al servicio de las Misiones Vicencianas (Director de AMVE-COVIDE y de la Revista "Caminos de misión").

En estos años, sin duda, ha habido trabajos un tanto comprometidos y apremiantes, pero nunca me ha faltado el tiempo necesario para preparar la Celebración de la Eucaristía adecuadamente. He mantenido siempre viva esa creencia de que en la vida del sacerdote no hay nada más importante que la Celebración Eucarística.

Con el convencimiento añadido de que "la mejor explicación o catequesis de la Misa es la misma Misa bien celebrada".

Madrid, curso 2012-2013
José Gonzalo
Misionero Paúl

LITURGIA DE LA MISA **APUNTES A GOLPE DE PÁGINA**

TEMARIO

01. Presentación del programa, finalidad, contenido, destinatarios.
02. Estructura general de la Celebración Eucarística.
03. Los Ritos Iniciales de la Misa. Saludo y Monición de Entrada.
04. El Acto Penitencial, rito inicial de la Misa.
05. El Gloria del rito inicial de la Misa.
06. Importancia de la Liturgia de la Palabra.
07. Estructura general de la Liturgia de la Palabra.
08. La lectura del Evangelio en la Misa.
09. El Salmo Responsorial en la Misa.
10. Aleluya y Versículos antes del Evangelio.
11. El buen servicio del Lector.
12. La Homilía en la Misa.
13. La Profesión de Fe. El Credo en la Misa.
14. Preces universales. Oración de los fieles.
15. Presentación de las ofrendas I.
- 15 Bis. Presentación de las ofrendas II.
16. Diferentes nombres de la Misa.
17. La Misa, Acción de Gracias.
18. La Misa, Sacrificio, Santo Sacrificio.
19. La Misa, Memorial.
20. La Misa, Fracción del Pan.
21. El nombre de Misa.
22. La Misa, Eucaristía en el hacerse.
23. La Misa, Cena del Señor.
24. Ni decir Misa ni oír Misa, sino celebrarla.
25. La participación de todos en la Misa, asignatura pendiente.
26. Las dos partes esenciales de la Misa
27. Distinción entre la “la joya” y “el cofre” (Farnés).
28. Liturgia de la Eucaristía.
29. La Plegaria Eucarística y sus elementos.
30. La Plegaria y las plegarias.

... sigue ...

TEMARIO

31. El Prefacio y los prefacios.
32. Aclamación del “Sanctus” y la Doxología final.
33. Invocación doble al Espíritu Santo (Epiclesis).
34. “Tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio”.
35. Palabras y gestos de la Consagración.
36. Fray Juan de la “mano seca”.
37. Memorial, en la Plegaria eucarística.
38. Oblación: Ofrecer y ofrecernos.
39. Intercesiones, por vivos y difuntos.
40. Rito de la Comunión.
41. El Padrenuestro en la Misa.
42. El Rito de la Paz.
43. La Fracción del Pan en la Misa.
44. La Comunión en la Misa.
45. Cómo recibir la Comunión.
- 45 Bis. Cómo comulgar en la mano (Dibujos).
46. Comulgar con el Pan, por intinción o con el Cáliz.
47. La Comunión más de una vez al día.
48. Ministros extraordinarios de la Comunión.
49. Condiciones para comulgar.
50. Rito de la conclusión.
51. Posturas y gestos durante la Misa I
52. Posturas y gestos durante la Misa II
53. La misa, acción comunitaria.
54. La participación de los fieles debe aparecer en los signos de la Misa.
55. Vivir y manifestar la participación activa en la Misa.
56. La Misa, comida familiar cristiana.
57. La Misa, celebración para todo el mundo.
58. La Misa y el compromiso social.
59. La Eucaristía y la justicia Social.
60. Vicente de Paúl y la celebración eucarística.
61. Palabras o expresiones poco comprensibles hoy.
62. El sentido de las aclamaciones.
63. La aclamación “Este es el misterio de la Fe”.
64. El sentido de las moniciones en la Misa.
65. La monición al Padrenuestro.

TEMARIO

66. La aclamación “Anunciamos tu muerte”.
67. “El Señor esté con vosotros”
68. El “Amén” de la misa.
69. El sentido de “Salvación- Salvador”.
70. A qué llaman “Misa bonita”.
71. El sacerdote y la Eucaristía.
72. La Reforma Litúrgica.
73. El Altar para la celebración eucarística.
74. los colores en la liturgia.
75. El silencio y los silencios de la Misa.
76. El porqué de la Eucaristía dominical.
77. ¿A Misa por precepto?
78. Normas Oficiales para la celebración de la Misa.
79. Obligada observancia de las Normas de la celebración de la Misa.
80. La Misa en el Catecismo de la Iglesia Católica.
81. La Misa, tema de la homilía,
82. Misal Romano. Última Edición. (Ed. 3ª).
83. Monitor o Animador de la Misa.
84. Preparación del buen Lector litúrgico.
85. La Mujer en la celebración Eucarística.
86. “Eucaristía para el pueblo”.
87. Palabras de la Consagración, sentido y dinamismo.
88. ¿Participar en la Eucaristía varias veces al día?
89. “Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor”.
90. Correcciones, con amor y con humor.
91. Los modos de hablar manifiestan quién y cómo se preside.
92. La Misa de hoy.
93. La Misa según el Calendario litúrgico.
94. Celebración de los Santos: Memorias.
95. Mejorar las celebraciones y profundizar en ellas.
96. Juan Pablo II, buen celebrante.
97. Insistencia preocupante de Juan Pablo II: La Misa dominical.
98. La Liturgia Papal y la Liturgia.
99. “He dejado de ir a Misa”.
100. Bibliografía básica utilizada.

TEMA 1º: FINALIDAD DEL PROGRAMA, CONTENIDO Y DESTINATARIOS.

Desde los primeros tiempos de su institución por Jesucristo en la Última Cena, la Iglesia se ha preocupado cuidadosamente de la celebración de la eucaristía, de la santa Misa.

Superando los vaivenes de la historia de los pueblos, sus culturas, costumbres e idiomas, los que tenemos cierta edad hemos podido comprobar el interés extraordinario de los Padres del Concilio Vaticano II por la Liturgia y más concretamente por la Liturgia de la Eucaristía, por la Eucaristía en su hacerse. Desde entonces se ha hecho un gran esfuerzo, con bastante éxito –relativamente – en la renovación y actualización de la celebración de la eucaristía, en hacer ver por todos los medios a su alcance, la necesidad de crecer en la información y formación sobre ella, y en urgir y la participación consciente, activa y fructuosa de todo el pueblo de Dios, presbíteros y laicos.

Imposible omitir “la ofensiva eucarística” de Juan Pablo II que siguió después del Concilio hasta los años inmediatos a su muerte: La encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”, la celebración del Sínodo de los Obispos del Mundo sobre la Eucaristía, la “Declaración del Año de la Eucaristía” (octubre 2004- octubre 2005). En su Mensaje de convocatoria dejaría anotadas tres de sus preocupaciones más vivas: La formación litúrgica de sacerdotes y fieles, el arte de celebrar la Eucaristía y la Homilía bien preparada de la Misa.

Formación litúrgica en torno a la Eucaristía no sólo para sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas, sino también muy encarecidamente para la gran mayoría de los cristianos, los fieles. Siguiendo esta misma línea Benedicto XVI ha publicado el documento “El sacramento del amor” referido a la Eucaristía.

Consecuentes con lo que venimos apuntando, con nuestras reducidas posibilidades y contando de antemano con el interés manifestado por muchos para conocer mejor la Misa en la que diariamente participan, propongo un pequeño programa de formación sobre la celebración de la Eucaristía, en la homilía de la Misa diaria. Con el enunciado comentado algunas veces: “Conocer bien la Misa para vivirla mejor”.

¿Destinatarios?: Originalmente todos los que habitualmente se esfuerzan por venir a participar activamente en la Misa de las nueve de la mañana. En la Basílica de la Milagrosa de Madrid. Haga frío, llueva, nieve o haga calor fuera. Espero sea útil a otros muchos cristianos en sus diferentes situaciones y circunstancias.

¿Cuándo y cómo?: En nuestro caso, dedicaremos a ello no más que el tiempo de la homilía de la misa, de lunes a viernes; minuto y medio o dos minutos de duración. Lo que puede resumirse en un folio.

Puede tomarse como agradecimiento a la participación eucarística a esa hora, que supongo exigirá no pequeño esfuerzo muchas veces. Para terminar, reitero lo escrito en la presentación del programa, y que es una obviedad a la luz de la fe: Durante muchos años he creído y sigo creyendo que lo más importante que hacemos durante el día es la celebración de la Eucaristía; ustedes y yo. ¿O no?

TEMA 2º: ESTRUCTURA GENERAL DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Jesús confió a su Iglesia un doble mandato: El anuncio del Evangelio y la actualización sacramental de su muerte, resurrección e ida al Padre. La Iglesia ensambló muy pronto estos dos mandamientos en una única acción. **La Liturgia de la Palabra y La Liturgia de la Eucaristía**, tan íntimamente unidas que constituyen un sólo acto de culto: La Misa.

A estas dos partes fundamentales preceden y siguen el Rito de Iniciación – al principio - y el Rito de Conclusión – al final de la Misa.

El Rito de iniciación –desde la Sede – comprende: El Saludo y Monición de Entrada que corresponden al sacerdote que preside. El acto penitencial o petición de perdón, con diferentes formas. Y se termina con la primera oración, “oración colecta”, así llamada porque intenta recoger las peticiones individuales de todos.

La Liturgia de la Palabra: Comprende normalmente la lectura de un fragmento del Antiguo o Nuevo Testamento; el rezo del Salmo Responsorial, a modo de respuesta, de ahí su nombre, seguido de la lectura de un fragmento de los Evangelios.

La homilía, que forma parte normal de la liturgia y la Oración Universal o Preces de los Fieles. Además en las fiestas, el Gloria, cántico de alabanza y el Credo, reafirmación de la fe, con sus diferentes formas.

La Liturgia de la Eucaristía: Integrada por la Plegaria Eucarística y el Rito de la Comunión. **La Plegaria Eucarística** que es “el centro y cumbre de la celebración”, comprende:

La acción de gracias, a través del Prefacio, que no es prólogo o proemio sino proclamación del misterio o santo que celebramos. Y que nos lleva a la aclamación del Sanctus.

Epiclesis o doble invocación -antes y después de la Consagración- al Espíritu Santo para que nos asista en la conversión del pan y el vino y nos mantenga unidos “en un solo cuerpo y un solo espíritu”.

Consagración, es el relato de la institución de la Eucaristía con las mismas palabras y gestos de Cristo en la Última Cena.

Anamnesis, memorial de la muerte y resurrección que celebramos ahora.

Oblación, donde ofrecemos al mismo Cristo al Padre y se nos invita a ofrecernos nosotros también. Intercesiones, a favor de los vivos y difuntos.

Doxología final: Expresa la glorificación de Dios, que se concluye y confirma con la aclamación del Amén sonoro del Pueblo de Dios.

Rito de la Comunión. Celebramos la Cena por encargo del Señor. Su Cuerpo y Sangre han de ser recibidos por todos, debidamente dispuestos.

Oración del padrenuestro: Con sentido de preparación, respondiendo a la invitación-monición del sacerdote que preside, lo recitamos todos y nos damos

La paz, oportunamente, a todos, figurados en los de nuestro entorno.

La fracción del pan. Más que un gesto práctico un gesto simbólico.

La Comunión y la Oración Postcomunión, para dar gracias por el don recibido. El pueblo hace suya esta oración con el amén, una vez más.

El Rito de conclusión: Tiempo para algunos avisos breves, si necesarios.

Bendición y despedida del sacerdote que preside.

Beso y despedida del altar, que representa a Cristo.

TEMA 3º: LOS RITOS INICIALES DE LA MISA

Finalidad

La finalidad de los Ritos Iniciales es crear comunidad entre los fieles, preparar los ánimos para lo vamos a celebrar, así como entrar en el sentido del tiempo litúrgico, fiesta o memoria de los santos que celebramos. A todo esto va también dirigido el “canto de entrada” de las misas festivas.

Contenido.

Los ritos iniciales los comprenden el “saludo y monición de entrada”, “la petición del perdón”, el “Gloria” en algunos casos de fiesta, y concluyen con la “primera oración”, propia del día.

Saludo y monición de entrada.

Desde la Sede –lugar de la presidencia- después de invocar a la Santísima Trinidad, el sacerdote saluda a todos los participantes presentes con palabras oportunas y cercanas, si es posible, y con la expresión mandada “El Señor esté con vosotros” o texto parecido. Y hace la monición de entrada con el fin de introducir a los fieles en la misa del día. De qué va la Misa que vamos a celebrar, invitando a todos a la participación activa y fructuosa.

En la introducción del Libro de la Sede – libro de la Comisión Episcopal de Liturgia de España – se dice expresamente que el Saludo y la Monición de entrada debería hacerla el sacerdote que preside, y no otros ministros o laicos; y que ha de ser necesariamente breve para mantener el equilibrio y la armonía en el total de la celebración.

La monición puede ser una buena oportunidad para incluir las ideas de la antífona que aparece en el Misal, en todas las misas, un tanto aislada y con poco sentido.

Las Normas Generales de la Misa dan por supuesto que todos conocemos de antemano la hora de la celebración de la Misa, y todos, sacerdote que preside y fieles, debemos esforzarnos por ser puntuales; entre otras razones por respeto a los que lo son y están ya esperando.

También suponen las Normas que no debemos quedar dispersos, distantes por los bancos, sino agrupados razonablemente adelante. La Misa es una celebración comunitaria.

Siempre es de agradecer el esfuerzo de todos en la puntualidad y colocación en el templo. Muchos de nuestros grandiosos templos resultan excesivamente grandes en las Misas diarias, donde el pueblo concelebrante aparece tan alejado del sacerdote que preside; por cierto, desde allá arriba, como encaramado en la Sede.

TEMA 4º: EL ACTO PENITENCIAL, RITO INICIAL DE LA MISA

El Acto Penitencial forma parte del Rito Inicial, después de la invocación trinitaria, el saludo del sacerdote que preside y la monición de entrada. Todos los que nos reunimos para la celebración eucarística somos pecadores a los ojos de Dios. La Eucaristía no es sólo para santos.

El sacerdote que preside invita a todos, con pocas palabras, a pedir perdón a Dios por nuestros fallos o pecados. Se trata sencillamente de un rito menor que no debe desequilibrar por su extensión la celebración en su conjunto. Es un rito añadido a la misa en la reciente reforma litúrgica después del Concilio Vaticano II. Antes, era únicamente el sacerdote que presidía la celebración, quien recitaba unas preces penitenciales al pie del altar. “Confiteor” o “Yo pecador...”.

El Misal actual ofrece cuatro posibilidades o modos de realizarlo después de unas palabras de invitación a hacerlo:

- 1) Recitando todos juntos “*Yo confieso ante Dios...*”
- 2) De forma dialogada, con el texto: *Señor, ten misericordia de nosotros...* y la respuesta *porque hemos pecado contra ti...*
- 3) De forma dialogada con el texto: *Tú, que has sido enviado a sanar los corazones afligidos...*
- 4) Invocaciones apropiadas para el tiempo o momento litúrgico que celebramos, seguidas de *Señor, ten piedad*, después de cada invocación.

Este cuarto modo, a la larga, por la variedad que permite, puede ser el más recomendable. Cuidando siempre que se mantenga la sencillez y la brevedad de los textos.

El Acto penitencial se omite siempre que precede a la misa cualquier otra acción litúrgica. Por ejemplo: Si antes de empezar la Misa hay alguna procesión, es el caso del Domingo de Ramos; Misa de matrimonio, donde precede la entrada festiva de los novios.

No se omite nunca por la solemnidad litúrgica de una fiesta; por ejemplo en la Misa del día de Navidad. Lo importante es celebrarlo con sinceridad. Intentamos “conocerlo bien para vivirlo mejor”.

Algunos días - solemnidades o fiestas litúrgicas – al acto penitencial sigue el himno del Gloria, que trataremos en otro momento. Sigue siempre la Oración primera o “Colecta”.

Tras la invitación *Oremos, recemos* del sacerdote, siguen unos momentos de silencio, luego reza la oración que hace referencia a lo que estamos celebrando e intenta recoger las peticiones de todos. De ahí viene el nombre de “oración colecta”.

TEMA 5º: EL GLORIA DEL RITO INICIAL DE LA MISA

"Gloria Dios en el cielo..." es un himno antiquísimo de origen griego. Consta, como introducción, del cántico evangélico de san Lucas (capítulo 12, versículo 14), al que sigue una alabanza al Padre, una súplica al Hijo y la doxología final trinitaria.

En realidad, exclamar sinceramente y con ganas ¡Gloria a Dios! supone haber conseguido un grado notable de fe; supone una experiencia de trato personal que nos puede llevar a decir cosas como: *¡Menos mal, que Tú si que eres bueno, comprensivo y misericordioso! ¡Me alegro de que no pueda dejar de decírtelo! ¡Conocerte es lo mejor que me ha podido suceder en la vida!*

Son expresiones de amor y reconocimiento gratuito elevados a la máxima potencia, porque van dirigidas al Dios infinito. Se inicia desde la Sede y se recita o canta por toda la Asamblea.

En el Gloria no se pide nada. No se compuso para la liturgia de la Misa; la Iglesia, maestra en oración, pone en nuestros labios esta oración doxológica de agradecimiento y adoración. Una primera parte dedicada al Padre todopoderoso, una segunda parte dirigida a Cristo Jesús, y una tercera con una invocación al Espíritu Santo.

¿Qué hacer para que cuando la Liturgia ponga en nuestros labios estas aclamaciones de gloria, emanen de nuestro espíritu con un poco más de sentido y de ganas?

Puede ser conveniente, de cuando en cuando, la introducción de este himno por el sacerdote que preside con algunas breves expresiones para lograr una recitación pausada, que facilite la interiorización de lo que se reza, y que evite la recitación mecánica y precipitada.

Aunque subjetivamente, de entrada, puede que no se tengan demasiadas ganas, podemos ser "activados" por el Espíritu Santo y ser capaces de abrimos poco a poco a la jubilosa experiencia de decir el "Gloria" como palabras verdaderas muy sentidas.

Se dice Gloria únicamente en las Solemnidades y Fiestas litúrgicas.

El texto es recitado por todos, y no tiene porqué resonar sólo la voz del que preside sobre todos los demás, únicamente porque tiene delante un micrófono. (Es fácil no caer en la cuenta, pero hay que evitarlo).

Cuando lo permita el contexto de la celebración, este texto es uno de los que pueden cantarse; es un cántico. No procede rezar el Gloria, que es un cántico, y cantar el Padrenuestro, que es una oración, sino al revés.

TEMA 6º: IMPORTANCIA DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

En su momento dijimos que las dos partes esenciales de la Misa son la Liturgia de la Palabra, que se celebra en el Ambón, y la Liturgia de la Eucaristía, que se celebra en el Altar. Preceden los Ritos iniciales y les siguen los Ritos finales. Ambos se celebran desde la Sede, lugar de la presidencia.

Al Sínodo de los obispos del mundo (2005) dedicado a la Eucaristía siguió el Sínodo de los obispos dedicado a la Palabra (2008). No es casualidad. La Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía están tan unidas entre sí que llegan a formar la mesa única del Pan de Vida. Es más, Palabra y Eucaristía son los pilares inexcusables de la Iglesia y los ejes de su misión evangelizadora.

La palabra de Dios es viva y eficaz, penetrante e interpeladora, cargada de gracia y de dinamismo transformador y evangelizador. Lo que hace falta es acercarse a ella, conocerla, leerla, meditarla, rezarla y hacerla vida. Es preciso por ello, revisar constantemente la proclamación y la recepción de la Palabra dentro de la Eucaristía.

Gracias a la renovación promovida por el Concilio, con la bien estudiada distribución de las lecturas, podemos compartir la riqueza de la Sagrada Escritura en sus pasajes más importantes. Solamente en las eucaristías de los domingos podemos escuchar cerca 500 textos diferentes. Es necesario, claro está, que las lecturas sean correctamente proclamadas, no simplemente leídas, por el lector bien preparado.

La íntima relación entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística en la Misa puede inducir a los fieles a estar presentes en la celebración desde el principio, sin que sea necesario urgirlo por decreto; y a que participen atentamente en la escucha.

En las lecturas Dios habla a su Pueblo, le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual; y el mismo Cristo por su Palabra, se hace presente entre los fieles.

No es lícito sustituir las lecturas y el salmo responsorial, que contienen la Palabra de Dios, por otros textos no bíblicos.

La Liturgia de la Palabra se proclama siempre desde el Ambón. Sus respuestas - homilía, profesión de fe cuando procede, y las Preces del Pueblo- se proclaman desde el Ambón, o mejor, desde la Sede presidencial.

TEMA 7º: ESTRUCTURA GENERAL DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, con las aclamaciones que se intercalan, constituyen la parte principal de la Liturgia de la Palabra. La homilía, la profesión de fe –en algunos casos- y las preces de los fieles la desarrollan y concluyen.

En las Normas Generales se añade: Dios habla a su Pueblo, le descubre el misterio de la Redención y le ofrece el alimento espiritual, y el mismo Cristo mediante su Palabra, se hace presente en medio de los fieles.

La Palabra se proclama y escucha en la lectura, se acoge, se profundiza y aplica en la homilía y se vuelve respuesta de fe con el compromiso del Credo y la oración universal. Se da, pues, un triple movimiento: el descendiente de Dios al hombre, el expandiente de la Iglesia a los bautizados, y el ascendiente del creyente a Dios, a través de la Iglesia. La Palabra de Dios es pro-vocación (interpela) en la convocación (asamblea), para la in-vocación (respuesta).

La primera lectura puede ser del Antiguo Testamento. Fragmentos que nos hablan de la historia del pueblo de Israel que, nos preparan para comprender mejor la figura del Mesías, del Cristo. Otras veces la primera lectura está tomada del nuevo testamento. Comprenden páginas del libro de los hechos de los Apóstoles o de las cartas que los Apóstoles escribieron a sus comunidades cristianas respectivas invitándoles a vivir según el modelo propuesto por el maestro, el Señor. Depende en buena parte de si es año civil impar o par.

Sigue luego el Salmo responsorial o salmo de respuesta. Precedida del Aleluya muchas veces –según la celebración y el tiempo litúrgico – se proclama un fragmento de los Evangelios.

La lectura del Evangelio constituye el punto culminante de la liturgia de la Palabra. El Concilio Vaticano ha querido ampliar ordenadamente la lectura del evangelio y ha dispuesto distintas lecturas cada tres años, llamados ciclos A, B y C. Logrando así que entre el leccionario de las fiestas, el de los tiempos fuertes y el de días ordinarios se incluya en la lectura aproximadamente un 90% de la Sagrada Escritura.

Antes de las lecturas, pueden hacerse unas sencillas y breves moniciones, de aclaración del texto o informando sobre su marco o encuadramiento. En definitiva, facilitando su mejor comprensión.

El sacerdote que preside puede leer además del Evangelio las otras lecturas. Pero ninguna de las lecturas son ministerio propio del que preside la celebración, las lecturas anteriores al Evangelio procede que las proclamen los laicos y el Evangelio, el diácono u otro sacerdote concelebrante si lo hay.

TEMA 8º: LA LECTURA DEL EVANGELIO EN LA MISA

“La lectura del Evangelio constituye la culminación de la Liturgia de la Palabra”, decíamos al tratar de la estructura general de la Liturgia de la Palabra.

Así lo indican los signos exteriores de veneración que le acompañan: la lectura o proclamación del evangelio siempre ha de hacerla un sacerdote o diácono – nunca un laico-, ha de ser escuchada de pie y al final se besa el libro.

A las primeras lecturas bíblicas les acompaña la aclamación *¡Palabra de Dios!*, “*Te alabamos, Señor!*” Con la aclamación especial que sigue al Evangelio *¡Palabra del Señor!* *¡Gloria a ti, Señor Jesús!*, todos reconocemos y profesamos la presencia de Cristo que nos habla. Nunca debe decirse “*Esto es Palabra de Dios;*” Ya se sabe; se ha dicho al empezar la lectura. No se trata de una declaración sino de una aclamación.

Un tanto irónicamente se ha dicho que las lecturas bíblicas –y en especial la lectura del Evangelio- no es el NO-DO de la Misa ni el documental corto de ahora, antes de la película. Vaya, que no son el rato antes de empezar la Misa de verdad, para que mientras la gente busque sitio en la iglesia.

Esta primera parte de la Misa, la Liturgia de la Palabra, es tan importante como la segunda, la Liturgia Eucarística.

Durante los domingos del llamado Tiempo Litúrgico Ordinario las lecturas del Evangelio se mantienen en continuidad – lectura continuada - que permite profundizar progresivamente en el conocimiento de la Palabra de Dios.

Esta lectura del Evangelio se divide en tres Ciclos. En cada ciclo, el Evangelio que leemos es de un evangelista distinto. Ciclo A: Evangelio de san Mateo. Ciclo B: Evangelio de san Marcos. Ciclo C: Evangelio de san Lucas. Durante el ciclo de la Pascua se lee todos los años el Evangelio de san Juan.

A modo de conclusiones breves: Se supone que al empezar la Misa estamos ya todos reunidos. Que las lecturas bíblicas se hacen y se transmiten tan bien que pueden ser escuchadas mejor. Que con nuestras lecturas personales de la Biblia en casa -el fragmento del día o la lectura del Libro del Evangelio entero - se espera que favorezcamos el conocimiento y sentido de las lecturas que hacemos en la iglesia y que seamos capaces de vivirla.

Decía un escritor del siglo II: “Si cuando recibís el Cuerpo de Cristo en la Comunión, lo mantenéis con toda veneración, con parecida cautela cuida la Palabra del Señor al escuchar el evangelio” (Orígenes).

TEMA 9º: EL SALMO RESPONSORIAL EN LA MISA

Después de la primera lectura, sigue el Salmo Responsorial, que tiene gran importancia litúrgica y pastoral. Se recita (o canta, cuando procede) desde el Ambón porque es parte de la Liturgia de la Palabra y tiene su entidad propia. No es solamente un texto “interleccional”, es decir, entre lecturas.

El Salmo Responsorial tiene una larga historia en la Liturgia, que no se ha tenido siempre suficientemente en cuenta. Es un salmo, tomado del Libro de los Salmos de la Sagrada Escritura.

Se dice responsorial o de respuesta porque fundamentalmente es la “respuesta” a la invitación que Dios mismo hace a su pueblo para que éste “responda”, del mejor modo posible, al mensaje que cada uno debe haber escuchado en la Lectura previa. Intenta ser un verdadero espacio de oración contemplativa.

Lo realiza siempre un laico, el Salmista, a ser posible, distinto del Lector; el Rito autónomo del Salmo es distinto de la Lectura. Es también el salmo oración y meditación; el salmista debe proclamarlo de modo que invite a ello. Dicho de otro modo se espera que actúe con especial unción. Está ejerciendo función de un ministerio u “oficio litúrgico” que ayuda a la Comunidad a celebrar bien la Eucaristía.

Con su actitud personal el Salmista debe facilitar la oración del Salmo ante la Asamblea cristiana. Al ponerlo en práctica, todo cuanto pueda desvirtuar el carácter orante del Salmo es contrario a su verdadero sentido.

Puede hacerse cantando o recitando todo el texto del estribillo y salmo o recitando el salmo y cantando el estribillo o antífona después de cada estrofa. Esta modalidad tiene el inconveniente de que, a veces, los estribillos o antífonas son largos y difíciles de memorizar, lo que en nada favorece la escucha, la contemplación y la interiorización del Salmo.

Precisamente por eso, en muchas circunstancias, quizás lo más apropiado sea proceder así: Primero el Salmista reza el estribillo o antífona él solo y lo repite la Asamblea apoyado por Salmista; El Salmista recita el Salmo entero, de un tirón; Al final, el Salmista reza el estribillo o antífona él solo y luego lo repite toda la Asamblea acompañados por el Salmista.

TEMA 10: ALELUYA Y VERSÍCULOS ANTES DEL EVANGELIO

Antes de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II, tanto el Salmo responsorial como el Aleluya y el versículo que le acompaña, se veían como dos formularios parecidos. Incluso aunque en los misales figuraban con nombres diferentes, en la práctica, luego se les llamaba textos o cantos “interleccionales”; y se equiparaban a los demás textos o cantos de la Misa, como antifona de entrada o de comunión.

Terminada la primera lectura, estos textos los leía también el sacerdote presidente antes del Evangelio. En el Misal de Pablo VI aparece definitivamente, además del Salmo responsorial –del que hablábamos en el tema anterior- el aleluya y su versículo, que tampoco es texto interleccional. Ni debe ejecutarse como un segundo salmo.

La aclamación antes del Evangelio tiene la finalidad de que los fieles acojan y saluden al Señor que les va a hablar en el Evangelio.

Es una “aclamación entusiasta” al Evangelio que va a proclamarse. La Asamblea que ha escuchado la lectura sentada y sentada ha recitado el Salmo, para el Aleluya se pone de pie y aclama al Señor que se hará presente en el Evangelio.

Es necesario distinguir bien el diferente sentido del Salmo responsorial y del Aleluya que da vida al conjunto de la celebración de la Palabra. En las Misas dominicales y festivas si el versículo del aleluya no se puede cantar -por un coro – es mejor omitirlo.

En las misas de diario es siempre recomendable omitir el Aleluya, como sugieren las Normas oficiales del Leccionario (Prenotando, nº 22, 2007).

Las “Secuencias” son textos litúrgicos poéticos. (*Ofrezcan los cristianos...*), que preceden también a veces al Evangelio. Y se establece que “fuera de los días de Pascua y Pentecostés su recitación es facultativa”.

En cuanto a su colocación dentro del rito, ha habido cierto titubeo en estos últimos años: En la edición de 1975 se colocaba la Secuencia antes del Aleluya; en la versión del año 2000 se decía que debía utilizarse después del Aleluya, lo que hacía suponer que se cantaba o recitaba de pie. En la edición actual, de 2002, se ha vuelto a situar la Secuencia “antes del Aleluya”, por tanto, todavía sentados. Ciertamente, los fieles permanecen sentados durante la recitación de la Secuencia. (J. Aldazábal, en su comentario a las Normas Generales de la Celebración de la Misa).

TEMA 11º: EL BUEN SERVICIO DEL LECTOR

En su momento, reflexionamos sobre la extraordinaria importancia de las lecturas de la Palabra de Dios en la Misa.. Por eso, leerlas bien es un servicio excelente a la Asamblea cristiana reunida. Es dar nuestra voz a Dios para que a través de nosotros hable a su Pueblo. De aquí la importancia de que, en la celebración de la Eucaristía, leamos y escuchemos cada vez mejor la Palabra de Dios.

Ocho normas fundamentales para un buen lector o buena lectora.

1. Colóquese delante del micrófono a una distancia apropiada.
2. Al empezar, **no debe leerse** lo que está escrito en rojo. (Por ejemplo, **no de decirse Primera Lectura**). Lea con entonación el título de la lectura, mire a los asistentes y espere unos segundos antes de continuar.
3. Al leer, procure no precipitarse. La mayoría de los Lectores corren demasiado. No se trata de terminar lo antes posible, sino de que los asistentes puedan seguir y enterarse de lo que se lee.
4. Es necesario hacer caso de las llamadas señales de tráfico de la lectura: **Las comas y los puntos**. Las comas son como un “ceda el paso” (una leve pausa), mientras que los puntos son como un stop (detenerse un par de segundos).
5. Es muy aconsejable leer el texto de la lectura previamente, para evitar “tropiezos” en palabras o nombres que puedan resultar difíciles, y para darle mejor sentido. Por ejemplo, en la frase “Dios no salvó a UN pueblo sino a TODOS”, el buen lector subraya con la voz esas dos palabras claves.
6. Al terminar la lectura, espere unos tres segundos y diga mirando a los asistentes y aún con cierta solemnidad, porque es una aclamación ¡PALABRA DE DIOS! Y espere a la respuesta antes de irse, sin prisas. (No “esto es palabra de Dios” o algo parecido).
7. Que se nos oiga y entienda bien depende en buena parte de nuestra “vocalización”.
8. Debe leerse en el Leccionario –libro oficial- y no en hojas de papel o misalitos. Si nos equivocamos en una palabra o una frase –cosa que a todos nos puede pasar- lo correcto es detenerse un momento y volver a repetir con calma. No es necesario pedir “perdón”.

En definitiva, no se trata de preparar locutores de Radio, de Televisión, ni actores de teatro, pero sí necesitamos Lectores que hagan llegar la palabra de Dios a la Asamblea del mejor modo posible.

TEMA 12º: LA HOMILÍA EN LA MISA

En la Misa diaria de la mañana, siguiendo las “Normas Generales de la Celebración”, muchos días comentamos los textos del Evangelio o de la primera lectura, otros días, comentamos la fiesta que celebramos, y de cuando en cuando, en algunos días de feria, hemos dedicado la homilía a explicar sencillamente aspectos de la Misa misma: Sus diferentes nombres, partes y el sentido de cada una de ellas, la participación correcta de todos, etc. Con el repetido lema : **Conocer bien la Misa para vivirla mejor.**

Conviene recordar también otros puntos de lo que dicen las Normas Generales citadas (OGMR nº65-66). La homilía forma parte de la liturgia de la Misa. Lo afirma claramente el Concilio Vaticano II (S.C. nº 52) y lo repiten diferentes documentos eclesiales. Antiguamente, hasta muy pocos años antes del Concilio, la homilía se consideraba como un paréntesis en la Misa. En las Rúbricas publicadas en 1966, se advertía literalmente “que la homilía no se debía sobreponer a la celebración de la misa, impidiendo así la participación de los fieles, sino que se debía suspender la celebración de la Misa y no reanudarla hasta terminada la homilía”.

En las Normas Generales se recomienda vivamente la homilía por ser “**necesaria para alimentar la vida cristiana**”. Y se establece la obligatoriedad de la homilía –que no puede omitirse sin causa grave- en todas las misas de los domingos y fiestas de precepto; y se recomienda para todos los demás días, especialmente en las ferias de los “tiempos fuertes” de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua. Y en otras fiestas y ocasiones con pueblo numeroso en la iglesia. (Lo de la rebaja, primero “todos los días” y luego “**al menos** los días de los tiempos fuertes”, recuerda aquello de: te vendo la moto por 20.000 euros y si no por 15.000. Pues... dámela por 15.000).

Se establece que corresponde normalmente al sacerdote presidente pronunciar la homilía. Nunca a un fiel laico. Debe hacerse desde el ambón o desde la sede.

Parece que la homilía de la Misa diaria nunca debería sobrepasar los dos minutos; y siete minutos en los demás días. Entre otras cosas para mantener la armonía de la homilía con el todo de la Misa. (Puede ser más fácil hablar diez o 15 minutos, de lo que se vaya ocurriendo, que decir lo que se pretende en dos minutos, que exige preparación previa y esfuerzo. Al fin de cuentas, lo breve, si bueno, dos veces bueno –que decía Baltasar Gracián -; y lo que no suele citarse pero que él añadía también: lo malo, si breve, es menos malo).

Por primera vez, las Normas oficiales sobre la homilía, terminan diciendo, que “tras la homilía es oportuno guardar un breve espacio de silencio”.

Pues así terminamos: Unos momentos de reflexión personal.

TEMA 13º: LA PROFESIÓN DE FE EN LA MISA.

La Profesión de fe o recitación del Credo en la Misa es una forma de respuesta en ciertos días a la Palabra de Dios, además de la Homilía que le precede y las Preces de los fieles, que le siguen.. Sirve también para que la Comunidad rememore los grandes misterios de nuestra fe y haga profesión de ella antes de comenzar la parte sacramental de la Eucaristía.

En las Normas Generales para la Celebración (n.67) se dan normas concretas para su realización y también se recuerda que no debe hacerse sino con los textos aprobados para este uso litúrgico.

Hay tres fórmulas diferentes posibles: El Credo que, coloquialmente se suele llamar “largo”; llamado propiamente “Credo nicenocostantinopolitano”. Proviene de los Concilios de Nicea (año 325) y de Costantinopla I (año 381).

El Credo “corto” o propiamente Símbolo de los Apóstoles, más breve y conciso que el anterior; es quizás también más expresivo, cercano y más comprensible, para todos. El texto de estos dos Credos mencionados suele encontrarse en los cancioneros al uso, en los bancos de la iglesia.

La tercera fórmula de la Profesión de fe es la fórmula dialogada que se utiliza en la celebración de la Vigilia Pascual del Sábado Santo. Figura así en los misales oficiales y en los misalitos de los fieles.

El sentido y la ambientación de la celebración litúrgica en cada momento nos sugerirán cuál de las tres fórmulas es la más apropiada.

La Profesión de fe o Credo solamente se dice (o canta) en las solemnidades litúrgicas o celebraciones festivas. El sacerdote que preside puede hacerlo desde la Sede o desde el Ambón. Puede iniciarla con alguna monición indicativa y luego la recitan (o cantan) conjuntamente todos, sacerdote que preside y fieles.

La Profesión de fe en la Misa viene a hacer la transición entre la Palabra pronunciada en las lecturas, y la presencia permanente de Cristo en el Pan y el Vino consagrados. Palabra y Eucaristía. La naturaleza del signo empleado es decisiva para la forma y la intensidad de la presencia de Cristo.

Puede resultar oportuna la consideración escrita de que “cuando en la Misa profesamos nuestra fe, lo hacemos no sólo como personas individuales, sino como Iglesia: Cuerpo místico de Cristo”.

También así daremos, como aconseja san Pedro en una de sus cartas, *razón de nuestra esperanza*, a quienes nos contemplan.

TEMA 14º: PRECES UNIVERSALES - ORACIÓN DE LOS FIELES

La Liturgia de la Palabra termina con las PRECES UNIVERSALES o las ORACIONES DE LOS FIELES. Universales por la amplitud de las peticiones, y de los fieles, por la esperada intervención de los laicos participantes en la Misa.

De alguna manera, intentan ser una respuesta a la Palabra de Dios, ejerciendo los fieles su sacerdocio bautismal, al ofrecer a Dios sus peticiones por la salvación de todos. Según las Normas Generales de la celebración de la Misa, es conveniente que se hagan siempre en las Misas a las que asiste el pueblo.

Las series de intenciones por las que se pide serán normalmente las siguientes:

- a) Por la Iglesia
- b) Por los que gobiernan las naciones y por la salvación del mundo.
- c) Por los que padecen cualquier dificultad o necesidad.
- d) Por la comunidad local.
- e) Intenciones generales de los presentes.

En alguna celebración particular – Exequias. Matrimonio – Confirmación – pueden adaptarse a la ocasión, siguen diciendo las Normas.

Corresponde al sacerdote que preside dirigir estas preces desde la Sede. Él mismo las introduce con una breve monición en la que invita a los fieles a orar, y la concluye con una brevísima oración.

El ideal es que las intenciones las proponga o lea un fiel laico. Desde el Ambón; o “desde otro lugar conveniente”, añaden las Normas Generales. Si las Preces forman parte de la Liturgia de la Palabra, bien podrían señalarse las peticiones concretas por los fieles desde el Ambón, como lugar del todo conveniente.

El pueblo, que permanece de pie, expresa su súplica con una invocación común después de la proclamación de cada intención.

El ideal es a veces enemigo de lo bueno, para no complicar las cosas suele ser el sacerdote que preside la Misa quien indica también las peticiones concretas. Procurando recoger las peticiones que deberían ser las preferidas por los fieles, y él lo hace desde la Sede.

En todo caso, se advierte (nº 71) que las peticiones sean breves, sobrias, formuladas con sabia libertad, en pocas palabras, y reflejando las peticiones deseables de toda la Comunidad.

Que Dios nos ayude a entenderlas, hacerlas nuestras y sentirlas con devoción.

TEMA15: PREPARACIÓN DE DONES. PRESENTACIÓN DE LAS OFRENDAS

Terminada la Liturgia de la Palabra, en el Ambón, con las Preces de los Fieles, se procede a pasar a la Liturgia de la Eucaristía, en el Altar. Entre una y otra Liturgia hay que hacer la “Preparación de los dones” y la “Presentación de las ofrendas”.

El sacerdote que preside prepara el pan y el vino que van a ser consagrados; así, dice una oración privadamente –en voz baja-, aunque también puede hacerse en voz alta normal, y se lava las manos con sentido simbólico de purificación interior. Seguidamente dirige a la Asamblea una “monición” o indicación invitando a continuar en oración; los fieles contestan puestos en pie, y el sacerdote que preside reza una oración llamada “sobre las ofrendas”, para presentarlas a Dios, y da paso al Prefacio con el que se inicia la Plegaria Eucarística.

Mientras tanto, normalmente, se ha hecho la “colecta” entre los fieles; recuerda la recogida de los dones que solían presentar, incluso procesionalmente en las Misas festivas o más solemnes. Este es el desarrollo actual vigente de estos **ritos menores**, que se llaman **Preparación de los dones y Presentación de las ofrendas**.

Lo normal sería que terminada la Liturgia de la Palabra, tras una sencilla preparación del pan y el vino, se pasara inmediatamente a la Liturgia de la Eucaristía. Pero la centralidad de esas dos liturgias de la Misa y la ofrenda misma, importantísima, a Dios Padre, del Pan y el Vino consagrados que vendrá después, se han ido oscureciendo durante muchos años; y lo que no son más que ritos menores han llegado a cobrar desmesurado relieve ante los fieles; hasta llegar a sugerir que la Misa venía a ser un acto más de culto a Dios, y no el memorial y la actualización constante de la obra de Cristo con su palabra, pasión, muerte y resurrección.

Durante algún tiempo, se ha llegado a tener la Presentación de las Ofrendas como una parte fundamental de la Misa, bajo la denominación de “Ofertorio”, y se decía que la Misa tenía tres partes: Ofertorio, consagración y comunión.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano ha querido evitar esforzadamente esa doble falsa impresión señalada. “Los fieles, dice el Concilio vaticano II, han de ser instruidos para que aprendan a ofrecer la “hostia inmaculada” dentro de la Plegaria Eucarística”. Ofrecimiento, pues, no como el del pan y el vino de la presentación de las ofrendas, sino como “el sacrificio puro, inmaculado y santo, pan de vida eterna y cáliz de salvación” –como decimos en la Plegaria I; como “el pan de vida y eterna salvación” (Plegaria II); “el sacrificio vivo y santo” (Plegaria III); “el cuerpo y la sangre del Señor” (Plegaria IV).

Tras repetidos ensayos en la celebración de la misa en Roma, incluso delante del papa Pablo VI, se llegó a convenir lo que hoy se dispone en las Normas Generales del Misal. Con especial cuidado en evitar la confusión entre la ofrenda del pan y del vino (presentación), y la ofrenda del Cuerpo y Sangre de Cristo, en la Plegaria (sacrificio).

TEMA 16: DIFERENTES NOMBRES DE LA MISA

La Misa o celebración eucarística recibe diferentes nombres. Cada uno de ellos evoca alguno de sus aspectos. Así a la Misa se llama:

Eucaristía o Acción de Gracias, Santo sacrificio, Memorial, Fracción del Pan, Cena del Señor y Misa.

Eucaristía o Acción de Gracias, La palabra eucaristía viene del griego “eujaristés” para significar precisamente “gracias”. Con ese mismo vocablo dan gracias hoy en Atenas, como se dice “merci” en París o “thanks” en Londres. Los primeros cristianos esos dos mismos términos Eucaristía y Acción de Gracias, para significar una misma cosa; lo que hoy llamamos Misa.

Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia; también es llamado expresamente *santo sacrificio de la misa y sacrificio puro*, porque completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza.

Memorial, porque es el memorial de la Pascua de Cristo; es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, muerte y resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica de la Misa.

Fracción del Pan porque este rito, propio del banquete judío, fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia, sobre todo en la Última Cena. Los primeros cristianos designaban con esta expresión, *fracción del pan*, su asamblea eucarística, la Misa.

Cena del Señor, porque arranca de la cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión, y es anticipación del *Banquete de Bodas del Cordero* en la Jerusalén celestial del cielo.

Misa o Santa Misa, porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación se termina con el envío de los fieles “missio” a fin de que cumplan la voluntad de Dios en la vida diaria.

Lo veremos con más detalle en los temas que siguen.

TEMA 17º: LA MISA, ACCIÓN DE GRACIAS

La Eucaristía es la Acción de Gracias que hizo Jesús y que nosotros hacemos en la conmemoración del Pan y el Vino que él nos ordenó (S. Justino m. año 163). En un documento del siglo II, la Didajé, consta que lo que hoy llamamos Misa era llamado “Acción de Gracias” y “Eucaristía”, además de Fracción del Pan y Cena del Señor.

Eucaristía viene del griego “eu” y “jaris” con el significado de “acción de gracias”. Desde entonces no ha dejado de llamarse “Acción de Gracias” a todo el conjunto de la celebración. No es sólo una verdad comúnmente admitida sino incluso una verdad “definida” en el Concilio de Trento.

El documento pontificio “El Misterio eucarístico” de 1967 indica que la Eucaristía tiene múltiples nombres que reflejan o clarifican sus diferentes aspectos, y anima a ahondar su conocimiento: “La Eucaristía es *sacrificio en el que se actualiza el sacrificio de la Cruz, es memorial de la muerte y resurrección del Señor, es banquete sagrado en el que se pre-anuncia el banquete escatológico (del cielo) y es acción de gracias contemplativa de las maravillas realizadas por Dios a los hombres*”.

En los relatos del nuevo Testamento, en su conjunto, y en las primeras fuentes cristianas, la Eucaristía aparece fundamentalmente como una “acción de gracias” y mucho más explícitamente que como “sacrificio”.

Los Apóstoles recibieron la Eucaristía primordialmente como acción de gracias obedeciendo el mandato recibido, y fueron fieles en repetir la Eucaristía como acción de gracias en el mismo contexto que habían visto en su Maestro.

En la más antigua narración bíblica sobre la Misa –en la 1ª carta a los cristianos de Corinto – san Pablo la describe así: “*El Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, **pronunciando la acción de gracias**, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz*”.

La “acción de gracias” de la Misa se ha hecho más patente con ocasión de la reciente reforma litúrgica, sobre todo en los Prefacios y Plegarias. En la III decimos: “Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo... te ofrecemos en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo”.

Una matización, para terminar: La intención de Jesús, en el mandamiento que dio en la Última Cena, fue vivir la Eucaristía **no como acción de gracias solamente, pero sí como acción de gracias primordialmente**.

Nuestra actitud de agradecimiento en la Misa es la más apropiada actitud para la Plegaria eucarística, porque de este modo hay sintonía entre lo que se significa en la acción y lo que se siente (o debe sentirse) en el corazón.

TEMA 18: LA MISA, SACRIFICIO, SANTO SACRIFICIO

Las Normas Generales del Misal actual, en su inicio (nº2), expresan explícitamente como una realidad el enunciado de nuestro tema de hoy. “El Concilio Vaticano II ha reafirmado la naturaleza sacrificial de la Misa, solemnemente proclamada por el Concilio de Trento en consonancia con toda la tradición de la Iglesia: “Nuestro Salvador, en la Última Cena, instituyó el SACRIFICIO EUCARÍSTICO de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta el SACRIFICIO de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y su resurrección”.

Esto que enseña el Concilio aparece continuamente en las fórmulas de la Misa. En el Sacramentario Leoniano se dice: “Cada vez que se celebra el memorial de este SACRIFICIO se realiza la obra de nuestra redención”. Cada vez que el sacerdote que preside se dirige a Dios en nombre de todo el pueblo “le ofrece el SACRIFICIO VIVO Y SANTO, a saber: la oblación de la Iglesia y la Víctima por cuya inmolación quiso devolvernos su amistad, y (pide) que el Cuerpo y la Sangre de Cristo sean SACRIFICIO agradable al Padre y salvación para todo el mundo”. (En términos teológicos es imposible decir más ni con mayor precisión).

¿Pero qué significa en lenguaje llano que todos podamos entender? El Diccionario de la real Academia dice sobre la palabra “sacrificio”: 1) Es la ofrenda que se hace a la divinidad en diferentes ceremonias religiosas. 2) Acto del sacerdote (católico) cuando ofrece en la Misa el Cuerpo y la Sangre de Cristo a Dios Padre. ¿Quién es la ofrenda o la víctima que se ofrece?: Cristo, que ofrece su vida a Dios Padre. ¿Quién lo ofrece?: Cristo, el sacerdote que lo representa y todos los fieles que con él concelebran, y la Iglesia entera.

De ahí, que las Normas digan. “Se llama Misa al SACRIFICIO O SANTO SACRIFICIO porque actualiza el verdadero SACRIFICIO DE CRISTO, que ofrece su vida a Dios e incluye también la Iglesia entera”.

“Cristo, nuestro Señor, instituyó el SACRIFICIO EUCARÍSTICO de su Cuerpo y Sangre, y confió este SACRIFICIO, como un memorial de su pasión y resurrección, a la Iglesia, su Esposa amada”. (Normas nº 17).

“En la Misa, SACRIFICIO y convite pascual, se hacen continuamente presente en el SACRIFICIO DE LA CRUZ”. (Normas nº 72)

“El sentido de la Plegaria Eucarística es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del SACRIFICIO”. (Normas nº 91).

Pueden verse otros testimonios en el mismo sentido en Farnés, *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor (Cap.14 pgs. 292-301)*; Dionisio Borobio, *Eucaristía para el pueblo II*,(cap. 14 pgs. 173-186).

TEMA 19º: LA MISA, MEMORIAL

Memorial es la palabra que aparece en todas las Plegarias Eucarísticas de la Misa, justo después de la Consagración del pan y el vino: “*Al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo...*”. **Memorial** – en griego anamnesis- fue la primera palabra usada para definir la Eucaristía. El sentido de la palabra viene de la Pascua judía que, recordando la salida de Egipto, actualiza la alianza que Dios les ofreció entonces y les sigue ofreciendo ahora.

En cada Misa el **memorial** de la muerte de Jesucristo no es sólo un recuerdo o una conmemoración, sino la vivencia en presente de que Cristo Jesús, ahora resucitado, actualiza y nos comunica la fuerza salvadora del acontecimiento de la Pascua única. Además, el **memorial** nos pone en tensión hacia el futuro; en cierta manera lo anticipa. En cada Misa, al comer el Pan y beber el Vino que son el Cuerpo y la sangre de Cristo (presente), proclamamos la muerte del Señor (pasado) hasta que vuelva (futuro) (Xavier Morlans).

En la oración-colecta de la Misa de la Solemnidad del Corpus Christi en el misal actual, de Pablo VI decimos: “*Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión...*” El Concilio de Trento condenó la idea de que la Misa sea una “desnuda conmemoración”. Pretendía condenar así una concepción falsa y restrictiva del **memorial**, ya que en el mismo contexto declaraba que por medio del sacrificio de la Misa se debía “representar aquel sacrificio cruento” realizado “una sola vez sobre la cruz”, de forma que “su memoria perdurase hasta el fin del tiempo”.

En esta misma dirección el Concilio Vaticano II afirma: “*Nuestro Salvador, instituyó el sacrificio eucarístico, con el cual iba a perpetuar por los siglos hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a la Iglesia el memorial de su muerte y resurrección*”.

Cuando decimos que la **Misa es memorial**, ¿qué queremos decir hoy?: Ante todo queremos decir que cuando celebramos la Eucaristía estamos cumpliendo lo que el Señor nos mandó hacer: “*Haced esto en memoria mía*”. Tal acción es, por tanto, un memorial objetivo, y no sólo (aunque naturalmente también lo es) un recuerdo subjetivo de lo que el Señor hizo por nosotros. De otra manera: es un **memorial real, no sólo mental**, no un recuerdo puramente conceptual, y no una “desnuda conmemoración”, como definió el Concilio de Trento contra Lutero.

El concepto de **memorial**, por el contrario, tiene un contenido tan denso que aplicado a la celebración eucarística, expresa en cierto modo la presencia de la realidad conmemorada, su “actualización objetiva” aquí y ahora.

El sacrificio único de la cruz no se repite; sin embargo, en el **memorial** está él presente, y se nos da aquí y ahora para nuestra salvación y para gloria de Dios Padre. Si lo entendemos bien, ¡que lo vivamos mejor!

TEMA 20: LA MISA, FRACCIÓN DEL PAN

La Misa se llama también FRACCIÓN DEL PAN. Este rito fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia, de una familia judía; y así lo hizo de un modo solemne y extraordinario en la Última Cena. En este gesto los discípulos le reconocerían después de su resurrección. Con esta expresión los primeros cristianos designaban sus celebraciones eucarísticas. Con la expresión FRACCIÓN DEL PAN se quiere significar también que todos los que comen de este único pan, pan partido, que es Cristo, entran en comunión con él y forman un solo cuerpo en él.

“De la Iglesia de Jerusalén se dice que “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la FRACCIÓN DEL PAN y a las oraciones”.

Es bien sabido que la Misa arranca de la Última Cena. Cristo, en efecto, tomó en sus manos el pan y el cáliz, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos. Haced esto en conmemoración mía. De ahí que la Iglesia haya ordenado toda la celebración de la liturgia eucarística según estas mismas partes que corresponden a las palabras y gestos de Cristo.

Cristo a) tomó el pan y el cáliz, b) dio gracias, c) lo partió, d) y lo dio a sus discípulos. Ahora en la celebración de la Misa: se prepara un poco de pan y un poco de vino, se da gracias a Dios con el Prefacio y toda la Plegaria, luego se parte el pan (aunque casi no se percibe) y se invita a la comunión. La FRACCIÓN DEL PAN tiene lugar después de la paz, debe realizarse con el debido respeto –dicen las normas litúrgicas- y añada, “sin alargarla de modo innecesario”.

Mientras se usaba en la eucaristía el pan que llamaríamos normal, partir el pan era absolutamente necesario. Cuando se optó por las obleas que hoy conocemos – en el siglo XIII- no se omitió la Fracción del Pan porque no es un gesto práctico solamente, sino también un gesto simbólico. Este gesto “significa que los fieles siendo muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado para la vida del mundo, se hacen un solo cuerpo”.

No se sugiere tanto un posible sentido “sacrificial” (por aquello del pan partido, cuerpo roto e inmolado), como sentido de la “fraternidad”, en la misma línea del Padrenuestro y del gesto de la paz.

Se dan normas litúrgicas para su correcta realización. Se advierte al que preside que no exagere el gesto, que no se dramatice; parece que más bien hoy habría que decir cómo resaltarlo más, cómo hacerlo de modo más expresivo. Mientras se realiza la Fracción del Pan, se canta o se reza la súplica Cordero de Dios con la respuesta que sigue y que corresponde a los fieles, aunque la inicie el sacerdote que preside. Puede repetirse varias veces –se viene repitiendo tres- con tal de que la en última se concluya con “danos la paz”.

Realizada la Fracción del Pan, el sacerdote deposita una partecita de la Hostia en el Cáliz, para significar la unidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo Jesús viviente y glorioso.

TEMA 21 : EL NOMBRE DE MISA

Venimos comentando los diferentes nombres de la Misa. Significan diferentes aspectos de una misma realidad. Ayudan a conocer mejor la Misa y por tanto, creemos, que a vivirla mejor.

Hemos visto que a la misa se la llama Eucaristía, Acción de Gracias, Sacrificio o Santo Sacrificio, Memorial, Fracción del Pan, Cena del Señor, Comida familiar cristiana, Celebración Eucarística y, claro está, también Misa o Santa Misa. Y se llama así porque la liturgia en la que se realiza, se termina con el envío de todos los asistentes, o mejor, de todos los participantes. Son “enviados” –missus en latín- enviados a cumplir la voluntad de Dios en la vida diaria que sigue a continuación.

Misa es el nombre que se ha utilizado para designar la celebración eucarística en todas partes y siempre a partir del siglo IV. Es el nombre más corriente entre nosotros. “Horario de Misas”, “Voy a Misa”, etc.

La “misión” de que hablamos son las buenas obras que debemos realizar los creyentes siguiendo el mandato de Cristo; mandato aceptado libre, consciente y responsablemente.

Todos los Sacramentos, como el Sacramento de la Eucaristía o Misa, para ser celebrados dignamente deben ir acompañados de la “acción misionera”. En la liturgia “celebración y evangelización” no deben ir cada una por un lado, son complementarias. Esta unión es quizás más clara en el Sacramento de la Eucaristía, en la Misa, que en ningún otro sacramento.

La Misa es tiempo privilegiado de renovación personal y de compromiso con la misión o evangelización. Los discípulos camino de Emaús renuevan su fe y su esperanza en Jesús “al partir el pan”, y se sienten impulsados a volver a Jerusalén para anunciar la buena noticia: “Hemos visto al Señor”.

Resumiendo, esto es lo que explica que la celebración de la eucaristía haya venido a llamarse Misa: Es palabra que viene del verbo latino “mittere” (infinitivo) y “missus” (participio pasivo) y “missio”(el sustantivo), que significan, enviar, enviado y envío respectivamente.

¡En cada Misa somos enviados para hacer lo que Dios espera de cada uno de nosotros!

TEMA 22: LA MISA, EUCARISTÍA EN EL HACERSE

La Misa se llama también Eucaristía porque es la **Eucaristía en su hacerse**. Cristo instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y su resurrección para dejar a sus seguidores una prenda de su amor y hacerles partícipes de su Pascua; y ordenó a sus Apóstoles celebrarlo hasta su vuelta al final de los Tiempos. (C. de Trento).

El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y palabras, no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del *memorial* de Cristo, de su vida, de su muerte de su resurrección y de su intercesión junto al Padre.

Desde el comienzo, la Iglesia fue fiel a esta orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice en el Libro de los Hechos: Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y las oraciones. Pero era sobre todo el “el primer día de la semana”, es decir, el domingo, día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para “partir el pan”. Desde entonces hasta nuestros días la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado de suerte que hoy la encontramos por todas partes en la Iglesia, con la misma estructura fundamental. Sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia.

La celebración de la Misa o celebración de la Eucaristía, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente, ya que en ella se culmina la acción con que Dios santifica al mundo en Cristo, y el culto que los hombres tributan al Padre.

De tal modo se recuerdan en la Eucaristía los misterios de la redención a lo largo del año, que en cierto modo, se hacen presentes. Todas las demás acciones sagradas y cualesquiera obras se relacionan con ella, proceden de ella y a ella se ordenan.

Por eso, es de sumo interés, que de tal modo se ordene la celebración de la Misa, Eucaristía o Cena del Señor, que ministros sagrados y fieles, participando cada uno según su condición, reciban de ella con más plenitud los frutos para cuya consecución instituyó Cristo el sacrificio eucarístico.

Todo ello se podrá conseguir si, cada celebración se dispone de modo que favorezca la consciente, activa y plena participación de los fieles; participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea, y a la que tiene derecho y deber, el pueblo cristiano, por fuerza del bautismo.

Cristo está presente en su Iglesia de múltiples maneras: en su Palabra, en la oración según aquello de “donde estén dos o más reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos”, en los pobres, en los enfermos, en los presos, en los sacramentos de los que Él es el autor, en el santo Sacrificio de la Misa y en la persona del ministro que le representa. Pero sobre todo está presente bajo las especies eucarísticas.

Durante la Misa, Celebración Eucarística o Eucaristía, “Cristo entero” viene al altar. Ahí están “**contenidos verdadera, real y substancialmente** el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Esta presencia se denomina real no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen reales o verdaderas, sino por excelencia, porque es substancial. La Iglesia llama a este cambio **transubstanciación**.”

TEMA 23: LA MISA, CENA DEL SEÑOR

Los numerosos textos que identifican la Misa con la CENA DEL SEÑOR son bastante conocidos: San Pablo en su carta a los cristianos de Corinto, el Concilio de Trento, las Plegarias Eucarísticas y el Catecismo de la Iglesia Católica. El marco en el que se describe la CENA DEL SEÑOR y su paso a la Celebración Eucarística o Misa de los cristianos está muy bien descrito, entre otros textos, en la obra la “Eucaristía para el Pueblo”, del teólogo liturgista Dionisio Borobio.

“Yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a su vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan , y pronunciando la acción de gracias lo partió y dijo: <<Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía, etc.>>. Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del señor, hasta que vuelva” (Texto que se lee en la misa de la Fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo).

“En la ÚLTIMA CENA, la noche que fue entregado, quiso dejar a la Iglesia un sacrificio visible, representativo del sacrificio sangriento que iba a realizarse una sola vez en la cruz , y cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos” (Conc. Trento).

“El (Jesús) nos reúne ahora en torno a esta mesa, porque quiere que hagamos lo mismo que él hizo en la ÚLTIMA CENA, etc. Porque Jesús, antes de morir por nosotros, mientras estaba cenando por última vez con sus discípulos, tomó el pan, te dio gracias, lo partió y lo dio diciendo...” Y les dijo también: “Haced esto en memoria mía” (Plegaria III de niños).

CENA DEL SEÑOR es el nombre que remite de la forma más directa – escribe Borobio- a la ÚLTIMA CENA, como fuente y origen de la Eucaristía, con el ritual sobre el pan y el vino, por los que se representa y actualiza sacramentalmente lo que aquel acontecimiento significó en su momento.

En el pueblo de Israel eran frecuentes los banquetes sagrados. El más importante, el banquete pascual, en el que recordaban “el paso” (Éxodo) a través del desierto y celebraban la liberación pascual. Cristo participó en numerosos banquetes y comidas: Las bodas de Caná, se reúne con sus amigos a comer, se sienta a la mesa con los pecadores, se invita a comer en casa de Zaqueo, y describe su Reino como un banquete de bodas en la parábola. Pero ningún banquete tan importante en la vida de Cristo como el banquete de la ÚLTIMA CENA. A partir de entonces, la Misa será el banquete que hace presente la nueva pascua de Cristo, y del que participamos recibiendo el Pan y el Vino eucarísticos.

Jesús resucitado se aparece a los suyos y come con ellos. Los discípulos de Emaús lo reconocerán precisamente al partir el pan. “Cuando se puso a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron” (Evangelio de San. Lucas, 24, 28-31). Desde el principio, los cristianos celebraron la Eucaristía como la misma CENA DEL SEÑOR.

TEMA 24: NI “OÍR MISA” NI “DECIR MISA”, CELEBRARLA

Hasta el Concilio vaticano II, hace poco menos de 50 años, la Misa se decía – mejor, **se celebraba** - enteramente en latín. El Código de Derecho Canónico mandaba a todos los fieles “oír misa todos los domingos y fiestas de guardar” y los mejor formados y más fervorosos seguían la Misa con un misalito traducido – llamado de los fieles- o durante la Misa recitaban sus devociones propias; podían ser el Rosario o alguna novena. No podía llamarse a la Celebración de la Eucaristía “comida de la Comunidad cristiana”; todo lo más “comida a la carta” más bien.

La anécdota es histórica, de hace unos años, en Madrid. Un domingo cualquiera en una Parroquia del Centro. Unos minutos antes de la Misa de diez de la mañana, aparece un sacerdote que da los buenos días y dice: *Los que hayan venido a oír Misa, por favor, que levanten la mano.* Claro, la levantaron prácticamente todos. *Pues ya se pueden marchar* –añadía el sacerdote- porque **“aquí ni se dice ni se oye Misa, se celebra”**.

Pasada la momentánea sorpresa, aclara que aquello es una broma y explica lo quería dejar sentado: Verdaderamente “oír Misa” o “decir Misa” son expresiones poco conformes con la visión teológica y litúrgica del Concilio Vaticano II. Antes de la renovación litúrgica muchos veían la Misa como una acción del sacerdote (él decía la Misa) y los fieles la oían. El Concilio dejó claro que el sacerdote no celebra él personalmente la Misa, él la preside como ministro, porque la Misa es una acción de toda la Asamblea, en la cual cada miembro, ministro o fiel, **debe hacer todo y sólo aquello que le corresponda.**

El Concilio reconoció abiertamente que **“en el curso de los tiempos se introdujeron (en la Liturgia) elementos no apropiados”**. En la encíclica Mes de Octubre, León XIII ((1891), se estableció que en ése mes durante la Misa se rezara el Rosario.

No basta con cambiar las palabras; hay que cambiar la realidad que hay debajo de ellas. Si en la celebración el sacerdote lo dice todo, y todo lo dice además con la voz sobresaliente que le permite el micrófono, ahogando las voces de los demás participantes, los fieles se ven obligados a **oír únicamente** sus palabras y a mirar sus gestos, lo que no invita a participar mínimamente.

Algunos entienden que “participar es *hacer algo que se parezca a lo que hacen los ministros de la Misa.* “Este laico, dicen algunos, “participa” habitualmente en la Misa dominical porque lee la primera lectura”. De la misma forma que “participar” en un banquete no es hacer de cocinero, ni de camarero sino sentarse a la mesa y comer de lo servido, así participar en la Liturgia no significa decir las palabras de la Consagración con el sacerdote que preside (incorrecto), actuar solamente como lector o como acólito, sino tomar parte en toda la ceremonia, rezando, escuchando e interiorizando lo que allí realiza Cristo y la Iglesia.

Hace falta que cambiemos todos. A pesar de lo que se ha progresado, bien puede decirse que **la participación en la celebración eucarística es todavía hoy, una asignatura pendiente.**

TEMA 25: LA PARTICIPACIÓN DE TODOS EN LA MISA, ASIGNATURA PENDIENTE

La participación activa en la Misa corresponde a todos, al sacerdote que preside y a los demás fieles. Con la expresión “participación activa” no se hace referencia a una simple actividad externa durante la celebración. Se ha de comprender en términos más substanciales, partiendo de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra.

La reforma proyectada facilita la participación; pero no dispensa del necesario e imprescindible esfuerzo personal; esfuerzo, que requiere la mejor disposición de ánimo: La participación debe ser: **Activa:** No es mero estar presente, asistir. **Consciente:** Comprendiendo la Palabra de Dios y las Plegarias Eucarísticas; comprendiendo el significado y el valor de las Acciones sacramentales. Así, la participación será: **Fructuosa,** para nuestro vivir en cristiano. La Misa no es un paréntesis en la vida diaria, es vida y vida intensa.

La encíclica Sacramento del Amor (Sacramentum Caritatis, Benedicto XVI, 2007), menciona que para alcanzar una participación activa más plena es necesario emprender “una profundización, cada vez más intensa, de la liturgia”. **“Profundizar el sentido de los textos y ritos es el mejor modo de vivir intensamente la participación activa”.**

Para conseguirlo hay que partir del principio de que la Liturgia Eucarística es fundamentalmente “acción de Cristo”, presente a través de los signos eclesiales. La Asamblea no es el “sujeto principal” de la celebración. El sujeto es el Señor. Las palabras que Cristo dice a través del sacerdote que preside *Este es mi Cuerpo entregado, mi sangre derramada,* lo demuestran. La Comunidad y el mismo sacerdote que preside –llamado algo impropriamente a veces “celebrante”, el verdadero celebrante es Cristo y todos son “concelebrantes” – todos ellos se han de ser verdaderamente “participantes” de las acciones de Cristo. La Doxología final de la Plegaria Eucarística *Por Cristo, con él y en él, etc.,* y algunas otras frases lo evidencian.

En consecuencia, los llamados a representar a Cristo Cabeza en la Eucaristía (Presbíteros y Obispos que presiden), han de atenerse a la norma del Concilio Vaticano II de “hacer todo y sólo lo que les corresponde”. El Celebrante principal es Cristo.

Cuando se “oye o ve” una Misa por radio o televisión es frecuente oír la voz del que preside dominando sobre las de los fieles, destacada (especialmente cuando hay un micrófono) incluso en las **partes que corresponden exclusivamente a la Asamblea;** por ejemplo “el Cordero de Dios”, que es exclusivo de los fieles; o en los fragmentos que el presidente dice como un miembro más de la Asamblea, p. ej. El Padrenuestro, el Gloria o el Credo. (Si se quiere ayudar a participar en la celebración, la voz del que preside nunca debería sobresalir ni ahogar la voz de la Asamblea, en los textos comunitarios.

A nadar se aprende nadando, a caminar caminando, a participar, participando.

TEMA 26: LAS DOS PARTES ESENCIALES DE LA MISA

La Misa o Celebración Eucarística responde a las dos acciones que hizo Jesús: **predicar la Buena Noticia y pasar de este mundo al Padre a través de su pasión, muerte y resurrección**, como primicia de la humanidad y cabeza de la Iglesia. Es la “misa que nos mandó celebrar el Señor”: “Id y anunciad el Evangelio” (Mt 28, 19), “Haced esto” –la acciones que el Señor realizó en la Cena- “como memorial mío” (Lc 22, 19). Por ello la Misa consta de dos partes, que actualizan las dos acciones de Jesús: la Liturgia de la Palabra, que actualiza la predicación del Señor, y la Liturgia Eucarística, que actualiza el tránsito pascual.

Tanto el Concilio Vaticano II (Sac. Conc., 56) como las Normas de la celebración que trae el Misal de Pablo VI – vigente hoy- para describir la celebración eucarística se refieren a estas dos partes, aclarando que, ambas, dependen directamente del mandato de Jesús.

La Iglesia ensambló muy pronto los dos mandatos en una única celebración. Sabemos que los fieles a principios del siglo II, ya celebraban habitualmente la Palabra antes de la Eucaristía. El Vaticano II, siglos más tarde, pudo decir con razón que **las dos partes de que consta la Misa, a saber la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Eucaristía, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto.**

Siempre que celebramos la Eucaristía pretendemos realizar lo que el Señor nos mandó: “Haced esto en conmemoración mía”. La celebración eucarística, no es otra cosa sino **“la joya”** que el Señor entregó a su Iglesia para que ésta perpetuase por los siglos el memorial que Cristo le dejó antes de su paso de este mundo al Padre.

Pero si la celebración eucarística es la “joya” que Cristo nos entregó, la Iglesia, por su parte, ha dispuesto y colocado con amor esta “joya” en unos “cofres”, es decir, en el interior de unos ritos litúrgicos que ha ido disponiendo y proyectando, según los diversos lugares y tiempos, en cada una de las Iglesias del mundo. Los cristianos hemos de colocar respetuosamente la “joya” eucarística en el interior del “cofre litúrgico señalado por la Iglesia. Los ritos son valiosos –“el cofre”- pero más valiosa aún es la joya. La “joya” permanece siempre, el mismo “cofre”, no.

En el transcurso de los tiempos puede darse, de hecho ha sucedido, que el “cofre” se haya hecho menos apropiado a la “joya”, es decir, que los ritos que “envuelven” la celebración oscurezcan u ofusquen más que hagan brillar el genuino sentido de la celebración. Se hace necesaria entonces una reforma de determinados ritos de la celebración

Preparar el mejor y más adecuado “cofre” para la “joya eucarística” es deber de los responsables de la Iglesia (Concilios, Papas...); ubicar con fidelidad la “joya” recibida del Señor en el “cofre” eclesial es deber de todos los que celebramos la Eucaristía: nadie, dice el Concilio Vaticano II “aunque sea sacerdote puede añadir, quitar o cambiar cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia.” (Sac. Conc. n°22). El Concilio ha insistido en la necesidad de alejar de la celebración Eucarística todo rito o gesto que no sea “de la Iglesia”. El Señor no ha dejado la celebración eucarística a cada uno de los bautizados individualmente sino a la Iglesia entera.

El “cofre” no tiene el mismo valor que la joya. La “joya” recibida del Señor es inmutable – ni siquiera los más altos responsables de la Iglesia pueden modificarla. El “cofre” puede envejecer con el tiempo y puede necesitar nuevas adaptaciones.

Pero, ¿cómo sabremos “qué pertenece a la “joya” y qué pertenece al “cofre””. Lo veremos más adelante.

TEMA 27: DISTINCIÓN ENTRE LA “JOYA” Y EL “COFRE” EN LA MISA

Decíamos el último día que es verdaderamente importante distinguir entre **la Eucaristía que nos dejó el Señor –la joya- y los ritos preparados por la Iglesia – el cofre**. La joya recibida del Señor es inmutable, ni siquiera los más altos responsables de la Iglesia pueden modificarla. (Por ejemplo, el uso exclusivo de pan y vino y no otros elementos o bebidas usados por otros pueblos o culturas. Así lo quiso el Señor; parece que la Eucaristía no es aquí un símbolo filosófico de la comida y la bebida sino un signo histórico de lo que hizo el Señor al tomar el pan y el vino). El cofre, en cambio ha variado a través de la historia y puede incluso envejecer y necesitar nuevas adaptaciones.

Para poder cambiar alguno o algunos de esos ritos – cosa que en la actual disciplina corresponde sólo al Papa- es necesario saber que se trata solamente de algo que corresponde al cofre.

Esta distinción no interesa sólo al Papa, también interesa a todos los fieles, sacerdotes y laicos, con vistas a dar el realce relativo que merece cada una de las partes según su propia naturaleza o categoría, si se quiere.

Vivir y subrayar tanto espiritualmente como a través de los gestos celebrativos con el mismo realce partes de la celebración que son únicamente cofre y los elementos de la celebración que forman la joya **sería desfigurar la Eucaristía**. Lo apuntábamos ayer: p. ej., dar mayor realce a los Kyries cantados o a la Invocación Cordero de Dios de la comunión que al Prefacio o a la aclamación “Santo, Santo”, que por formar parte de la Plegaria Eucarística pertenecen al núcleo mismo de la Eucaristía.

Palabras y gestos mayores de la Eucaristía que el señor nos mandó celebrar.

Las palabras y gestos eucarísticos que realizó el Señor la víspera de su pasión y los mandó repetir a los suyos como memorial son los seis que la Iglesia ha recibido de Jesús como elementos inmutables de la Misa: **1. Tomar pan y vino; 2. Dar gracias a Dios; 3. Pre-anunciar con palabras y gestos su entrega sacrificial; 4. Partir el pan; 5. Distribuir el pan partido; 6. Dar a beber el cáliz.**

Estas son las partes estrictamente constitutivas de la celebración de la Eucaristía. Acciones que nunca pueden faltar en la Eucaristía. Forman la parte inmutable, de institución divina de la Misa, dice el Concilio Vaticano II (S.C. 21). Ni un Papa ni un Concilio podrían suprimirlas. Consiguientemente deben subrayarse por encima de todos los demás ritos o gestos de la celebración.

Frente a estas seis acciones todos los demás ritos de la Misa, aun los que parezcan más importantes, son de segundo orden, y pueden variar y de hecho han variado en el transcurso de los tiempos. Por ejemplo la procesión de las ofrendas – que hacen algunas veces los fieles o el rito de la presentación del pan y el vino del celebrante o la elevación del Cuerpo y Sangre del Señor después de la consagración. Pueden ser ritos sugerentes pero no son constitutivos de la Eucaristía ni tampoco son imprescindibles. La misma recitación del Padrenuestro es un rito añadido a la Eucaristía, desconocido en las más antiguas fuentes.

Estos ritos sobreañadidos deben limitarse a realzar y subrayar los elementos, fundamentales de la Eucaristía; nunca, por el contrario, deben ofuscarlos con su excesiva solemnidad.

TEMA 28: LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

En la Misa, a la liturgia de la Palabra – en el Ambón - le sigue la Liturgia de la Eucaristía – en el Altar- . La Misa arranca de la Última Cena de Jesús con sus discípulos. De entre las cosas preparadas para aquella Cena, Cristo tomó en sus manos el pan y el cáliz con vino, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed... y luego bebed... De ahí que la Iglesia haya ordenado la celebración de la Liturgia Eucarística de la Misa siguiendo las mismas palabras y gestos de Jesús.

Ahora la Comunidad cristiana que participa en la Misa, a) En la “Presentación de ofrendas” prepara el pan y el vino, b) en la Plegaria da gracias a Dios, c) luego parte el Pan, d) se invita a la Comunión.

PRESENTACIÓN DE LAS OFRENDAS. El sacerdote que preside recibe el pan y el vino, lo coloca encima del altar y hace la presentación con una oración que puede hacer para sí o en voz alta. “Bendito seas, Señor, Dios del universo...” Se lava las manos en un lateral del altar; no por razones prácticas sino con sentido simbólico. Expresa el deseo de “purificación interior”. Él mismo invita a todos a orar; los fieles se ponen de pie –según una reciente indicación de Roma- y responden: El Señor reciba de tus manos este sacrificio...Y luego reza en voz alta la “Oración sobre las ofrendas”.

Hasta muy recientemente, todo esto que hoy llamamos “Presentación de las ofrendas”, se llamaba “Ofertorio”. Ofertorio puede llevar falsamente a pensar que lo ofrecemos aquí a Dios en la Misa son el pan, el vino y las demás cosas que pueden añadirse como el dinero de la colecta, frutos, mapas, calzado (con sentido simbólico).

Lo que ofrecemos a Dios Padre en la Misa es el Cuerpo y la Sangre de su Hijo, Jesucristo, bajo las especies de pan y vino. Por eso el verdadero ofrecimiento se hace después de la Consagración.

Hay que evitar el posible equívoco. De ahí la tendencia de los expertos de Liturgia de hoy de restarle importancia y excesivo relieve a esta parte que estamos comentando. De hecho, la oración “Bendito seas... se puede decir para él, -para el sacerdote que preside- bajito, según se dice expresamente en las Normas Generales. El que preside invita a rezar y a ponerse de pie y rezan: El Señor reciba de tus manos **este sacrificio.** (Mejor sería **el sacrificio**)

(Debemos seguir haciéndolo así porque está mandado. Pero no debería hacerse así, **de pie**, como se hacen las oraciones, porque no es oración sino monición). Al terminar la “oración sobre las ofrendas” el pueblo responde Amén y debe separarse del diálogo inicial del Prefacio porque empieza otra cosa. Nada menos que la Plegaria Eucarística.

En el lenguaje convencional que venimos usando estos días, diríamos que de la “Presentación de las ofrendas”, que pertenece al “cofre”, al estuche, que es cambiante, pasamos a la Plegaria Eucarística, que pertenece a la “joya”, inmutable.

TEMA 29: LA PLEGARIA EUCARÍSTICA Y SUS ELEMENTOS

La Plegaria Eucarística, “plegaria de acción de gracias”, es el centro y cumbre de toda la celebración de la Eucaristía. Es una oración que el sacerdote que preside dirige a Dios Padre en nombre de toda la Comunidad, invitando al pueblo a unirse a él. Por eso, todos deben escucharla con silencio y reverencia. (OGMR, 78).

Los principales elementos de la Plegaria son:

- A) **Acción de gracias**, expresada sobre todo en el Prefacio.
“Levantemos el corazón... Demos gracias al Señor, nuestro Dios”.
- B) **Aclamación del “Sanctus”**, de toda la Asamblea.
“Santo, santo, santo es el Señor...”
- C) **Doble invocación al Espíritu Santo**. La primera, antes de la Consagración, para que el pan y el vino presentados se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo. La segunda invocación, referida a la Comunidad, para que la Comunión que van a recibir sirva para su salvación.
*“Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.
Que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo... Fortalécenos a cuantos nos disponemos a recibir...”*
- D) **Relato de la institución y consagración por las palabras de Cristo**: Con las palabras y gestos de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la Última Cena.
“Esto es mi cuerpo que será entregado... esta es mi sangre que será derramada”.
“Haced esto en memoria mía”.
- E) **Actualización del memorial de Cristo**, recordando su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo.
“Al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo...”
- F) **Oblación**. La Iglesia aquí reunida, ofrece al Padre la víctima de este **Sacrificio** y se pretende que aprendamos a ofrecernos nosotros mismos.
“Te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación. “...que él (el Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente... víctima viva para tu alabanza...”
- G) **Intercesiones**. Se quiere significar que celebramos la Eucaristía en Comunión con toda la Iglesia y la oblación se hace por todos los fieles, vivos y difuntos.
*“Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra, del Papa, del Obispo...
Acuérdate también de nuestros hermanos que durmieron con la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia”.*
- H) **Doxología final**: Expresa la glorificación de Dios y se confirma y concluye con la aclamación del Amén de todo el pueblo.
“Por Cristo, con él y en él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor. AMÉN

TEMA 30: LA PLEGARIA Y LAS PLEGARIAS

En el Misal Romano oficial hay 13 Plegarias. Todas con las mismas funciones, los mismos elementos básicamente, aunque con diferentes textos o diferentes expresiones.

Durante muchos años, -parece que desde el siglo IV-, los cristianos han usado siempre un mismo texto de Plegaria: El “Canon romano”, llamado hoy Plegaria I. En ella aparecen dos listas de santos; por eso suele rezarse en los días festivos de algunos de ellos, y en misas más solemnes.

Al iniciar la reforma del Misal, inmediatamente después del Concilio Vaticano II, se tomó la decisión de añadir nuevas Plegarias. Por encargo de Pablo VI se incorporaron en 1968, otras tres Plegarias: llamadas Plegarias II, III y IV.

La Plegaria II es la más corta, es aconsejable usarla en las misas diarias, para realzar más la Misa de los domingos y días festivos.

La plegaria III parece ser la más apropiada litúrgicamente para los domingos.

La Plegaria IV, la más larga de todas, Aconsejable para los domingos y fiestas que no tengan prefacio propio, porque esta Plegaria lo lleva y no debe separarse.

Unos años más tarde, 1974, se introducían en el Misal las Plegarias I, II y III para niños (y jóvenes) encargadas también por Pablo VI. Son Plegarias con lenguaje adaptado y promueven la participación de los laicos con frases intercaladas.

Un año más tarde (Año de la Redención), por mandato igualmente de Pablo VI se publicaron las Plegarias de la Reconciliación I y II. La I: Reconciliación como retorno al Padre. La II: La reconciliación con Dios, fundamento de la reconciliación humana.

Finalmente, en 1985 se introdujeron en el Misal otras cuatro Plegarias. Tomadas de la Iglesia Suiza, llamadas Plegaria Va, b, c y d. Son Plegarias para diversas necesidades, con diferentes títulos: “Dios guía a su Iglesia”, “Jesús, nuestro camino”, “Jesús, modelo de caridad” y “La Iglesia, en camino hacia la unidad”.

Las Normas establecen que todas las Plegarias pueden y deben usarse, con algunos criterios de variación, litúrgicos, teológicos o pastorales. El criterio de elección nunca debe ser si es más breve o más larga -se llevan muy poco relativamente en el conjunto de la celebración- sino la que mejor se adapte al misterio que estamos celebrando.

Un libro recomendable para leer las Plegarias reposadamente:

NUEVO ORDINARIO DE LA MISA, Andrés Pardo, BAC, Madrid 1988, 245 págs.

TEMA 31: EL PREFACIO Y LOS PREFACIOS

El Prefacio no es un prólogo o una introducción, como pudiera parecer sino la “proclamación solemne de una oración”. Mediante el diálogo inicial, el sacerdote que preside invita a la Asamblea a elevar el corazón a Dios y asocia a todos en la oración de acción de gracias que él dirige a Dios Padre a lo largo de Plegaria Eucarística que sigue.

Con el Prefacio se intenta, más concretamente, que los temas de acción de gracias brillen en la Plegaria con mayor relieve, de modo que los diversos momentos de la historia de la Salvación, de la Virgen o de los santos se expongan con mayor claridad.

Los Prefacios dicen muchas cosas con muy pocas palabras.

Hay más de 200 Prefacios en el Misal actual:

Cuatro para el Adviento: *...por Cristo, Señor nuestro, a quien todos los profetas anunciaron, Juan lo proclamó ya próximo, la Virgen esperó con inefable amor de madre El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría ...*

Dos para la Navidad: *Porque gracias al misterio hecho hombre, la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor...*

Cinco para Cuaresma: *Por él (Cristo) concedes a tus hijos anhelar, año tras año, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua...*

Ocho para Pascua: *...muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida. Con esta efusión de gozo pascual el mundo se desborda de alegría...*

Más los Prefacios propios de las grandes fiestas: Ascensión, Corpus, etc.: *Se ofreció a sí mismo (Cristo) como víctima de salvación y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya.*

Cuarenta y tantos para misas de la Virgen: *Ella como humilde sierva, escuchó tu palabra y la conservó en su corazón; admirablemente unida al misterio de la redención, perseveró con los Apóstoles en la plegaria mientras esperaban al Espíritu Santo.*

Y todos los Prefacios obligatoriamente unidos a ciertas Plegarias: Plegaria II, IV, Reconciliación I y II, así como para las tres Plegarias de niños (y jóvenes).

El Prefacio, con el que empieza la Plegaria Eucarística, tiene siempre la misma función, ha de rezarse siempre, todos los días en todas las Misas. Es necesario esforzarse para evitar la rutina, prestarle atención y darle sentido y vida.

La respuesta de la Asamblea es la aclamación del Santo, Santo...que corresponde rezar a toda la Asamblea, pueblo y sacerdote que preside, conjuntamente.

TEMA 32: ACLAMACIÓN DEL “SANCTUS “ Y DOXOLOGÍA FINAL

La aclamación del “sanctus”.

La palabra “aclamación” sirve para designar una fórmula breve de alabanza, dicha en voz alta –o gritada diríamos – por un grupo de personas, en circunstancias especiales. En nuestro caso: *Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.*

Este texto es una aclamación solemne, en respuesta al Prefacio, de toda la asamblea, pueblo y sacerdote que preside. El misterio pascual que hace dos mil años tuvo lugar en Jerusalén, es durante la Misa, aquí y ahora, una realidad de salvación.

Tiene su razón en el Dios tres veces santo: En el Padre como fuente, en Jesucristo como realizador, y en el Espíritu Santo por su acción. El término ¡Hosanna! que se ha mantenido en su original hebreo sin traducirlo, es un grito de júbilo que significa ¡Sálvanos!

Doxología final.

Acabadas las intercesiones, la Plegaria Eucarística llega a su fin. El sacerdote que preside, tomando en sus manos el Cuerpo y la Sangre de Jesús, elevándolos a los ojos de todos, recita la gran conclusión final:

Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Corresponde decir en voz alta esta aclamación únicamente al sacerdote que preside. El “Amén” es respuesta de toda la Asamblea, sacerdote y pueblo.

La Plegaria Eucarística tiene su colofón en esta doxología grande. Grande por su formulación, centrada en Cristo mediador, con la escala de las tres preposiciones unitivas, que se dirigen al Padre.

Grande por el gesto expresivo del sacerdote que levanta en una mano la patena o copón con el Cuerpo de Cristo, y en la otra el cáliz con la Sangre redentora.

Y grande por la solemne respuesta que provoca en la Asamblea al secundar la alabanza del sacerdote presidente.

Es evidente, que el texto expresa la glorificación trinitaria de Dios, que confirma y concluye con la aclamación del AMÉN de todo el pueblo.

TEMA 33: DOBLE INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO (EPÍCLESIS)

La reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II ha permitido que en la celebración eucarística aparezca una doble invocación a Dios Padre sobre el Espíritu Santo. Litúrgicamente se llama “**epíclesis**”, es decir, “**invocación sobre**”.

Invocación doble. Una invocación o epíclesis antes de la Consagración. Se invoca a Dios Padre para que a través del Espíritu Santo consiga la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. En la segunda invocación o epíclesis, después de la Consagración, se pide para que el Espíritu Santo consiga la unión de todo el Pueblo de Dios presente en la celebración.

El Espíritu Santo es en la Liturgia el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios. De otra manera: la Liturgia es la obra cimera del Espíritu Santo en la Iglesia y el Espíritu Santo es el alma de la Liturgia. La doctrina del Concilio Vaticano ha encontrado su más clara expresión en la reforma de la liturgia de la eucaristía, no sólo por la importancia teórica que se concede a la invocación o epíclesis, sino también por el lugar que de hecho ocupa en las nuevas Plegarias Eucarísticas.

En el “Canon Romano” –hoy conocido como Plegaria I- que se ha usado en la Misa siempre y en exclusiva hasta el Concilio, no aparece la invocación al Espíritu Santo explícitamente formulada. Hay tan sólo una mención que puede llamarse implícita.

En las doce Plegarias Eucarísticas aparece la doble invocación al Espíritu Santo. Baste recordar dos de ellas a modo de ejemplo:

Plegaria III: *“Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti (invocación consecratoria) para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu”*, (invocación de comunión).

Plegaria V/b: *“Te rogamos, pues, Padre todopoderoso, que envíes tu Espíritu sobre este pan y este vino, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro”*(antes de la Consagración). *“Fortalécenos a cuantos nos disponemos a recibir el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y haz que, unidos al Papa y a nuestro Obispo, seamos uno en la fe y en el amor”*(después de la Consagr.).

Resumidamente: **Doble invocación al espíritu santo en la Misa.**

¿**Invocación de quién?**: De todos los participantes en la celebración.

¿**Invocación a quién?**: A Dios padre.

¿**Invocación sobre quién?**: Sobre el Espíritu Santo.

¿**Invocación para qué?**: Para la transformación del pan y el vino (primera).

Para la unión de todos los cristianos (segunda).

Dos momentos: Momento cristológico y momento eclesiológico.

Ambos se remiten y se complementan.

TEMA 34: “TOMÓ PAN, DIO GRACIAS, LO PARTIÓ Y LO DIO”

Esta secuencia de las cuatro acciones para el pan y las otras para el vino, las recita el sacerdote que preside, en el corazón, en el núcleo, de la Plegaria Eucarística, al decir las palabras de la misma Institución y Consagración. El sacerdote las dice y por mimetismo tiende a hacer lo que dice en ese mismo momento. Sobre todo la tentación de partir el pan justamente en el momento de decir “lo partió”.

Pero no lo hace. Por la misma razón, el sacerdote tendría que bajar del altar entonces y empezar a dar la comunión, sin más. En cambio, espera a partir el pan después del gesto de la paz, y a repartirlo una vez terminada la oración del Cordero de Dios, repetida varias veces.

Respetar este orden es entrar en el tempo del ritual. ¿Qué significa esto? Dicho de otra manera, ¿qué marca la diferencia entre una Misa y la representación teatral de la Última Cena de Jesús, como se representa en la Pasión de algunos pueblos y ciudades?

Para responder puede ser útil la diferencia existente entre el teatro y el cine. El teatro, por lo menos el clásico, es la representación en tiempo real de unos hechos y de unos diálogos; en su misma secuencia propia.

El cine, en cambio, es la fragmentación de la escena a base de ofrecerla en diversos planos: un plano general de una habitación con dos personajes que dialogan, el primer plano de una cara, un contraplano del otro interlocutor, un primer plano de una mano que busca un objeto en el bolsillo... esta fragmentación, descomposición y ralentización de la escena es la gracia del cine, es lo que hace que tengamos una percepción especial de lo que se representa, diferente a la percepción teatral.

La liturgia –mutatis mutandis- es como una especie de fragmentación y ralentización de las cuatro acciones indicadas (tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio), como para saborear y contemplar mejor el “memorial” que celebramos. Así, pues, el sacerdote que preside toma el pan en la preparación de las ofrendas, da gracias a lo largo de la Plegaria Eucarística (que va desde el Prefacio hasta la Doxología por Cristo con Él y en Él, y dentro de la cual dice las palabras de la Institución y Consagración) parte el Pan de forma visible mientras se recita tres veces “Cordero de Dios”, y lo da a los fieles que se acercan a recibir la Comunión.

Cada gesto se hace en su momento según el ritmo de la ritualización. Hacer las cosas ritualmente no significa necesariamente hacer comedia, teatro, quieren muy bien decir que aquellas cosas son importantes para nosotros, es decir, que todo ello son gestos y palabras que nos hacen vivir algo en presente.

TEMA 35: PALABRAS Y GESTOS DE LA CONSAGRACIÓN

Con las palabras y gestos de en la Consagración se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la Última Cena, cuando bajo las especies de pan y vino ofreció su Cuerpo y Sangre y se lo dio a los Apóstoles en forma de comida y bebida, y les encargó perpetuar ése mismo misterio: *Cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: **Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.** Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz y, dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos. Diciendo: **Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.***

Estas palabras son, sin duda, el punto culminante de la Misa. La Consagración es el gesto más importante y antiguo de la Misa, que siempre se ha realizado con especial solemnidad. Las Normas Generales del Misal subrayan esto mismo al decir que estas palabras del Señor han de pronunciarse con la claridad y solemnidad que requieren por su propia naturaleza.

Las palabras y gestos del Señor en la Consagración no son un cuerpo aislado inserto en la Plegaria Eucarística sino que son parte de la Plegaria misma. No es la narración de un hecho pasado sino sobre todo es un texto sacramental, realmente actualizante. Es el mismo Jesucristo, quien con sus gestos y palabras – que en su nombre realiza el sacerdote que preside – hace realmente presente su paso de la muerte a la resurrección.

Por eso mismo, **las palabras han de ser dichas, no de modo narrativo sino de modo sacramental**; con especial unción, tanto por el sacerdote que las pronuncia como por los fieles que religiosamente las escuchan; como dichas por el mismo Cristo.

La Consagración es momento de recuerdo y vivencia del Señor que se entrega por nosotros. Es lo que el Señor entregó a la Iglesia. No debe convertirse en un espacio de adoración eucarística. No se deben elevar el Pan y el Vino consagrados al mismo tiempo que se pronuncian las palabras de la Consagración. Debe hacerse únicamente “mostración” al pueblo”. No debe tocarse el órgano, ni por supuesto tocar la Marcha Real. La adoración de la Eucaristía, tan rica en espiritualidad, debe hacerse en otro lugar más propio, sobre todo, en la exposición solemne del Santísimo.

Los fieles pueden permanecer de rodillas, por máximo respeto, desde el final del Sanctus hasta el final de la Doxología “Por Cristo, con él...” Pero se admite la posibilidad de permanecer de pie si es al aire libre, por estrechez del sitio, por enfermedad o por cualquier otra causa razonable. Se hace inclinación profunda coincidiendo con la genuflexión del sacerdote que preside. La idea de no distorsionar la Consagración con la “adoración del Santísimo” es bastante clara en las Normas Generales de la Misa de hoy. (La Liturgia Pontificia, de los Papas, es liturgia pontificia, es cosa distinta).

TEMA 36: FRAY JUAN DE LA MANO SECA

Seguro que adivinarán la moraleja de esta historieta. Conforme me la contaron se la cuento. Dice la leyenda que hace muchísimos años, en un Monasterio colgado en un picacho de las montañas de Asturias, vivía un monje buenísimo que bajaba todos los domingos a celebrar la Misa en un pueblecito del valle. Monje cargado de años, puntual y fervoroso.

Un domingo del mes de febrero, amaneció todo con una nevada de casi medio metro. Dieron las diez, las diez y media, las once y casi las once y media... y fran Juan no venía. Algo raro tenía que haber pasado. Los mozos alarmados salieron a su encuentro; lo encontraron tendido en la nieve, aterido de frío, medio congelado y semi-inconsciente. Lo llevaron corriendo al médico del pueblo.

El médico dio su diagnóstico y hasta fray Juan pudo oírlo: Le habéis salvado la vida pero sus manos y sus brazos, congelados, seguirán muertos para siempre. Fray Juan pensó enseguida, aterrado, que nunca más podría volver a celebrar la Misa y lloró silenciosamente. Se atrevió a pedirle a Dios que le devolviera la vida a sus manos; sólo el tiempo suficiente para celebrar la Misa, lo justo para la Misa. Y el buen Dios se lo concedió.

La gente se dio cuenta del milagro y en seguida se corrió la voz. Empezaron por llamarle a celebrar la Misa en Covadonga, luego en la Catedral de Oviedo, en Salamanca, en Sevilla, en Madrid, en Toledo y hasta en el Pilar de Zaragoza. La Misa de fray Juan estaba anunciada aquel día para las 12 en el altar mayor de la Basílica.

Llegada la hora, no había modo de que terminara, allí mismo, un sacerdote muy anciano latinoamericano. Indicaron a fray Juan que sería mejor que empezara en el altar de la nave lateral. La gente que esperaba, al darse cuenta del cambio, corrió al otro lado, saltando por encima de los bancos y atropellándolo todo.

Minutos más tarde, antes de empezar la Misa, fray Juan rezó así: Señor, sabemos que en todas las Misas se realiza un milagro gordísimo; el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Jesucristo. La gente lo cree, pero no vienen por ver eso; estas buenas gentes vienen a ver el milagro pequeño de mis manos muertas que reviven. Señor, no merece la pena continuar así. Quítame el milagro de mis manos secas. ¡Dios lo oyó y actuó consecuentemente!

Desde aquel momento, las manos de fray Juan recobraron la vida, y empezó a celebrar la Misa como cualquier otro sacerdote. Pronto empezó a venir menos gente a su Misa, menos, menos...; al mes, fray Juan volvía a celebrar la Misa en su Monasterio, con un monaguillo, un grupo de buenísimas señoras y algún que otro señor mayor. Como siempre.

(No crean lo que acabo de contar. Es sólo una leyenda. Pero, ¿verdad que tiene su miga?). **¡Se da un milagro gordísimo en cada Misa, cierto! ¿Damos muestras de que lo creemos?** A menudo no lo parece del todo.

TEMA 37: MEMORIAL EN LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

En su momento, hemos comentado (Tema 19: La Misa, “memorial”) que la Misa recibe, entre otros nombres, el de MEMORIAL, porque cuando celebramos la Eucaristía estamos cumpliendo lo que el Señor nos mandó: *Haced esto en memoria mía*. MEMORIAL es un recuerdo objetivo –decíamos- y no sólo subjetivo, puramente conceptual, de lo que hizo el Señor por nosotros. MEMORIAL real y no sólo mental.

Ahora consideramos el mismo término MEMORIAL, pero en un contexto nuevo, como elemento de la Plegaria Eucarística. En todas las Plegarias, trece, encontramos tras las palabras de la Institución y Consagración una oración llamada MEMORIAL o ANAMNESIS. La Iglesia, al cumplir este encargo que, recibió de Cristo Señor, realiza el MEMORIAL del mismo Cristo, recordando principalmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y ascensión al cielo (Normas, 79e).

“Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este MEMORIAL de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, de su santa resurrección y de su admirable ascensión a los cielos...” (Plegaria I).

“Así, pues, Padre, al celebrar ahora el MEMORIAL de la muerte y resurrección de tu Hijo...” (Plegaria II).

“Por eso, Padre de bondad, celebramos ahora el MEMORIAL de nuestra reconciliación y proclamamos la obra de tu amor...” (Plegaria Va).

“Así, pues, al hacer el MEMORIAL de Jesucristo, nuestra pascua y nuestra paz definitiva y celebrar su muerte y resurrección...” (Plegaria I Reconciliación).

Cuando se celebra la Eucaristía, se hace memoria de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y ésta hace presente el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, y permanece siempre actual (Hebreos 7, 25-27).

Haced esto en conmemoración mía. El mismo señor nos mandó celebrar este misterio de la Pascua. Por eso nosotros continuamos celebrando en la Misa el MEMORIAL de la gran liberación pascual, que es proclamar ante el mundo la verdadera libertad de los hijos de Dios. “Cristo nos ha liberado para que gocemos de libertad” (Gálatas 5, 1)

Quien cree en la liberación del Señor, y reconoce en la Eucaristía la presencia de la Pascua, no puede participar en ella con sentimientos de esclavitud, de disgusto o de obligatoriedad, sino con actitud de gozo y libertad. Celebramos la liberación salvadora de Dios para sentirnos libres en Dios.

El creyente que participa en la Eucaristía está así llamado a ser un MEMORIAL EXISTENCIAL DE CRISTO, que se expresa, se nutre y se renueva permanentemente en el MEMORIAL que se celebra. (Dionisio Borobio, “*Eucaristía para el pueblo*”).

TEMA 38: OBLACIÓN. OFRECER Y OFRECERSE

El Pueblo de Dios, reunido especialmente para la celebración eucarística, ofrece en este memorial al Padre la víctima inmaculada. Aún más, “la Iglesia pretende que todos ofrezcan no solo la víctima inmaculada sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos” (Normas Generales 79). Ofrecer y ofrecerse.

Al reflexionar sobre la Misa como “sacrificio” (tema nº 18), decíamos que cada vez que celebramos la Eucaristía, la Misa, ofrecemos a Dios Padre a su Hijo muerto y resucitado. Su “Cuerpo entregado por nosotros” y “su Sangre por nosotros derramada”. Nosotros tomamos tan en serio esta entrega de Cristo, que la hacemos propia y la ofrecemos a Dios Padre.

Así se hace constar en las Plegarias Eucarísticas: “al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, **te ofrecemos** el pan de vida y el cáliz de salvación (Plegaria Eucarística II). “**Te ofrecemos**, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo” (Plegaria III). “Mientras esperamos tu venida gloriosa, **te ofrecemos** su Cuerpo y Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo” (Plegaria IV).

En la Eucaristía, no solamente ofrecemos el sacramento pascual de Cristo, sino que entramos en él, nos incorporamos a él y **nos ofrecemos** juntamente con él. Nos **ofrecemos** en nuestra vida: con nuestras alegrías y nuestros disgustos, con nuestros esfuerzos y renunciaciones, y con las elecciones que hemos tenido que hacer para seguir siendo dignos de nuestra condición de cristianos, de seguidores de Cristo.

Ofrecemos lo que sufre la Iglesia. Lo que sufre la humanidad. Lo que nos toca sufrir a cada uno. Claro está que esto no añade nada al sacrificio de Cristo, pero sí se añade “entrar” en el sacrificio de Cristo. Y así nos hacemos víctimas vivas nosotros mismos, de alguna manera. Y lo ofrecemos públicamente junto con Cristo:

“que él (el Espíritu) nos transforme en **ofrenda permanente** (Plegaria III).

“seamos en Cristo **víctima viva** para alabanza de tu gloria (Plegaria IV).

“**acéptanos también a nosotros**, Padre Santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo” (Plegaria Eucarística de la Reconciliación II).

“acéptanos **a nosotros juntamente con él** (Plegaria de Niños, I).

“para que te lo ofrezcamos como sacrificio nuestro y **junto con él nos ofrezcamos a ti** (Plegaria de Niños II).

“te pedimos que **nos recibas a nosotros** con tu Hijo querido (Plegaria Niños III)

En cada Misa **ofrecemos y nos ofrecemos**. Solo hace falta que lo hagamos de verdad.

TEMA 39: INTERCESIONES, POR VIVOS Y DIFUNTOS

Las INTERCESIONES por vivos y difuntos dentro de la Plegaria de la Misa, “dan a entender –dicen las Normas Generales- que la Eucaristía se celebra en común-uniión con toda la Iglesia; de la tierra y del cielo, y que la oblación se hace por todos sus fieles, vivos y difuntos, miembros que o han sido o son llamados a participar en la salvación y redención adquiridas por el Cuerpo y la Sangre de Cristo (Normas, n.79g).

En estas INTERCESIONES, que siguen a la segunda invocación al Espíritu Santo, para que transforme la Comunidad, se pide que lo que Dios realizó un día con su Pueblo, siga realizándolo hoy con la humanidad entera; con la Iglesia terrestre en todos sus miembros (papa, obispos, sacerdotes, laicos) y con la Iglesia del Cielo, de manera que todos podamos llegar a la plenitud de la salvación.

Las INTERCESIONES no figuraban en la estructura original de las Plegarias de la Misa; pero no se tardó mucho en incorporarlas al llamado “canon romano” – hoy Plegaria I- y sólo se pedía por los vivos y difuntos **bautizados**. Así durante siglos.

La Teología moderna empezó a decir que el plan divino de la redención y salvación es universal. El Concilio vaticano II lo confirmó. “*La Sangre derramada por vosotros* (los participantes de la celebración eucarística) y *por todos los hombres*” (incluye los no cristianos). Eso no significa que todos se salven, sólo Dios lo sabe; nosotros sólo podemos tener nuestras opiniones.

El Concilio Vaticano II abordó este tema; su visión sobre las diversas religiones es optimista, aunque no define nada nuevo. Cuando a Jesús le preguntan si son muchos los que se salvan no quiso responder; sólo exhorta a que se vaya por el camino estrecho de la perfección.

La Liturgia postconciliar ha dado pasos en sentido positivo. En buena parte, para superar este problema, se prepararon las nuevas Plegarias Eucarísticas además de la Plegaria I o “canon romano” de siempre. En las nuevas, se quiso expresamente que se incluyesen también INTERCESIONES POR LOS NO CRISTIANOS, por todos los hombres.

En las INTERCESIONES por los vivos se dice hoy: “Atiende los deseos y súplicas de esta familia” (los bautizados presentes); “Reúne en torno a ti...a todos tus hijos dispersos por el mundo” (los no cristianos) (Plegaria III). Acuérdate de todo tu pueblo santo (los bautizados) y de aquellos que te buscan con sincero corazón” (los no cristianos que aún te buscan” (Anáfora IV).

En las INTERCESIONES por los difuntos: “Acuérdate, Señor, de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección (son únicamente los cristianos) y de todos los demás difuntos que han muerto (que descansan) en tu misericordia” (Plegaria II). “Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo (los cristianos) y de todos los demás difuntos cuya fe sólo tú conociste” (los no cristianos) (Plegaria IV).

TEMA 40: RITO DE LA COMUNIÓN

En su día dijimos, y luego lo hemos repetido ocasionalmente, que la Liturgia de la Eucaristía tiene dos partes: La Plegaria Eucarística y el Rito de la Comunión. Hemos tratado sobre la Plegaria Eucarística – desde el Prefacio hasta la Doxología “por Cristo con él, etc. -. Hoy tratamos, en términos generales, del Rito de la Comunión.

El Rito de la Comunión –se dice en las Normas generales, (nº 80)- es punto de referencia de toda la celebración de la Misa: Todo en ella tiende, de alguna manera, a que se llegue a la Comunión con el Señor, debidamente dispuestos, sacerdote y fieles.

Es lo que pretenden de modo especial los tres momentos del Rito de la Comunión o de preparación inmediata que estamos tratando: **El Padrenuestro, el gesto de la Paz y la acción simbólica de la fracción o partición del Pan**, que llevan a la Comunión.

En el Padrenuestro se pide el pan de cada día, con lo que se evoca, para los cristianos, principalmente el Pan eucarístico y se implora la purificación de los pecados.

Sigue el Rito de la Paz, con el que la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana. Así, todos tenemos la oportunidad de expresar la caridad mutua, antes de recibir la Comunión.

A continuación, el sacerdote que preside parte el Pan eucarístico. No es un mero gesto práctico sino simbólico, es “el gesto realizado por Cristo en la Última Cena”, y que ya en el tiempo de los Apóstoles sirvió para denominar la Misa entera. Se llamaba “Fracción del Pan”.

Llega el rito de la Comunión, pensado para que todos tengan la oportunidad de recibir con fruto el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las Normas Generales recomiendan insistentemente que no sólo el sacerdote que preside sino que también el pueblo que participe del Cuerpo del Señor reciba, siempre que sea posible en la situación concreta, Pan consagrado en esa misma Misa. Esto ayuda a ser conscientes de que “la Comunión es participación en el sacrificio –Misa- que se esta celebrando”, como indican las Normas Generales.

Iremos viendo cada uno de estos momentos con mayor detalle en los días que vienen, si Dios quiere.

TEMA 41: EL PADRENUESTRO EN LA MISA

El Padrenuestro ha sido llamado el “compendio del Evangelio”. Es la mejor oración que podemos dirigir a Dios. Es la oración que el mismo Cristo nos enseñó.

¿Por qué incluir en la celebración de la Eucaristía el Padrenuestro? Ciertamente que Jesús no lo hizo. Entre nosotros puede haber varias motivaciones para incluirlo dentro de la Misa. Las Normas Generales de la celebración eucarística resaltan que en el Padrenuestro se pide a Dios por el pan de nuestro sustento diario, pero se evoca también la gracia de recibir el Pan Eucarístico, “principalmente”, se dice en la última edición del Misal.

El Pan Eucarístico es Cristo, y dice san Ambrosio: *Vive de tal modo que merezcas recibirlo cotidianamente.*

Imploramos la purificación de nuestros pecados. Y al pedir a Dios que nos perdone “como también nosotros perdonamos”, estamos expresando la mutua actitud de reconciliación fraterna, precisamente antes de participar juntos en la misma mesa del Señor.

Se procede así, según las Normas Generales de la Misa: terminada la Doxología de la Plegaria, el sacerdote que preside dirige a la Asamblea, mediante una monición, una invitación a recitar juntos la oración del Padrenuestro. La monición ha de ser breve y puede variarse según la celebración litúrgica del día. No se señala que la Asamblea deba realizar algún gesto especial durante la oración. Ocasionalmente se estima procedente elevar las manos o unirlos todos de modo simbólico.

Recitado el Padrenuestro sigue el embolismo del sacerdote al hilo de la última petición: “Líbranos de todos los males, Señor” y la Asamblea responde con una antiquísima aclamación: “Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, Señor”. El Padrenuestro y la aclamación aparecen citados en el primer libro de catequesis que conocemos, en la Didajé. (Libro escrito en el siglo II y no descubierto hasta 1873). Pero no incluidos en la Misa de entonces.

El rezo del Padrenuestro dentro de la Misa, como preparación para la Comunión es un rito añadido a la Eucaristía y desconocido en las fuentes litúrgicas de los siglos II y III, al menos.

Todos lo que rezamos el Padrenuestro consciente y responsablemente, dentro de la Misa, debemos sentirnos invitados y comprometidos con el Pan “entregado” y la Sangre “derramada” por nosotros, los presentes, y por todos los hombres y mujeres del mundo.

TEMA 42: EL RITO DE LA PAZ EN LA MISA

Conviene recordar, en primer lugar, el sentido de este rito. Dice la Ordenación general de la Misa (OGMR): Con el rito de la paz la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, y los fieles expresan la comunión eclesial y la mutua caridad antes de recibir la comunión.

No se trata, por tanto, de un simple saludo, sino de un gesto simbólico que expresa la común-uniión y la caridad entre los que nos disponemos a comulgar juntos el Cuerpo de Cristo.

Esta idea excluye ir arriba y abajo saludando a los conocidos y mostrar de forma, tal vez, demasiado expresiva, nuestra amistad y nuestro afecto. Las mismas Normas citadas añaden: “Conviene que cada uno exprese sobriamente la paz a quienes tiene más cerca”. Esto no quiere decir que no se pueda dar un beso, o un apretón de manos; de hecho los ministros del altar suelen darse la paz con “el beso de la paz”. Pero sea de manera sobria, sin expresiones exageradas, y sólo a los fieles más cercanos.

También se dice: Mientras se da la paz puede decirse “la paz del Señor sea siempre contigo”. A lo que puede responderse “amén” o “y contigo”.

Siempre se ha situado este gesto de la paz como preparación a la comunión, y ciertamente tiene sentido que, antes de comulgar, los que participamos juntos de la mesa del Señor expresemos la común-uniión entre nosotros como hermanos.

Benedicto XVI en su exhortación apostólica “El sacramento de la caridad” (Sacramentum caritatis) definía muy bien la situación: “*En nuestro tiempo, tan lleno de conflictos, este gesto de la paz adquiere un relieve especial, ya que la Iglesia siente cada vez más como tarea propia pedir a Dios el don de la Paz*”.

En el curso de la celebración, es necesario que los responsables tengan una buena dosis de paciencia. Y si los fieles se alargan un poco en tiempo de la paz o exageran un poco en el modo de expresarla alguna vez, pues... no debe pasar nada. Que las gentes quieran manifestarse, es un signo de fraternidad y de unidad o familiaridad en la comunidad.

A una niña le preguntaron qué era para ella “el momento de la paz en la Eucaristía”. Su significativa respuesta: “Es como el recreo de la Misa”.

Siempre es bueno huir de las exageraciones. También debe evitarse que el tiempo del Rito de la paz se sobreponga enteramente a la Fracción del Pan. Acción litúrgica que trataremos en otro momento, Dios mediante.

TEMA 43: LA FRACCIÓN DEL PAN EN LA MISA

Después del Rito de la Paz en la misa, sigue el Rito de la Fracción –o partición- del Pan. Así lo hizo Jesús de un modo solemne en la Última Cena. **“Tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo haced esto en memoria mía”**. En este gesto de “partir el pan” reconocieron sus discípulos a Jesús, después de la resurrección; por ejemplo, los discípulos camino de Emaús que nos cuenta el evangelista Lucas (Lc 24, 31-32).

Con esta expresión, “Fracción del Pan”, los primeros cristianos designaban la Celebración de la Eucaristía, la Misa. De la Iglesia de Jerusalén se decía que “acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la Fracción del Pan y a las oraciones”.

Con la expresión “Fracción del Pan” se quiere significar también que todos los que comen de este único Pan, Pan partido, que es Cristo, entran en común-unión con él y forman con él un solo cuerpo. Más que en el sentido “sacrificial” por aquello de pan partido, roto, tiene sentido de fraternidad, en la misma línea del Padrenuestro y la Paz.

Las Normas Generales de la Misa (n. 83) disponen que este gesto ha de hacerlo exclusivamente el sacerdote que preside, con la debida reverencia, gesto amplio, solemne, que se vea. Es un gesto de Jesús en la Última Cena.

Mientras que en la Eucaristía se usaba pan que hoy llamaríamos normal, partir el pan era absolutamente necesario por razones prácticas. En el siglo XIII se optó por usar las obleas que hoy conocemos pero se decidió mantener la fracción del pan porque no es un gesto práctico exclusivamente, sino también un gesto simbólico, como hemos apuntado antes. Que los fieles, siendo muchos, en la comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado por la vida del mundo, se hacen un solo cuerpo.

Las Normas Generales de la Misa permiten usar hostias u obleas, pequeñas, individuales, “si alguna razón lo exige”, pero establecen que “habitualmente” se partan las hostias grandes para varios fieles porque dice literalmente “que el gesto de la fracción del pan manifiesta mejor el signo de la unidad por el hecho de que un solo pan se parte y distribuye entre los hermanos” (OGMR, n.321).

Mientras se realiza la Fracción del Pan, se reza o canta la súplica Cordero de Dios, exclusiva del pueblo de Dios, y el sacerdote que preside deposita una partícula del pan consagrado en el cáliz, para significar la unidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor en la obra salvadora, es decir, del Cuerpo de Cristo Jesús viviente y glorioso (N. 83).

“Partir el Pan, es uno de los gestos primordiales y más significativos de la Misa”. (Pedro FARNÉS, *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*, Editorial STJ, Barcelona, Cap. 6, pgs. 117-140). Vivámoslo con sentido y con amor.

TEMA 44: LA COMUNIÓN EN LA MISA

El Rito de la Comunión en la Misa está claramente pensado para facilitar “que todos puedan recibir con fruto el Cuerpo y la Sangre de Cristo” como dicen las Normas Generales de la Misa. A ello han ido orientados los tres momentos litúrgicos anteriores que hemos comentado estos tres últimos días: El Padrenuestro, la Paz y la Fracción del Pan. Es la preparación remota.

En la Consagración, las palabras del Señor obran el maravilloso cambio sustancial del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Con la Comunión esperamos transformarnos, de alguna manera, en Cristo Jesús; según sus mismas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.*

Como preparación inmediata para la Comunión, el sacerdote que preside muestra a la asamblea el Pan eucarístico sobre la patena o el cáliz, e invita a todos a la comida del Señor, y Asamblea y sacerdote, juntamente, hacen un acto de humildad sirviéndose de las palabras evangélicas del Centurión: *Señor, no soy digno...*

Desde la encíclica *Mediator Dei* de Pio XII en 1947, se viene repitiendo que se consagre en cada Misa el pan que se usará para la Comunión, a no ser en los casos en los que haya muchos comulgantes, sin saber de antemano cuántos serán aproximadamente.

Las Normas Generales de la Misa insisten en que “es muy de desear que no sólo el sacerdote que preside sino también todos los fieles que participen del Cuerpo del Señor lo hagan con pan consagrado en esa misma Misa”. Eso ayuda seguramente a que todos sean más conscientes de que la Comunión es una forma de participación en la Misa que se está celebrando.

Hasta tiempos recientemente pasados, se decía que los Mandamientos de la Iglesia “obligaban a oír Misa los domingos y fiestas de guardar”, y quizás por benevolencia sólo obligaban a comulgar por Pascua. ¿Cómo coordinar ambas cosas si se entiende que la Misa es la “comida eucarística?” Comida a la que se suponía que acudirían normalmente comensales que no iban a comer. Hoy el Código de Derecho Canónico (1983) no habla de oír Misa sino de participar en la Misa (c.1246).

Antes de distribuir la Sagrada Comunión, el sacerdote que preside dice: “Dichosos los llamados a la Cena del Señor”. Muchos nos sentimos verdaderamente dichosos de poder participar diariamente en la celebración de la Santa Misa para encontrarnos con Cristo y alimentar en él nuestra fe y nuestra vida.

Participar en la Misa –Comunión incluida- bien puede ser para nosotros el acto más importante de todo el día. Sería más fecunda nuestra fe si todos los días acertáramos a participar en la celebración eucarística con mayor novedad, hondura, y con mayor profundidad espiritual. ¡Que Dios nos ayude a ello!

TEMA 45: CÓMO RECIBIR LA COMUNIÓN

La Comunión es la participación plena en la santa Misa, ya que fue instituida en forma de comida: “Tomad y comed; esto es mi Cuerpo”. Sólo quien comulga participa plenamente en la Eucaristía. Es cierto que, aunque comulgue sólo el sacerdote que preside la celebración, la Misa tiene sentido. Y es cierto que aunque una persona que asiste a Misa no comulgue, la Misa vale. Pero la Comunión de los fieles en la Misa es parte integrante de la Misa.

Lo importante al comulgar es hacerlo con fe, en paz con los demás y en gracia de Dios. Quien va a comulgar lo hace con la fe habitual con que acepta a Dios y se adhiere a Cristo; pero su fe se actualiza cuando la Hostia Consagrada es presentada por el sacerdote que preside y le dice: ¡Cuerpo de Cristo! Y se responde sinceramente ¡Amén! En paz con los demás lo hace quien se acerca con el corazón limpio de odio y de injusticia; éso es lo que de algún modo expresa el gesto de paz, que damos y recibimos momentos antes de recibir la Comunión. En gracia de Dios se acerca a comulgar quien no tiene conciencia de pecado grave alguno.

Comulgar, pues, con fe, en paz y en amistad con Dios es lo verdaderamente importante. Recibir la Comunión en la mano o en la boca, tiene su importancia, pero es algo relativamente secundario.

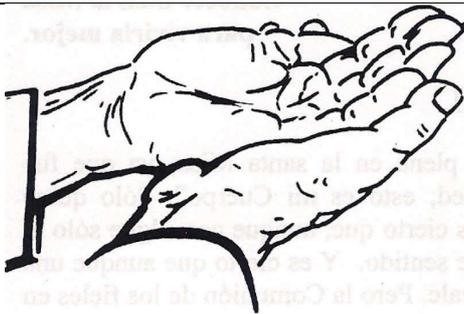
Recibir la comunión en la boca fue costumbre introducida mil años después de estar recibiendo la Comunión en la mano. Sólo se daba en la boca a los niños y a los impedidos. Llegó el momento en el que se pensó que recibirla en la boca ponía de relieve mejor el respeto debido al Cuerpo de Cristo. La costumbre se hizo ley, y esa ley ha llegado hasta nuestros días. Comulgar en la boca sigue siendo un modo digno de comulgar. Pero ni es el único ni es obligatorio, hoy.

Se ha recuperado la antigua costumbre de comulgar en la mano con la debida autorización del Papa y de los Obispos propios. Es perfectamente lícito hacerlo, pero hay que hacerlo bien. No se trata de una acción meramente práctica, es también un gesto litúrgico expresivo. Comulgar en la mano expresa una actitud de humildad, de pobreza, de espera y de acogida ante Dios. Es el gesto de quien pide y recibe confiadamente el don más grande que podemos recibir a través del ministerio de la Iglesia.

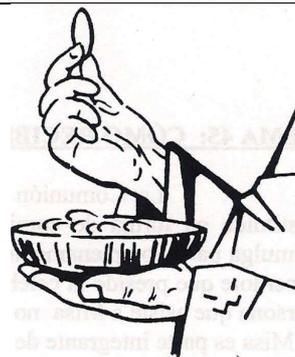
El modo de proceder no puede ser más sencillo: Coloque la mano derecha debajo de la izquierda. El sacerdote depositará la Comunión sobre la mano izquierda extendida. Tome la Hostia de la mano izquierda con su mano derecha y llévela a la boca con reverencia antes de retirarse. (No se debe usar solamente una mano. No debe cogerse la Hostia con dos dedos a modo de pinzas Si la persona es zurda, se hace al revés). Para el que distribuye la Comunión es mucho más fácil depositar la Hostia en la mano que en la boca. Y más higiénico también.

A pesar de lo dicho sobre la Comunión en la mano, corresponde al comulgante tomar la decisión, y no al sacerdote o al ministro colaborador de la Comunión.

CÓMO COMULGAR EN LA MANO



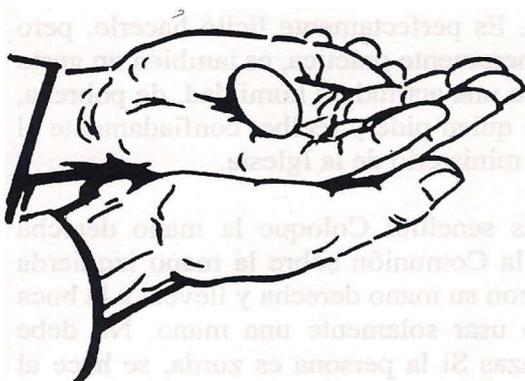
1. PON UNA MANO SOBRE LA OTRA A LA ALTURA DEL PECHO



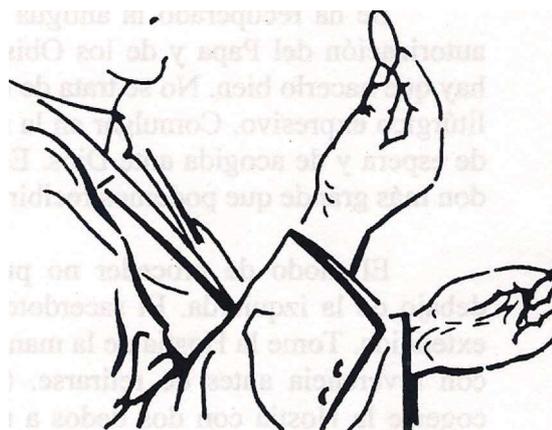
2. QUIEN DA LA COMUNIÓN DICE: "EL CUERPO DE CRISTO" Y TÚ RESPONDES: "AMEN."



3. LA HOSTIA CONSAGRADA ES DEPOSITADA EN LA PALMA DE TU MANO EXTENDIDA



4. ACOGE LA HOSTIA EN LA PALMA DE TU MANO CON REVERENCIA



5. ANTES DE RETIRARTE, TOMA LA HOSTIA CON LA OTRA MANO Y LLÉVALA CON DEVOCIÓN A TU BOCA.

TEMA 46: COMUNIÓN CON EL PAN CONSAGRADO, COMULGAR POR INTINCIÓN, O BEBER DEL CÁLIZ

Entre los gestos de la celebración eucarística que nos vienen directamente del Señor hay uno que presenta especiales dificultades: la comunión bebiendo del cáliz. No puede dudarse de que se trata de un gesto ordenado con toda claridad por el Señor: *Este es el cáliz de mi sangre. Bebed todos de él*. Pero el gesto resulta difícil, y además, la práctica de la Iglesia Latina y la Declaración dogmática del Concilio de Trento, permiten legítimamente la comunión de los laicos con sólo el Pan consagrado. Los católicos orientales, desde hace siglos, se limitan al gesto intermedio de la comunión de la sangre por “intinción”, es decir, mojando el Pan en el Vino.

Las Normas Generales de la Misa dicen claramente que “la Comunión tiene mayor expresividad cuando se hace bajo las dos especies y se ve mejor la relación entre el banquete eucarístico y el banquete escatológico –al final de los tiempos- en el Reino del Padre”.

Cuando la Comunión con la Sangre de Cristo se ha ido generalizando, sobre todo en las Comunidades religiosas, se observa una innegable tendencia a comulgar por intinción. Es una práctica más cómoda. Aunque menos simbólica, menos sacramental. Está más lejana de lo que hizo el Señor. No hace vivir con la misma intensidad el gesto de Jesús que nos da a beber su Sangre. No es lo mismo. Habrá casos en los que beber del cáliz resultará muy difícil, pero debe quedar claro que, en igualdad de condiciones, los dos usos son muy desiguales.

La Comunión con la sola especie del Pan es ciertamente legítima y suficiente, con la condición de que en la Misa, por lo menos el sacerdote que preside, comulgue también con la Sangre de Cristo. Dicho de otra manera, la Comunión bebiendo del cáliz es más significativa, más plenamente fiel a lo que nos entregó el Señor. Por consiguiente, siempre que sea posible hay que preferirla a la intinción.

En los primeros años del cristianismo, todos los fieles comulgaban; pronto se hizo menos común. Varios Concilios de la Edad Media mandan comulgar tres o cuatro veces al año; finalmente, el Concilio Lateranense IV (1215), manda que se comulgue al, menos, por Pascua Florida. En algunos textos de la Edad Media se llega a decir que el sacerdote que preside la celebración “comulga en nombre de todos”, y en la Iglesia Latina se tiende a suplir la Comunión por “mirar a la Hostia Consagrada en la Elevación”.

De la misma manera que hoy, nadie admitiría como participación suficiente en la Misa mirar a la Hostia, ni como ideal de vida cristiana, comulgar sólo unas pocas veces al año, así no puede verse como plenamente fiel al signo eucarístico, comulgar únicamente con el Pan consagrado. El ideal es seguir el mandato claro del Señor – así lo refleja San Cipriano (m. 258): “Haced lo mismo que realizó el Señor, que nos dio a comer su Cuerpo y a beber su Sangre”. Cuando es humanamente posible, claro.

TEMA 47: LA COMUNIÓN MÁS DE UNA VEZ AL DÍA

¿Se Puede comulgar más de un vez al día? Lo normal es participar – sacerdotes y fieles – en una sola celebración eucarística al día y recibir la comunión en ella. En diversas circunstancias laicos y presbíteros pueden volver a comulgar el mismo día.

La Misa es una comida o una cena festiva; lo normal es comer o cenar una sola vez al día. Habrá casos en los que por coincidir en el día dos celebraciones, una familiar y otra de amigos o de empresa, por ejemplo, haya que acudir a comer o cenar dos o más veces.

Nunca se ha de repetir la comunión al día sólo por devoción. Sí, puede hacerse, en cambio, en aquellos casos en los que se participa en otra Misa por un motivo justificado distinto. Como los sacerdotes pueden repetir la Misa en el día por razones pastorales.

Hay dos documentos de Roma sobre nuestro tema: la instrucción “Misterio eucarístico”, publicado en 1967 por la Sagrada Congregación de Ritos y la instrucción “*Inmensae caritatis*”, para facilitar, precisamente, la comunión en algunas circunstancias, publicada por la Sagrada Congregación para la disciplina de los Sacramentos en 1973.

En este segundo documento se dice claramente: “La norma que por tradición secular adoptó la Iglesia, en virtud de la cual los fieles pueden acercarse a la <sagrada mesa>sólo una vez al día, se mantiene en toda su integridad y no se puede abandonar por motivos de sola devoción”.

Los frutos de la comunión no aumentan por el hecho de comulgar más veces al día sino por la manera de participar en la mesa del Señor. “Tanto mayor será la eficacia del sacramento cuanto más devotamente se acerque el fiel a la mesa sagrada”.

En el primer documento antes citado ya se hacía alusión (n.28) a la posibilidad de comulgar más de una vez al día ante diversas situaciones y cita: cuando se participa en la Misa vespertina del sábado o víspera de fiesta, si ya se ha comulgado por la mañana en la Misa del día, y en otros casos semejantes.

El segundo documento incide en la misma doctrina, con los mismos criterios, aunque amplía los ejemplos para mejor comprensión.

TEMA 48: LOS MINISTROS EXTRAORDINARIOS DE LA COMUNIÓN

La reforma litúrgica que siguió al Concilio vaticano II hizo posible que laicos y laicas puedan ser ministros extraordinarios de la comunión dentro de la Misa, y aún fuera de ella en diversas circunstancias.

La instrucción de Roma “La inmensa caridad”, de 1973, establece los motivos y las modalidades de la distribución de la comunión por los laicos. La finalidad de esta práctica es fácil de entender: se trata de facilitar que la comunión eucarística se pueda realizar con fluidez; incluso cuando son muchos los que van a comulgar, de manera que la duración no sea desproporcionada en el conjunto de la celebración.

“Con la concesión de este ministerio – dice la instrucción citada - se mejora la imagen de la Iglesia y se pone de manifiesto la dignidad del laico cristiano, que como ejercicio de su sacerdocio bautismal, puede ser llamado también a realizar este ministerio de la distribución de la sagrada comunión”.

Es obvio que se trata de un ministerio delicado e importante. No se encomienda a niños o a adolescentes, sino a personas adultas. Personas, además, a las que de alguna manera, por su vida y aceptación dentro de la comunidad cristiana, no resulte extraño que se les haya encomendado este ministerio tan cercano al misterio eucarístico. Para mayor seguridad, normalmente, se designa a personas de alguna manera conocidas en la comunidad, como religiosas o religiosos laicos comprometidas, catequistas o personas que habitualmente participan en la celebración eucarística.

Los ministros de la distribución de la eucaristía de los que estamos tratando son los llamados “ministros extraordinarios”, y suelen ser designados para cierto tiempo o para tiempo indefinido. “Ministros ordinarios” de la distribución son los obispos, sacerdotes y diáconos. Son también “ministros extraordinarios” los acólitos establemente instituidos como tales acólitos por el Obispo.

Lógicamente, el más indicado para la distribución de la eucaristía es el sacerdote que preside la Misa. Los “ministros extraordinarios” actúan solamente cuando –como hemos dicho- son bastantes los comulgantes y hay que abreviar la distribución. Incluso, en caso de necesidad imprevista, el sacerdote que preside puede llamar a algún laico o laica para ayudar en la distribución de la comunión.

El modo de proceder puede ser como sigue: El “ministro extraordinario” de la comunión se hace presente en el altar cuando el sacerdote comulga; de manos del sacerdote recibe la comunión para él, si procede, y recibe el copón del que va a distribuir la comunión a los fieles. Como hace el sacerdote, el ministro extraordinario muestra al comulgante la forma consagrada y dice “El cuerpo de Cristo”, espera a que contesten “Amén” y ofrece la comunión en la mano o en la boca, según elija el comulgante.

El servicio de “ministro ordinario” es eso, un servicio y no un privilegio, que ha de realizarse con dignidad y generosa disponibilidad, cuando es solicitado en favor de la comunidad reunida para la celebración eucarística.

TEMA 49: CONDICIONES PARA PODER COMULGAR

Este es un tema que preocupa a muchos. A veces nos encontramos con personas que se acercan a comulgar sin demasiada conciencia de lo que esto significa. Comulgar es la forma más perfecta de auténtica participación en la Misa, en la celebración eucarística. La comunión no es sólo cuestión de devoción es también cuestión de autenticidad.

Benedicto XVI escribió de esta cuestión en la exhortación "El Sacramento del Amor"; concretamente en el n° 50 (Distribución y recepción de la Eucaristía) y en el n° 55 (Condiciones personales para una participación fructuosa).

"En referencia a la distribución y recepción de la sagrada comunión, pido en particular a los ministros ordenados y a los que, debidamente preparados, están autorizados para distribuir la Eucaristía en caso de necesidad, que hagan lo posible para que el gesto, en su sencillez, corresponda a su valor de encuentro personal con el Señor Jesús en el sacramento".

Todas las comunidades cristianas han de atenerse fielmente a las normas vigentes, viendo en ellas la expresión de la fe y el amor que todos han de tener a este sublime sacramento.

"Quisiera llamar la atención sobre un problema pastoral. En algunas circunstancias, como por ejemplo en las misas celebradas con ocasión de bodas, funerales o acontecimientos análogos, además de fieles practicantes, asisten a la celebración otros que tal vez no se acercan al altar desde hace años, o quizás están en una situación de vida que no les permite recibir los sacramentos. Otras veces sucede que están presentes personas de otras confesiones cristianas o incluso de otras religiones. En estos casos se ve la necesidad de usar expresiones breves y eficaces para hacer presente a todos el sentido de la comunión sacramental y las condiciones para recibirla" (n°50).

"Al tratar el tema de la "participación fructuosa" de los fieles en la celebración eucarística, los Padres sinodales han resaltado las condiciones personales para ella. Una es ciertamente el espíritu de conversión continua. No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes examinar la vida propia. Favorece dicha disposición interior, por ejemplo, el recogimiento y el silencio, al menos unos instantes antes de comenzar la liturgia, el ayuno eucarístico, y cuando sea necesario la confesión sacramental. Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación. Participación que se da también cuando nos acercamos personalmente al altar para recibir la comunión.

Aun cuando no sea posible acercarse a recibir la comunión sacramental, la participación en la santa misa sigue siendo necesaria, válida, significativa y fructuosa. En este caso es bueno cultivar el deseo de la plena unión con Cristo, practicando, por ejemplo, la comunión espiritual, recordada por Juan Pablo II y recomendada por los santos maestros de la vida espiritual" (n°55).

TEMA 50: EL RITO DE CONCLUSIÓN

El Rito de conclusión de la Misa es sencillo y breve. Después de la distribución de la Comunión, del breve espacio de silencio personal para la alabanza y la acción de gracias, el sacerdote dice una oración llamada descriptivamente “oración postcomunión” –desde el altar o desde la Sede- y desde la Sede siguen los elementos del rito de conclusión: avisos posibles, saludo y bendición, y beso al altar.

Las Normas Generales del Misal (nº 90) detallan los ritos así:

- a) Este es el momento oportuno, dentro de la Misa, para dar algunos avisos que han de ser breves y se harán sólo si son necesarios. De hecho, suelen limitarse a las Misas de los domingos y días festivos.
- b) Saludo y bendición en nombre de la santísima Trinidad. La Misa comienza en el nombre de la Trinidad y en su nombre termina.
- c) Despedida, y envío para que cada uno –dicen literalmente las Normas ahora- “regrese a sus quehaceres alabando y bendiciendo a Dios”.
- d) Beso del sacerdote que preside al altar –que representa a Cristo- e inclinación profunda ante el pueblo.

La Misa es tiempo privilegiado de renovación personal y de compromiso con los demás. Los discípulos camino de Emaús renuevan su fe y su esperanza en Jesús “al partir el pan” y se sienten impulsados a volver a Jerusalén para anunciar la buena noticia: “Hemos visto al Señor”.

En la Misa hemos hecho lo más fácil: reunirnos con otros cristianos, escuchar lo que Dios nos quiere decir, rezar juntos, dar gracias a Dios, ofrecerle, una y otra vez, el sacrificio de Cristo en la Cruz y participar de él comulgando con su Cuerpo y su sangre. Queda ahora lo difícil: en nuestra familia, con nuestros vecinos, en el mundo del trabajo, en la sociedad, en las demás actividades, ¿pensamos ser consecuentes con lo que hemos escuchado, dicho y celebrado?

El misal sugiere invitaciones tales como: “Glorificad al Señor con vuestra vida”, “Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado”; y como despedida: “Podéis ir en paz”. El texto, sugerido por el misal y el más usado, parece llevar implícita la distinción entre “vosotros” y “yo”. Personalmente estimo como más apropiado: “Vayamos en paz”, es decir, los que hemos celebrado –vosotros y yo-. Es como decir: “Vámonos”.

Hemos recibido a un Cristo entregado por nosotros para que vayamos siendo también nosotros “entregados por los demás”. La paz que nos deseamos no es como un tranquilizante. Quiere decir más bien que “somos enviados”. Si al principio de la Misa nos sentíamos “convocados”, al final deberíamos tenernos por “enviados”.

TEMA 51: POSTURAS Y GESTOS DURANTE LA MISA I

Los gestos y posturas corporales durante la Misa son de extraordinaria importancia. Contribuyen a que la celebración eucarística resplandezca en todo su valor en medio de su notable sencillez. Ayudan a comprender el verdadero significado de sus diversas partes y del todo en su conjunto. Favorecen la participación de todos en lo que se está celebrando. La adopción de una misma postura de todos es signo de la unidad de los miembros de la Comunidad cristiana y permite ver la unanimidad de todos los participantes. Los gestos y posturas no deben ser cosa del gusto personal del que preside o del equipo litúrgico.

Las Normas Generales de la Misa han dedicado a este tema nada menos que dos largos números (42 y 43) y aparece citado en otros números ocasionalmente. Las Normas establecen: Los fieles estarán de pie: desde que el sacerdote que preside se acerca al altar hasta el final de la "Oración-Colecta"; durante el Gloria y Aleluya, si los hay, durante la proclamación del Evangelio, durante el Credo, si lo hay, y durante la Oración de los fieles; desde la invitación "Orad hermanos", excepto en los momentos que luego se citan

Los fieles estarán sentados durante las Lecturas Bíblicas y el Salmo responsorial que precede al Evangelio; durante la Homilía y mientras se hace la preparación y presentación de las ofrendas.

Los fieles estarán de rodillas -es la postura que mejor expresa la adoración - durante la Consagración, a no ser que - como expresamente se dice - lo impida la enfermedad, la estrechez o incomodidad del lugar, la aglomeración de los participantes o cualquier otra causa razonable. Se añade que cuando por estas razones citadas no se arrodillan, deben hacer una inclinación profunda, conscientes de que está sucediendo el misterio de la transformación del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Estas normas concretas hay que guardarlas teniendo en cuenta ciertos criterios generales y excepciones que se señalan oportunamente. Así se indica: No obstante lo establecido antes, corresponde a las Conferencias Episcopales Nacionales introducir modificaciones apropiadas según las costumbres y tradiciones aceptables de sus respectivos pueblos.

Alguna Conferencia Episcopal, por ejemplo, ha establecido que el Evangelio se escuche siempre "sentados", en señal de mayor respeto, como sucede en el Zaire. O que después del Sanctus permanezcan de rodillas hasta el Amén de la Doxología "Por Cristo"... (Estados Unidos); o que durante la Plegaria Eucarística entera, desde el Prefacio hasta la recepción de la Comunión de los fieles, permanezcan de pie; así lo han mandado varios Episcopados.

La norma dada en otros países de ponerse de rodillas durante toda la Plegaria Eucarística, se debe al deseo de diferenciarse de otras Comunidades cristianas no católicas.

TEMA 52: POSTURAS Y GESTOS DURANTE LA MISA II

Con anterioridad, al tratar este mismo tema de “Posturas y Gestos” en la Misa, hemos reflexionado sobre su importancia para poner de manifiesto la unidad de todos los participantes en la celebración eucarística; hemos comentado las normas concretas vigentes acerca de la permanencia de pie, de rodillas o sentados en las diferentes acciones y tiempos.

Lo que parece que tendría que ser algo muy simple resulta bastante complejo por el entrecruzamiento de algunas disposiciones y normas. Para complicar más las cosas, las Normas Generales dicen también “que a pesar de todo lo establecido en términos generales, allí donde sea costumbre, por ejemplo, que el pueblo permanezca de rodillas desde el final del “sanctus” hasta que el sacerdote que preside, al llegar a la distribución de la Comunión, cuando dice mostrando la Hostia Consagrada sobre la patena o el cáliz *“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, etc.”*; hasta este momento y desde el “sanctus” –como decíamos- donde sea costumbre permanecer de rodillas, **es loable que dicha costumbre se mantenga.**

Parece que las mismas Normas adivinan que puede haber alguna confusión en lo que acaban de establecer y rematan el número 42 con estas palabras: “De todas formas, siempre será conveniente que los fieles sigan las moniciones o indicaciones que se les hagan por el “monitor”, el diácono o el sacerdote que preside, para seguir lo dispuesto oficialmente para todos en la Misa.

Conviene evitar un posible error, cometido a veces, con la mejor de las intenciones. Me explico: Los cristianos mayores de hoy venimos de la Misa “en latín” y de las devociones particulares rezadas durante la Misa. (En tiempos del papa León XIII (1878-1903), estuvo expresamente aconsejado el rezo del Rosario dentro de la Misa durante el mes de octubre).

Inducidos por estas prácticas, algunos mayores de hoy entienden equivocadamente que participar en la Misa es ir recitando en voz baja lo mismo que dice el sacerdote que preside durante todas las partes de la Misa. Hay un momento en que eso era -y es- especialmente inadecuado: Durante las palabras de la Institución y Consagración de la Eucaristía “Tomad y comed, esto es mi Cuerpo, etc.”

Esas concretamente, son palabras para ser escuchadas, recibidas, acogidas, como al recibir un regalo acompañado de algunas palabras de ofrecimiento. No procede, no tiene sentido, repetir simultáneamente las mismas palabras con el donante.

Decididamente, nuestra intención en estos dos temas ha sido la de aclarar las cosas, espero no haberlas dejado sin resolver o haberlas complicado más de lo que ya estaban.

TEMA 53: LA MISA, ACCIÓN COMUNITARIA

Una de las afirmaciones que más se repiten en la liturgia de la Eucaristía es que la Misa es una acción **comunitaria**. Con ello se quiere insistir en que la Misa pertenece a toda la asamblea, sacerdote que preside y fieles que concelebran.

Esta característica tan importante de la Eucaristía se ha tenido en el olvido. Aún hoy se sigue llamando al sacerdote que preside “el celebrante”, y si otros sacerdotes se unen a los fieles en la celebración, se les llama a ellos “concelebrantes”. “Concelebrantes” son todos, sacerdotes y fieles.

La Misa es y debe aparecer como una **acción comunitaria**, donde todos participan con la misma intensidad, aunque ejerzan funciones o tareas diversas. Los modos prácticos deben ayudar a vivir la Eucaristía siempre como acto comunitario.

El sacerdote que preside, que representa a Cristo, tiene ciertamente un papel distinto o distintivo, si se quiere, pero él no es el único que celebra, quien celebra es la asamblea toda. No es suficiente decir que la Misa es comunitaria, hay que celebrarla y vivirla como tal de modo que esta cualidad quede patente.

La voz del que preside, por ejemplo, sólo se destaca sobre la de los otros participantes cuando el ministro habla en nombre del Señor. La Plegaria Eucarística es el momento más destacado de su ministerio y durante ella la asamblea debe escuchar, en respetuoso silencio, la oración del ministro como voz de Jesucristo. En cambio, cuando el sacerdote que preside, junto con el pueblo, reza el Padrenuestro – oración propia de toda la asamblea – o el “Gloria a Dios en el cielo”, lo dicho por el micrófono no debe sobresalir, para que la asamblea no siga pensando que el ministro dice la Misa y los fieles la oyen o la siguen.

Hay fórmulas en la Misa –“Cordero de Dios” o la aclamación después de la Consagración –“Anunciamos tu muerte, proclamamos...”, en las que está explícitamente mandado que no las pronuncie el sacerdote que preside, sino sólo el pueblo.

Para lograr que la celebración *aparezca y se viva* como acción **comunitaria** es necesario que ministros y asambleas creen un verdadero ambiente de diálogo entre el que preside y la comunidad celebrante. El que preside pronuncia destacadamente sus oraciones presidenciales para que la celebración manifieste sacramentalmente la presencia de Cristo, cabeza de la Iglesia, pero la asamblea, por su parte, ha de manifestar con sus intervenciones que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, toma parte en la acción, y ofrecerse también ella misma con el Señor como se dice claramente en la Plegaria Eucarística III: *Te ofrecemos, Padre, la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad...y nos transformemos en ofrenda permanente.*

El Vaticano II estableció muy expresivamente que <<en las celebraciones cada cual, ministros o fieles, deben hacer **todo y sólo** aquello que les corresponda>>.

TEMA 54: LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES DEBE APARECER EN LOS SIGNOS PRIMORDIALES DE LA MISA

Se ha dicho repetidas veces que la celebración eucarística, la Misa, es primordialmente acción de Cristo. Pero la Iglesia –sacerdote que preside y fieles- se adhiere y participa también en la acción sacerdotal de Cristo; por eso se puede decir que la Misa no es sólo sacrificio de Cristo, sino también sacrificio de la Iglesia. Ambas realidades, Cristo como celebrante principal y el pueblo de Dios como participante, además de presentes en la Eucaristía **deben manifestarse** en los ritos y fórmulas de la liturgia de la Misa. (Farnés).

Los gestos y las palabras de la liturgia de la Misa para significar la presencia de Cristo y la acción participativa del sacerdote que preside y los fieles no siempre han sido los mismos ni todos son tan claros. Algunos de esos gestos y palabras son indudablemente de origen divino, y consiguientemente inmutables; nadie, ni el Papa ni un Concilio Universal de la Iglesia podría modificarlos. Así la Última Cena de Jesús.

Al describir la Eucaristía en el Nuevo testamento se dice expresamente que Jesús: a) Tomó el pan; b) lo partió; c) dio gracias; d) repartió el pan sobre el que había recitado la acción de gracias; e) mandó repetir estas acciones simbólicas; f) quiso que estos gestos se hiciesen como su memorial, y que, después de haber cenado, Jesús g)tomó la copa; h) dio gracias; i) repartió el cáliz, j) y nuevamente mandó repetir también este gesto como su memorial.

Estas fórmulas y estos gestos podrán variar en el curso de los tiempos, pero nunca podrán desaparecer de la celebración eucarística. Conviene además que se realicen con la máxima expresividad, y procurar que tengan siempre primacía sobre los demás ritos. Nada se dice, por ejemplo, de la elevación y adoración del Pan y el Vino consagrados. Son elementos celebrativos que se fueron añadiendo con el tiempo y que no pertenecen al núcleo radical de la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor.

Durante siglos se ha pensado y se ha **actuado** como si el sacerdote fuera **el verdadero celebrante** y el pueblo fuera simplemente **quien seguía su Misa**. El Concilio Vaticano dio una regla de oro: *Presbítero y Asamblea, dice, deben hacer sólo lo que les corresponde según determinan las Normas litúrgicas*. Es uno de los puntos en los que más ha insistido recientemente Benedicto XVI, p.ej. en “El Sacramento del Amor”, (n. 38-40). Así, el sacerdote que preside nunca recita la aclamación “Anunciamos tu nombre”... después de la consagración, porque va dirigido a Cristo, de quien el sacerdote es el “icono”; como tal él se dirige durante toda la Plegaria Eucarística exclusivamente al Padre. El Padrenuestro lo recita **comunitariamente toda la Asamblea**, (incluido el sacerdote como miembro de ella; aunque su voz nunca debe sobreponerse durante el Padrenuestro a la de los demás fieles).

Juan Pablo II nos ha dejado escrito (La Iglesia de la Eucaristía, n° 52 b): “El sacerdote que celebra fielmente la Misa según las Normas litúrgicas, y la Comunidad que se adecua a ellas, demuestran de manera elocuente aunque silenciosa su amor por la Iglesia”.

TEMA 55: VIVIR Y MANIFESTAR LA PARTICIPACIÓN ACTIVA EN LA MISA.

Juan Pablo II, en 1988, dejó escrito que la reforma litúrgica debía considerarse de alguna manera ya cumplida. Que la faceta siguiente, para reafirmarla, debería ser “*una profundización cada vez más intensa de la liturgia*”.

La reforma litúrgica de la Misa promovida por el Concilio Vaticano II implica fundamentalmente la participación activa; y lograr una plena participación exige la profundización de la liturgia.

Antes de la renovación litúrgica, muchos veían la Misa como una acción del “celebrante” – él decía la Misa – y los fieles la “oían”, la seguían como asistentes. El Vaticano II insiste en que la Misa es una acción de toda la asamblea, en la que cada miembro participa uniéndose al sacrificio de Cristo.

Para que esta participación de todos **se viva y se manifieste hay que cuidar los signos**. Por ejemplo: El sacerdote no celebra él personalmente la Misa, él la preside como instrumento de Cristo. La Misa es acción de Cristo y de la Iglesia en la que todos (sacerdote y fieles) deben esforzarse por unirse a su Señor, aunque con funciones distintas.

Los llamados a representar a Cristo –obispos y presbíteros – deben respetar la norma del Concilio Vaticano de hacer *todo y sólo* lo que les corresponde sin creer que son el celebrante principal de la Misa.

Cuando se “escucha” o se “ve” una Misa por Radio o Televisión es frecuente oír la voz del que preside dominando sobre la de los fieles, destacada - especialmente cuando hay micrófono – incluso en las partes que *corresponden a la asamblea*, como “Este es el cordero de Dios”, que es exclusivo de los fieles o en los fragmentos que el celebrante que preside dice como miembro de la asamblea, “El Padrenuestro”, por ejemplo.

Si se quiere lograr un verdadero y expresivo estilo, que ayude a vivir la celebración de la Misa como “acción de Cristo y de toda la asamblea”, la voz del que preside no debe sobresalir ni ahogar la voz de la asamblea.

La Misa es acción de Cristo y el sacerdote y los fieles nos unimos. El sacerdote preside y todos concelebramos. Las Normas distinguen para el sacerdote que preside hasta cuatro tonos de voz diferentes. La reforma litúrgica es cosa de todos. (Pedro Farnés).

TEMA 56: LA MISA, COMIDA FAMILIAR CRISTIANA

En nuestra cultura solemos celebrar los acontecimientos familiares –un nacimiento, un bautismo, una boda, un aniversario- con una comida, una merienda o una cena. Tal vez por eso diga la sabiduría popular aquello de: “Fiesta sin comida no es fiesta cumplida”.

La celebración eucarística, la Misa, es como la comida festiva de la familia cristiana. Es fácil identificar los momentos comunes. Puede servirnos pedagógicamente para recordar mejor lo que vivimos y hacemos los cristianos en nuestra Celebración Eucarística, en la Misa.

En la comida familiar, los invitados acuden al lugar señalado en su día y hora, conocidos de antemano. Son recibidos por los anfitriones que, los saludan, comentan lo que celebran, y normalmente sigue la petición de disculpas por no haberse visto más a menudo, por no haberse llamado o por cosas semejantes. Luego, todos escuchan lo que quieren decir los señores de la casa y se comenta. Es entonces el momento de presentar las cosas que quizá se han traído, y se van poniendo en su sitio las cosas que se van a comer. Se come, se dan las gracias por la fiesta y cada uno se marcha contento a su casa, procurando hablar a los demás de lo que han vivido y de lo bien que se lo han pasado.

Así son también los momentos de la Misa con una diferencia substancial: Lo que de verdad se come es el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es por ello necesario convertir previamente el pan y el vino presentados mediante la Consagración. Algo muy singular.

En la comida familiar cristiana, la Misa, nos reunimos invitados por el Señor para la celebración. Saluda el sacerdote que preside –en nombre de Cristo-, indica de qué va la celebración, qué celebramos e invita al perdón. Es el **Rito de la iniciación**: Saludo, monición de entrada y acto penitencial.

Sigue la **Lectura de la Palabra**, donde escuchamos lo que dijeron los Profetas o los Apóstoles sobre el Señor o lo que él dijo de sí mismo en el Evangelio. Se comenta en la **Homilía**. Antes de pasar a la **Liturgia de la Eucaristía**, se tiene la **presentación de las ofrendas** y la oración sobre ellas, **oración sobre las ofrendas**. Es el **Rito menor** que da paso a la **Liturgia de la Eucaristía**.

Como preparación remota para la recepción de la Comunión, damos gracias a Dios con el **Prefacio** y el resto de toda la **Plegaria Eucarística**. Celebramos la Cena por encargo del Señor; su **Cuerpo y su Sangre** han de ser recibidos por todos, debidamente dispuestos. Como preparación inmediata **rezamos juntos el Padrenuestro y nos damos la Paz. Recibimos la Comunión**, y damos gracias a Dios que nos ha invitado a recibirla, con una oración que expresivamente llamamos **oración postcomunión**. Todo ello es lo que llamamos **Liturgia Eucarística**.

Llegado este momento, el sacerdote que ha presidido la celebración nos bendice y nos despide. La Misa ha terminado, ¡vayamos en paz! (**Rito de la conclusión**). A dar testimonio de nuestra fe que con la Misa-Cena acabamos de celebrar festivamente.

TEMA 57: LA MISA, CELEBRACIÓN PARA TODO EL MUNDO.

La Redención es universal, para todos. Los textos de la Revelación son numerosos y claros. Como el amor exigido por Jesús a sus seguidores: amor universal, amor de balde.

La celebración eucarística, la Misa, decimos que es celebración de la Iglesia y para la Iglesia, pero además decimos que es CELEBRACIÓN PARA TODO EL MUNDO. En la fórmula de la Consagración del cáliz decimos siempre: "Sangre que será derramada por vosotros y por todos los hombres".

En la renovación litúrgica que siguió al Concilio Vaticano II, en una de las sesiones presididas por el mismo Pablo VI, se acordó que, en razón de su antigüedad, no se modificara en nada el Canon Romano de la Misa (lo que hoy llamamos Plegaria Eucarística I), y se tomó la decisión de que en las nuevas Plegarias Eucarísticas junto a las súplicas por los bautizados se incluyeran también súplicas por los no cristianos, por todos los hombres y mujeres del mundo. Y así se ha cumplido en las Plegarias posteriores.

En la Plegaria Eucarística II rezamos: *"Acuérdate, Señor, de nuestros hermanos que murieron en la esperanza de la resurrección (cristianos) y de todos los que han muerto en tu misericordia (no cristianos), admítelos a contemplar la luz de tu rostro"*.

En la Plegaria III: *"Te pedimos, Padre, que esta Víctima de la reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero ... Atiende los deseos y súplicas de esta familia que has congregado en tu presencia. Reúne en torno a ti, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo"*.

"Acuérdate, Señor, de todo tu pueblo santo (cristianos), y de aquellos que te buscan con sincero corazón (no cristianos). (plegaria IV).

En las cuatro Plegarias del Sínodo Suizo a, b, c, y d con las mismas palabras en todas ellas: *"Acuérdate también, Padre, de nuestros hermanos que murieron en la paz de Cristo, y de todos los demás difuntos cuya fe sólo tú conociste "*.

Finalmente, en las Plegarias Eucarísticas de las Misas con Niños: *"Acuérdate de todos los que sufren y viven tristes, de la gran familia de los cristianos y de cuantos viven en este mundo"*. (Plegaria Primera Niños). *"No te olvides de las personas que amamos ni de aquellas a las que debiéramos querer más"*. (Plegaria Segunda de Niños).

Los textos litúrgicos están ahí. Las indicaciones del Concilio sobre el tema se han cumplido: LA MISA NO ES SÓLO DE LA IGLESIA Y PARA LA IGLESIA SINO PARA TODO EL MUNDO. Ahora nos corresponde realizarlo y vivirlo.

TEMA 58: LA MISA Y EL COMPROMISO SOCIAL

El compromiso social que dimana de la Celebración Eucarística es una idea nuclear en todos los Documentos del "Año de la Eucaristía", año 2005.

1. La Eucaristía muestra la entrega sacrificada de Jesús.

La celebración eucarística es la renovación de la Última Cena de Jesús, que tiene lugar en medio de la alegría de una cena íntima con sus amigos más queridos, y de la tristeza de una muerte inminente, segura y anunciada. Significa entrega, y entrega total, con el mayor sacrificio, el de la vida. Parece que "haced esto en memoria mía" no significa solamente: repetid la eucaristía, sino más bien "tened también vosotros este gesto de entrega que yo he tenido al ofrecerme por los demás", de verdad y hasta la muerte. El mensaje para nosotros está bien claro, la Eucaristía exige entrega. -

2. La Eucaristía requiere actitud de servicio a los demás.

El fragmento del Lavatorio de los pies se lee únicamente en el Evangelio de S. Juan en lugar de la narración de la Última Cena que es lo que cuentan S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas. Esto haría decir a S. Juan Crisóstomo: "Así como Jesús se ha ofrecido en un sacrificio, bajo la forma de pan, así debiéramos darnos nosotros, en servicio fraternal y humilde a nuestros semejantes, teniendo en cuenta sus necesidades más que sus méritos".

3. La Eucaristía es una invitación permanente a compartir.

El pan y el vino que hacemos siempre presente en el altar, debe llevarnos a pensar en la comida y en la bebida que debieran estar en la mesa de todo hombre, por el mero hecho de serlo. El mismo S. Juan Crisóstomo dice: "Nadie debe pretender honrar a Dios si deshonra al hermano, cuando se los niega al necesitado. El Señor acepta las ofrendas, pero mucho más la ayuda de la justicia movidos por la caridad".

4. La Eucaristía en una invitación a la promoción de las personas.

En un memorable discurso en Hatí (1978) decía Juan pablo II: "En la Eucaristía encontraréis la fuerza y la perseverancia necesarias para comprometeros en el proceso de cambio ante la injusticia, la excesiva desigualdad, la miseria y el hambre. El hecho de ser cristianos y de participar en la mesa eucarística nos compromete a promover este cambio".

5. La Eucaristía es inspiración para trabajar por la mejora del mundo.

En la encíclica "Sollicitudo rei socialis", documento de estricto contenido social, el Papa dice claramente: "Quienes participamos en la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz".

Celebrar, concelebrar todos dignamente la Eucaristía exige, no sólo hacer bien las cosas de la celebración, sino hacer que nuestro mundo y nosotros mismos mejoremos.

¡Que Dios nos salve de nuestra posible pasividad!

TEMA 59: LA EUCARISTÍA Y LA JUSTICIA SOCIAL

¿Puede hablarse sin exageración de “verdadera relación entre la Celebración Eucarística y la Justicia Social? ¿Ofrece la Misa que normalmente celebramos alicientes, porqués y modos de compartir los bienes de la tierra? ¿Pueden nuestras Celebraciones Eucarísticas llegar a desbordarse de pasión por la Justicia Social? ¿Es posible hacer que nuestras Eucaristías sean más vivas y relevantes, que lleguen más y mejor a las personas e instituciones de hoy, y no se reduzcan a una experiencia piadosa privada, de espiritualidad perdida en las rúbricas?

Son preguntas que se ha planteado Margaret Scott y ha sabido contestar sabiamente con su buen hacer a lo largo de su vida y ahora acaba de contarlo para todos nosotros en un precioso libro: *La Eucaristía y la justicia social* (Sal Térrae, Santander 2010). La autora (n. Londres, 1942) confiesa tener dos pasiones: La primera - su atracción por la Eucaristía - la condujo en sus años universitarios a la Iglesia Católica, y luego (1965) a una Congregación Religiosa de reconocida espiritualidad eucarística, Esclavas del Sagrado Corazón. La otra pasión – la Justicia Social – la llevó antes de entrar en la vida religiosa a trabajar seriamente como Voluntaria en diferentes Programas Sociales de la ONU. La combinación de ambas pasiones ha dado espléndidos frutos.

Es bien sabido que la Iglesia primitiva reconoció una relación inseparable entre la Eucaristía y los pobres. San Pablo dirige una dura acusación contra los cristianos de Corinto, que se reunían para celebrar la Cena del Señor, pero no compartían su comida con los demás; que confesaban la presencia de Cristo en la Hostia Consagrada, pero ignoraban su presencia en los hambrientos. En la década de los ochenta unos cuantos biblistas y teólogos trataron de resaltar la relación Eucaristía-Justicia, pero sus voces no encontraron el eco debido y se apagaron.

Margaret comenzó a escribir este su libro en 2005, Año de la Eucaristía. Lo terminó provisionalmente en 2007, justamente después de que Benedicto XVI promulgase la exhortación “El sacramento del Amor”, sobre la Eucaristía.

Del libro que venimos considerando son las ideas que siguen:
“La Eucaristía gira en torno a la solidaridad y el compartir. Incrustados en ella se encuentran los temas relativos a la discriminación, la vulnerabilidad y la violencia”.
“La Celebración Eucarística es dinámica y nos alienta y capacita para transformar la realidad”. “En la práctica – señala la autora- eso no siempre sucede en nuestras celebraciones dominicales o diarias, aunque la Eucaristía nunca falla”.

“Las palabras eucarísticas Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, son memorial de la muerte de Jesús. Muerte aceptada libremente en solidaridad profética con todas las víctimas de la injusticia y la explotación”. “Desde la Eucaristía somos enviados a transformar la realidad, a priorizar el compartir y a hacer hincapié en la urgencia de construir un nuevo orden social basado en la bondad y la generosidad”.

¡Sólo nos queda aprender y aprender a hacer con Margaret Scout!

TEMA 60: VICENTE DE PAÚL Y LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

San Vicente (1580-1660) fue uno de los grandes promotores de la Reforma Litúrgica emanada del Concilio de Trento (1563). Su interesantísimo historial como organizador de la caridad, y fundador de instituciones, tan conocidas tres siglos más tarde, como la Compañía de las Hijas de la Caridad, Voluntarias de la Caridad y la Congregación de los Misioneros Paúles, ha dejado en segundo plano su gran interés y trabajo en favor de la Liturgia en general y de la Celebración Eucarística en particular.

Para la puesta en práctica de la Reforma litúrgica de Trento, Roma editó el primer Misal Romano oficial (S. Pio V, 1570), y pocos años más tarde se fundó la Sagrada Congregación de Ritos (Sixto V, 1578). La Misa del siglo XVII contenía demasiados elementos y bastante desordenados por lo que había dejado de ser el polo de la vida litúrgica. La Misa era considerada como una devoción más.

Para Vicente de Paúl la Celebración Eucarística, la Misa, es el culto por excelencia y hacia ella debe orientarse toda la devoción. Dice a las Hijas de la Caridad: *¿Qué pensáis que se debe hacer durante la Misa? No es el sacerdote el único que ofrece el santo sacrificio, sino todos los que a él asisten. Hay que creer y saber que cuando el sacerdote dice misa (sic) el sacerdote principal que ofrece el sacrificio es Jesucristo. El sacerdote no es más que el ministro del Señor de quien él se sirve. Todos los que oyen la Misa, participan al igual que el sacerdote del santo sacrificio.*

Dirigiéndose a los misioneros decía: *No es suficiente que celebremos la Misa; debemos ofrecer el santo sacrificio con la mayor fidelidad y devoción posible, según el querer de Dios.*

San Lázaro, la Casa Fundacional de los misioneros paúles en París, actuó como escuela de renovación litúrgica y Vicente de Paúl, alma de la renovación, animó a toda la Misión a guardar una exquisita dignidad en todas las celebraciones, y no sólo en San Lázaro sino en todas las Casas de la Misión que desempeñaban el magisterio de la buena celebración y de la uniformidad en los ritos y ceremonias.

La experiencia había enseñado a Vicente de Paúl la fuerza evangelizadora de la liturgia cuando se realiza con conocimiento de lo que se hace y se hace con dignidad.

El P. Almerás, primer sucesor de san Vicente, elaboró un “Manual de Liturgia” para uso de la Congregación primeramente; luego se editó para todas las Iglesias de Francia durante dos siglos. Y más tarde para diferentes países europeos: España, (Barcelona, 1976), Polonia, 1819, 1842 y 1859, y Portugal, (Lisboa, 1826).

De ahí la especial sensibilidad para la Liturgia de la Congregación de S. Vicente. Desde hace muchos años, los misioneros paúles vienen editando desde Roma la revista de investigación y actualización de la Liturgia *Efemérides liturgicae*, con notable prestigio. Directores de esta revista han sido durante años los misioneros italianos Annibale Bugnini y Carlo Braga, conocidos colaboradores extraordinarios de Pablo VI en la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II.

JOSÉ M^a MUNETA, c.m.

San Vicente de Paúl animador del culto, CEME, Salamanca, 1974.

ENRIQUE SANZ PORRAS, c.m.

San Vicente de Paúl, talante celebrativo y testimonio litúrgico, (Tesina de Licenciatura en Sagrada Liturgia, Instituto de Liturgia de Barcelona, mayo 1994).

La liturgia, en “Diccionario de espiritualidad vicenciana”, VV.AA. CEME, Salamanca 1995, (págs. 329-335)

TEMA 61: PALABRAS O EXPRESIONES POCO COMPENSIBLES HOY

En diferentes contextos y de diferentes maneras hemos visto cómo la Misa es celebrada por toda la Comunidad cristiana, donde preside el sacerdote que representa a Cristo. No sólo se reza, a veces, también se dialoga, se aclama, etc.

Hemos de reconocer que en el lenguaje litúrgico de la Misa, así como en la Teología hay palabras y expresiones que hoy son poco comprensibles o tal vez incomprensibles para una gran mayoría de cristianos. ¿Qué se quiere decir con la aclamación **Este es el misterio –o el sacramento- de nuestra fe** o simplemente al decir **El Señor esté con vosotros?**

En la Misa de la fiesta de Santiago Apóstol leemos a san Pablo que escribía a los cristianos de Corinto: **Hermanos el tesoro de nuestro ministerio lo llevamos en vasija de barro.** El tesoro del ministerio, ¿de qué ministerio se trata? ¿Del ministerio de Hacienda? ¿Qué guarda los dineros en vasijas de barro? No, san Pablo se refiere al servicio apostólico suyo y el de los demás pastores de la Iglesia, y que como humanos, son débiles, son frágiles.

En todo el lenguaje celebrativo de los textos oficiales habría que ser más diligentes para usar aquellos términos que todo el mundo o casi todo el mundo entiende. El mismo papa Benedicto XVI lo ha reconocido en más de una ocasión. Es muy interesante que el Papa literalmente lo reconozca, pero no basta con la constatación. Es necesario buscar caminos de solución y poner manos a la obra para que el valor y el sentido genuino de esas palabras y expresiones no se pierda, sino que se comunique y se use adecuadamente. A eso invitaba también el Papa al añadir que “se deben concretar y traducir bien esas significativas palabras” a las que nos estamos refiriendo.

“Concretar y traducir bien”, es decir, **actualizar**, tarea nada fácil. Aunque lo menos procedente parece que es limitarse a repetir que es tarea difícil. Juan pablo II, en los primeros años de la década de los ochenta al hablar de la Nueva Evangelización cita “el nuevo ardor...y las nuevas expresiones”. Nuevas expresiones que luego no se han visto por ningún lado. Con todos mis respetos, tampoco en los textos pontificios posteriores.

Al principio de su Pontificado, Benedicto XVI, reunido con un buen número de sacerdotes del clero romano, para someterse a sus preguntas, comentó que la expresión “Pecado original” es hoy incomprensible. En el transcurso de aquella misma sesión, en otras repuestas, hablando de la crisis macro y micro económica del mundo, el Papa usó una y otra vez esa misma expresión.

TEMA 62: EL SENTIDO DE LAS ACLAMACIONES

La Misa tiene, por su propia naturaleza, carácter comunitario. Las aclamaciones en diferentes momentos de la celebración -así como los saludos del sacerdote- sirven para poner de relieve la participación activa que se espera de todos los fieles reunidos. Las aclamaciones facilitan la común-uniión entre el sacerdote que preside y el pueblo

Aclamaciones son los *kyries*, *Señor, ten piedad*,...donde se aclama al Señor al tiempo que se implora su misericordia. Además del tono de súplica, tienen sentido de aclamación, especialmente cuando le preceden expresiones de motivación como: *Tú, que no quieres la muerte del pecador sino que se convierta y viva...*

Aclamaciones son también las expresiones de alabanza que siguen a las lecturas en la Liturgia de Palabra: *¡Palabra de Dios! ¡Te alabamos, Señor!*; y después de la lectura del Evangelio: *¡Palabra del Señor! ¡Gloria a ti, Señor, Jesús!* En estas aclamaciones reconocemos y profesamos la presencia de Cristo que nos habla. (No debe decirse **¡Esto es** palabra de Dios! No son textos declarativos o informativos, no; ya sabemos que es palabra de Dios porque al empezar la lectura siempre se dice la fuente de donde se ha tomado). Son verdaderas aclamaciones.

Las respuestas, en cualquiera de sus formas, corresponden exclusivamente al pueblo; no las dice el sacerdote que preside. Son palabras que se dirigen a Cristo y el sacerdote durante la Plegaria Eucarística se dirige al Padre únicamente.

Aclamación es también el *Santo, santo, santo* que sigue al Prefacio formando parte de la Plegaria Eucarística y que es proclamado por todo el pueblo, juntamente con el sacerdote que preside.

Aclamación especialmente señalada en las Normas Generales del Misal es la aclamación después de la Consagración; con las tres fórmulas que comentaremos en su momento. Sentido de aclamación tiene también el **Amén**.

Al invitarnos a comulgar el sacerdote dice a los fieles: “Este es el Cordero de Dios...dichosos los invitados...los fieles contestan con un acto de humildad y confianza: Señor, no soy digno...”

Al final de la celebración de la Misa, el sacerdote que preside invita a marcharse y el pueblo responde “Demos gracias a Dios”. Es la última palabra de la Comunidad en la Misa. Toda la celebración eucarística como su nombre indica ha sido una acción de gracias Pero ahora manifestamos nuestra gratitud porque Dios nos ha permitido participar en la Mesa de la Palabra y en la Mesa del Pan.

TEMA 63: LA ACLAMACIÓN “ESTE ES EL MISTERIO DE LA FE”

Después de la Consagración, el sacerdote que preside proclama *Este es el sacramento de nuestra fe o Este es el misterio de la fe*. Y el pueblo aclama: **Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!**

“Misterio” es la palabra de origen griego que luego se tradujo al latín por “sacramento”. Vienen a ser equivalentes, aunque con ciertos matices. Sacramento significa señal sagrada o manifestación sagrada.

Decimos de los sacramentos que son “señales sagradas exteriores a través de las cuales nos vienen las gracias propias de cada uno de ellos”. San Pablo usa la palabra “sacramento” para significar “el designio divino concebido desde todos los siglos en Dios, que en el tiempo se ha manifestado en Cristo”.

Son significados propios de la Iglesia en la liturgia, diferentes del lenguaje corriente actual. El diccionario define misterio como “algo difícil o imposible de comprender”.

La aclamación “Anunciamos su muerte...” es un elemento celebrativo importante y pone de relieve la motivación por la que el pueblo se ha reunido. Al Señor que ha mandado “Haced esto en conmemoración mía”, el pueblo asiente aclamando “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección”.

Esta aclamación juntamente con el “Amén” de la Doxología final en la Plegaria Eucarística, son quizás, las dos intervenciones que mejor expresan la participación del pueblo en la celebración eucarística.

Aclamación del pueblo que es una novedad introducida en el Misal por Pablo VI, a tenor de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Su recitación corresponde exclusivamente al pueblo y no la recita el sacerdote que preside.

Son palabras que se dirigen a Cristo, y el sacerdote – icono de Cristo – en la Plegaria Eucarística, siempre se dirige únicamente al Padre.

En la celebración “cada cual, sacerdote, ministro o fiel, al desempeñar su oficio debe hacer **todo y sólo** aquello que le corresponde”. Si el sacerdote se uniera a la asamblea la aclamación quedaría desdibujada y se debilitaría su fuerza.

De las tres fórmulas de la aclamación después de la Consagración que se incluyen en el misal, esta primera, aquí mencionada, es la de contenido más teológico, y es sin duda, más importante, ahondar en el significado de esta fórmula, que en la variación de las otras.

TEMA 64: EL SENTIDO DE LAS MONICIONES EN LA MISA

Moniciones son las indicaciones que suelen hacerse en ciertos momentos de la Misa para facilitar su comprensión y su sentido, para facilitar su celebración.

La Misa es la celebración de la fe por excelencia. No es una lección sobre la fe, ni es una catequesis, aunque favorece el mejor conocimiento de la fe. De hecho, lo que celebramos depende de lo que creemos y lo que creemos es reforzado por lo que celebramos. Si las moniciones se usan de forma abusiva o inadecuada pueden terminar siendo una catequesis, sin pretenderlo.

Las moniciones ya se venían usando hace muchos años, cuando la Misa se celebraba en latín. En la mayoría de los casos servía para orientar las actitudes externas –posturas y gestos- de los fieles. Por ejemplo, “pongámonos de rodillas”, “la Misa ha terminado, podéis marchar (ite, missa est)”. En otras ocasiones, sugería a los presentes actitudes espirituales, como “oremos” o la introducción al Padrenuestro.

En 1958 Pio XII (Instrucción “Música Sacra et Sacra Liturgia) rejuveneció las moniciones e introdujo un mayor uso de ellas para favorecer que los fieles pudieran unirse de modo más consciente a la liturgia de Misa, aunque seguía celebrándose en latín. Introducidas las lenguas vernáculas, las lenguas comúnmente habladas por el pueblo en cada país, las moniciones cobraron una extraordinaria importancia para facilitar la participación del Pueblo de Dios, y la Santa Sede se vio obligada a dar normas sobre su preparación y ejecución.

Las moniciones, en principio, corresponde hacerlas al que preside la Misa, aunque sobre todo en las Misas dominicales se autoriza que las haga un “monitor” o “comentarista” laico. En ambos casos se insiste en que las moniciones han de ser “oportunas, claras, precisas, con breves palabras”; en el caso del monitor laico añade: “cuidadosamente preparadas, normalmente escritas y aprobadas previamente por el celebrante que preside”. Pueden utilizarse textos que aparecen en el misal u otros “al modo de...”

En las mismas normas litúrgicas que venimos siguiendo se citan cuatro grupos de moniciones: 1) Al comienzo de la Misa, o monición inicial. 2) Antes de las Lecturas o del Salmo Responsorial 3) Antes de la Plegaria, es decir antes del Prefacio, que es el comienzo de la Plegaria y 4) Al final de la Misa, al despedir a los fieles.

Nunca ha de perderse de vista el sentido primordial de las moniciones que es el de facilitar la mejor celebración de la Misa, de la Eucaristía, por parte de todos.

La Monición inicial es la que sigue al saludo del sacerdote que preside y precede a la invitación a la petición del perdón. Se trata de introducir la liturgia del día, que misa vamos a celebrar; puede ser una adaptación de la antífona que viene en el misal al principio del todo en la Misa y que algunos sacerdotes leen directamente, tal cual.

1. Las moniciones sobre las Lecturas, si procede, no siempre, o sobre el Salmo. (Merece comentario aparte, otro día).
2. Monición antes de la Plegaria, inmediatamente antes del Prefacio, especialmente si se dice o reza Prefacio propio o haciendo alguna indicación sobre la Plegaria que vamos a rezar y por qué. Dicen expresamente las Normas que no se hagan moniciones dentro de la Plegaria, una vez iniciada ésta.
3. Monición conclusiva de la Misa. Es la despedida. Le precede la última oración u “oración después de la comunión” que es como se llama, (y es cuando deben leerse los “avisos”, si los hay), la bendición y luego se procede a la despedida y la invitación a irnos todos en la paz del Señor, con palabras apropiadas.

Nunca ha de perderse de vista el sentido primordial de las moniciones que es el de facilitar la mejor celebración de la Misa, de la Eucaristía, por parte de todos.

TEMA 65: LA MONICIÓN AL PADRENUESTRO

Entre las moniciones indicadas por las Normas Litúrgicas vigentes se encuentra la monición al Padrenuestro. Su finalidad ha de ser facilitar la celebración fervorosa de la mencionada oración.

En el Misal se ofrecen cuatro modelos, que pueden usarse tal cual como aparecen o introduciendo algunas variantes. También pueden usarse otros textos procurando mantener la misma intencionalidad y siempre “con pocas palabras, claras, precisas y oportunas”.

Los modelos de monición que propone el Misal son conocidos de todos, baste recordarlos juntos:

Fieles a la recomendación del salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones,
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación
y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Terminada la recitación del Padrenuestro por toda la Asamblea, el sacerdote, solo, prosigue diciendo el embolismo: “Líbranos de todos los males, Señor,...y los fieles concluyen con la aclamación “Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”.

TEMA 66: LA ACLAMACIÓN “ANUNCIAMOS TU MUERTE...”

Esta aclamación, que el pueblo reza después de la Consagración, es un elemento celebrativo importante. Con esta fórmula se expresa la motivación por la que el pueblo se ha reunido Al Señor que ha mandado “haréis esto es conmemoración mía”, la asamblea responde obediente, aclamando: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección”.

Esta aclamación del pueblo en el interior de la Plegaria eucarística es una novedad introducida a través del Misal por el papa Pablo VI.

No debe olvidarse que es una fórmula litúrgica **propia y exclusiva del pueblo**; que nunca debe recitarla el sacerdote que preside. Para no desdibujar el sentido de la aclamación y debilitar su fuerza. El sacerdote que preside, terminada la aclamación del pueblo, hace él también, dentro de la Plegaria eucarística, el memorial de la muerte y resurrección. Si el presidente recitase la aclamación duplicaría una misma acción, contra la norma conciliar de evitar los doblajes en la celebración.

El que preside está al servicio del pueblo, no para suplirlo. Así durante la Plegaria eucarística su servicio es representar a Jesucristo ante la asamblea. Por eso mismo la Plegaria la dirige *en nombre de Jesús al Padre*, y nunca a Cristo. El pueblo, en cambio, aclama a Cristo. La aclamación “Anunciamos tu muerte” se dirige al mismo Cristo; y por tanto propia, en exclusiva, de la asamblea.

Reservar esta aclamación del memorial a sólo el pueblo acentúa, por otra parte el carácter dialogal y comunitario de la celebración eucarística: el pueblo no de aparecer nunca como simple eco del que preside, sino como quien realiza su papel propio alternando con el presidente.

El Misal ofrece tres fórmulas diferentes:

1. Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!
2. Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.
3. Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor.

De hecho, la primera es la más usada; es también la más completa. La segunda fórmula apenas se usa. Y la tercera es recomendable sobretudo en tiempo de Pasión y de Pascua.

De modo semejante a lo que llevamos dicho sobre la aclamación “Anunciamos tu muerte”, durante la Fracción del Pan, el pueblo –y no el sacerdote– recita o canta las invocaciones “Cordero de Dios”. Suelen repetirse tres veces y la última termina siempre con “danos la paz”. Como sucede con el Gloria (nº 53) y con el Credo (nº 67), en las Normas Litúrgicas vigentes se dice (nº 366) que el texto “Cordero de Dios...” no debe cambiarse por ningún otro, de paz, por ejemplo.

TEMA 67: “EL SEÑOR ESTÉ CON VOSOTROS”

Es la antigua expresión cristiana, tan conocida, “Dominus vobiscum”. Es una imprecación en favor de todos los fieles por el sacerdote que preside la celebración de la Eucaristía.

Aparece en momentos importantes; como antes de la lectura del Evangelio, antes de la bendición al final, y sobre todo en el saludo inicial de la celebración. Es momento especialmente indicado, después de la invocación “En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo”.

Seguidamente el sacerdote que preside manifiesta a la Asamblea el buen deseo de la presencia de Cristo entre nosotros. No tendría sentido decir “El Señor **está** con vosotros”, porque se trata de una invocación y no de una constatación. Tampoco sería correcto decir “El Señor esté con **nosotros**”. Chocaría con el carácter dialogal de la Misa. Es Jesucristo resucitado quien convoca la Asamblea y quien tiene la iniciativa de dirigirle la palabra en presente de indicativo a través del presbítero o sacerdote que preside en su nombre.

Para este saludo el misal ofrece diferentes posibilidades con resonancias paulinas:

*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo **estén con todos vosotros**. La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo el Señor, **estén con todos vosotros**. La paz, la caridad y la fe, de parte de Dios Padre, y de Jesucristo, el Señor, **estén con todos vosotros**.*

Parece que la fórmula más expresiva y correcta, con más fuerza, es la fórmula tradicional: “El Señor esté con vosotros” Saludo que tiene como finalidad manifestar que queremos que Jesucristo esté presente en medio de la asamblea reunida en su nombre. Las otras fórmulas más desarrolladas vienen a ser un saludo trinitario reduplicativo o parecen ser el deseo de que esté con nosotros la paz o la gracia o la esperanza... de Dios. Mientras que realmente quien debe estar con nosotros es Cristo.

También el misal ofrece diferentes modelos para los diferentes tiempos litúrgicos:

Adviento

El Señor, que vendrá al final de los tiempos, **esté con todos vosotros**.

Tiempo de Navidad

El Señor, que por nosotros nació en Belén, **esté con todos vosotros**.

Tiempo de Cuaresma

El Señor, que nos llama a la conversión, **esté con todos vosotros**.

Semana Santa

El Señor, que por nosotros murió en la cruz, **esté con todos vosotros**.

Tiempo pascual

El Señor, que resucitó de entre los muertos, **esté con todos vosotros**.

TEMA 68: EL AMÉN DE LA MISA

Amén, es una antigua palabra hebrea, la lengua del pueblo judío. En sí misma, significa: *seguro, firme, estable*. Podría traducirse como un hondo “sí”. (Tal vez en lenguaje coloquial actual podría ser: *vale*). Es una de las palabras más entrañables del vocabulario cristiano.

Y en este contexto se le han atribuido, al menos, los siguientes significados: 1. La expresión de un deseo: “Así sea”. 2. Un acto de fe: “Lo creo”. 3. Exclamación que expresa que se está de acuerdo de forma entusiasta: “Muy bien”. 4. Remachar un compromiso: “Me comprometo”. 5. Una firma: “Lo suscribo”. Éste es el sentido especial del Amén al final de la Plegaria Eucarística, antes del Padrenuestro. 6. Expresión personal de amor a Jesucristo y a su cuerpo místico: “Te amo”. Es el sentido especial del Amén momentos antes de recibir la comunión.

Amén es una expresión que hallamos en diversos lugares del Antiguo Testamento: Por ejemplo, como respuesta de compromiso del pueblo cuando se le anuncia la Ley de Dios. También Isaías dirá que nuestro Dios, es “el Dios del Amén”.

Amén era utilizado por Jesús con frecuencia, nos dicen los Evangelios. Por ejemplo para subrayar la importancia de su anuncio: “Amén, amén, os digo que”, que suele traducirse: en verdad, en verdad os digo...

Amén pasó ya a las primeras comunidades cristianas como respuesta de adhesión en las reuniones de oración. Hoy, después de tantos siglos, en todas las iglesias cristianas, católicos, ortodoxos, protestantes seguimos recitando, cantando y respondiendo: Amén, especialmente en la celebración Eucarística, aunque no sólo en ella.

Hay dos momentos en la Eucaristía donde el Amén tiene especial importancia:

El Amén que concluye la Plegaria Eucarística.

La Plegaria Eucarística es la parte central de la Misa. Desde el Prefacio hasta antes del Padrenuestro. La proclama el sacerdote que preside. En ella se incluye como momento clave la renovación de lo que hizo Jesús en su última Cena. También el recuerdo activo –memorial- de su pasión, muerte y resurrección. Al final tenemos la oportunidad de unirnos a toda ella. Es más, se nos pide que demos nuestro “sí”, nuestro “así es” y nuestro “así sea”. Es decir, nuestro Amén. El amén de todo el Pueblo.

El amén que decimos antes de comulgar.

Llegado el momento, nos acercamos a recibir la comunión, el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Y a la presentación “El Cuerpo de Cristo” respondemos diciendo “Amén. Es un acto de fe, de amor y de esperanza. Quiere ser un sencillo pero expresivo y contundente “Sí”. Decía san Ambrosio refiriéndose a esta escena: “Que lo que tu lengua confiesa, lo afirme también tu corazón”. Eso es el Amén.

TEMA 69: SENTIDO DE “SALVACIÓN – SALVADOR”

Con frecuencia, en la celebración de la Eucaristía aparecen los términos **salvación, salvador, salvador nuestro**. Por supuesto referidos a Jesucristo. Por ejemplo en todas las misas, en el Ordinario, en el embolismo que sigue al Padrenuestro decimos: *Líbranos de todos los males, Señor...mientras esperamos la gloriosa venida de **nuestro Salvador, Jesucristo***. En la Plegaria IV: *Tanto amaste al mundo que...nos enviaste como **Salvador a tu único Hijo***.

¿Qué sentido tienen estas expresiones? ¿Qué se quiere decir? ¿De que nos ha salvado? ¿En que consiste la salvación? ¿A quiénes ha salvado, salvará o sigue salvando? ¿Por qué llamamos a Cristo Salvador nuestro? Relación de este misterio con la Eucaristía.

Jesucristo nos ha salvado del pecado y de la condenación eterna. Gracias al plan salvífico de Dios Padre, Jesucristo, Único Hijo de Dios, fue enviado para llevar a cabo el misterio de la salvación para los hombres. Necesitados de una acción liberadora de parte del mismo Dios, por nuestra condición pecadora, hemos recibido gracias a Jesucristo la posibilidad de acceder a esta salvación y ser conducidos al final de nuestros días hacia al cielo.

La Salvación es un misterio de fe que se nos ha revelado en la historia, en el que Dios mediante su acción libre y generosa ofrece su amistad al hombre para que alcance su plenitud como criatura. Esta acción salvadora está atribuida a Jesucristo, Hijo de Dios, quien con la entrega de su vida, en el Misterio Pascual, nos ha abierto el camino hacia el Padre.

La Salvación de Dios es definitiva y es para todos los hombres de todos los tiempos. Todo ser humano, por participar de esta realidad de pecado, puede acceder a la salvación si la acoge con sincero corazón. El deseo de Dios es que todos los hombres se salven. Su dimensión es universal, aunque es evidente que en este diálogo de amor, el ser humano está llamado a aceptar y asumir esta salvación pues tiene la capacidad de responder a esta iniciativa de parte de Dios.

Decimos que Cristo es nuestro Salvador porque es Cristo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, quien ha llevado a cabo la acción salvadora de Dios en la historia. De aquí su relación también con el Misterio de la Encarnación. Es en Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, en quien podemos entrar en esta dimensión de salvación.

¿Relación entre la Salvación y la celebración de la Misa? La Iglesia celebra y vive intensamente esta Salvación en la Eucaristía. Para los cristianos, la fe en la Salvación se actualiza en el misterio eucarístico, donde Cristo mismo se hace presente en medio del pueblo convocado, que en acción de gracias participa anticipadamente de la Salvación realizada por Cristo en el sacrificio redentor de su cruz y en su resurrección.

Por ello es importante la Eucaristía para la vida del cristiano ya que en ella renueva su Salvación, convirtiéndose en la fuente que le anima a vivir el acontecer de sus días y el fin al cual tiende toda su existencia.

TEMA 70: A QUÉ LLAMAN “MISA BONITA”

Juan Pablo II nos ha pedido a todos el mayor esfuerzo posible para que la celebración de la Eucaristía sea siempre una **celebración participada y atrayente**”. (Documento *El día del Señor*, 1998). La petición supone que no siempre lo hacemos así.

Y no es fácil. En la Misa dominical, porque la Asamblea de fieles suele estar integrada por personas heterogéneas, de diferentes edades, de diferentes niveles de cultura, diferentes grados de formación cristiana, y por supuesto, de diferentes gustos y actitudes. En la Misa diaria, la dificultad puede venir de la tendencia a la rutina por la repetición, en buena parte obligada.

Hay que reconocer que en los últimos años se ha mejorado sensiblemente la celebración de la Misa; fundamentalmente por los cambios promovidos por la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. La técnica ha hecho posible mejorar la comprensión de lo que oímos y decimos; el uso de la lengua madre ha facilitado la mayor participación de la Asamblea así como la intervención de los laicos en los ministerios que le son propios.

Hasta es posible que hayamos oído decir más de una vez:: **¡que Misa mas “bonita” hemos tenido hoy!**, sin que sepamos muy bien que significa. No querrá decir que el sacerdote que presidía la Misa haya tenido alguna revelación milagrosa o que los cantos hayan salido como verdaderos estrenos mundiales. No, pero ahí está.

Lo que hace que una celebración eucarística sea como decía Juan Pablo II “bella, participada y atrayente” es más bien que la Misa sea celebrada de acuerdo con las Normas Litúrgicas actuales, con devoción, y con la cercanía que se requiere cuando quien celebra es la Asamblea entera.

Un experimentado liturgista español, J. Aldazábal, recientemente fallecido, resaltaba algunas cosas necesarias para una buena celebración; son unas claves sencillas, casi todas están mandadas en las Normas, y el resto, de sentido común:

Que el lugar de la celebración tenga buena visibilidad y buena megafonía, para que todos puedan seguir la celebración sin esfuerzo.

Acogida amable, saludo cercano y moniciones claras, sencillas y respetuosas.

Celebración con ritmo sereno. Ni demasiado lento ni precipitado.

Que sin llegar a llamar la atención, haya siempre estética en el Altar, en el Ambón y en la Sede; dignidad en las vestiduras sagradas del que preside, y elegante modestia en los vestidos de los ministros.

Que conozcan bien su oficio los diferentes ministros –lectores, salmistas, acólitos y ministros extraordinarios de la Comunión-.

Especial cuidado, por parte del sacerdote que preside, en todas sus intervenciones, así como guardar la debida proporción entre la duración de la homilía y el todo de la celebración.

TEMA 71: EL SACERDOTE Y LA EUCARISTÍA

En La Misa o Cena del Señor – dicen las Normas Generales- el Pueblo de Dios se congrega **bajo la presidencia del sacerdote, que hace las veces de Cristo**, para celebrar el Santo Sacrificio. Esta presidencia no es una presidencia personal, absoluta, sino representativa de la persona de Cristo.

El verdadero presidente es siempre Jesucristo. Como esta presidencia de Cristo es invisible, la presencia de Cristo se manifiesta o se significa ante la Asamblea a través del sacerdote ordenado o ministerial. Ordenado porque se recibe con la “ordenación” o sacramento del orden. Sacerdocio ministerial o de servicio porque para el servicio se recibe. Ministerio viene de latín *minus*, menos.

A todos los fieles compete y todos los fieles disfrutan del “sacerdocio bautismal”. Sacerdocio real y verdadero, pero no personal sino sacerdocio común, como miembros del “cuerpo de Cristo”.

La Misa propiamente **no se dice** por el sacerdote que preside, **ni se oye** por los asistentes, sino que **se celebra por todos**.

Quien verdaderamente preside la Misa es Cristo con su sacerdocio propio. Representado visiblemente por el sacerdote ministerial y concelebrado por todos los fieles presentes con su sacerdocio bautismal.

Siguiendo el espíritu de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, el presidente de la Misa debe estar sensibilizado y preocupado por mantener la comunicación con todos los participantes, y porque sus gestos sean expresión de religiosidad.

No es cuestión de dignidad sino de servicio ejercitado con actitud de humildad: de servicio a la Palabra, que exige lectura y estudio previos, y de servicio para la celebración que exige conocimiento y fidelidad a las Normas de celebración de la Eucaristía.

El sacerdote que preside debe aparecer realmente como “ministro de Cristo” que dirige la oración. Por eso mismo ha de esforzarse para que haya ministerios realizados por diferentes miembros de la asamblea que celebra. Claro que es más fácil y más cómodo que el sacerdote que preside lo haga todo; estilo “Juan Palomo”: Yo me lo cazo, yo me lo guiso y yo me lo como. Pero ése es otro cantar. Y de eso no tratamos.

TEMA 72: LA REFORMA LITÚRGICA

Afortunadamente disponemos de una fuente de información extraordinaria sobre este acontecimiento tan complejo y difícil de historiar. Son las casi novecientas páginas de la obra del mismo título de nuestro tema, escrito fiel y trabajosamente por uno de los protagonistas del acontecimiento: Annibali BUGNINI, *La reforma de la liturgia*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1999.

La reforma de la Liturgia ha sido, sin duda alguna, el fruto más palpable, inmediato y universal del Concilio Vaticano II. En efecto, fue un fenómeno que afectó a toda la Iglesia en general, a todas y cada una de las Iglesias locales y a todos los fieles.

Fueron once años de trabajo, con las aportaciones de cientos de peritos y de pastores, de comisiones y grupos de estudio, se elaboraron cuatrocientos esquemas generales y otros tantos centenares de esquemas particulares. Dieron lugar a lo que luego fuimos conociendo: Misa cara al pueblo, en la lengua materna, celebrada – que no “dicha” – por todos; Misa participada, con dos partes significativamente bien diferenciadas: la Liturgia de la Palabra, desde el ambón, y la Liturgia Eucarística, desde el altar. Enriquecimiento de textos, nuevas Plegaria, nuevos Prefacios, etc.

Consta que el alma de la reforma fue, principal, directa y muy personalmente el papa Pablo VI. Si bien es verdad que, en la tarea de llevar a la práctica lo prescrito por la Constitución Conciliar sobre la Liturgia, participo una pléyade de los mejores talentos de la Iglesia: cardenales, obispos, sacerdotes y religiosos, peritos en Liturgia y en las múltiples disciplinas eclesíásticas relacionadas con ella, y también algunos laicos. Pero el promotor, artífice y coordinador de todo el plan de la reforma y de su largo y complejo proceso fue el ya citado P. Annibali Bugnini, de la Congregación de los Paúles, autor de nuestro libro.

En él cuenta detallada y documentalmente Bugnini cómo la reforma se llevó a cabo con fidelidad y obediencia absoluta al Concilio y al Papa, con profundo respeto y veneración hacia los textos y ritos litúrgicos consagrados por la tradición de los siglos, bajo la cuidadosa supervisión de todos los organismos de la Iglesia que velan por la pureza de la fe, con el firme propósito de que la Liturgia volviera a ser de verdad “la fuente indispensable del espíritu cristiano”.

Como era de esperar, la reforma encontró en su totalidad y en la mayoría de sus partes una enconada oposición; motivada básicamente por la inercia, el conservadurismo y el horror al cambio, especialmente en las personas de edad. (El cambio –dicen– únicamente les gusta a los bebés cuando están “mojados”).

Bugnini fue ordenado obispo y nombrado arzobispo titular de Diocleciana (1972) y finalmente, Nuncio Apostólico en Irán (1976-82). Mons. Bugnini consideraba que su libro no era más que “un bello documento a la memoria de Pablo VI”, verdadero artífice de la reforma litúrgica del Concilio. Y nosotros nos atrevemos a decir, agradecidos, que la obra es también “un monumento al colaborador indiscutible de Pablo VI en la reforma litúrgica”.

TEMA 73: EL ALTAR PARA LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Las Normas litúrgicas actuales describen el triple significado del ALTAR. El Altar –“alta ara”- es el lugar donde se renueva el sacrificio de la Cruz, mesa en la que el Señor nos invita a la comida eucarística de su Cuerpo y de su Sangre, y centro de la acción de gracias que se realiza siempre en la celebración eucarística.

El Altar tiene, pues, un sentido simbólico cristológico: simboliza de modo claro y permanente a Cristo Jesús, Piedra viva. Los numerosos altares laterales de antes han caído en desuso. Es conveniente que el Altar sea único y fijo. Único, para significar ante la Asamblea al único Cristo y a la única eucaristía de la Iglesia. Fijo, porque debe constituir el centro al que espontáneamente converja la atención de los fieles. Preferible que esté separado de la pared para que permita celebrar la eucaristía de cara al pueblo.

Como mesa de la Cena Eucarística que es, se prescribe el mantel blanco y la ornamentación apropiada, como flores y velas en su entorno, pero siempre con moderación. Sobre la mesa del Altar debe ponerse sólo aquello que se requiere para celebración de la santa Misa: cáliz, patena, copón, corporal, purificador, palia y misal. Debería ponerse sobre el Altar cuando se procede a la celebración, y no antes.

El Altar nunca debe presentarse como una simple mesa funcional, sino como una mesa simbólico-sacramental, que alude a la mesa del Reino de los cielos. Por ello en el centro del altar se coloca como elemento destacado y dominante, el pan y el vino que pasarán a ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Todos los demás objetos (luces, flores, misal, micrófono, etc.) han de colocarse de manera que no oscurezcan la prestanda del pan y el vino.

El misal es un mero instrumento y no es necesario atril ni cojín alguno, aunque a veces, puede resultar práctico; que sea discreto, como también lo ha de ser el micrófono, necesario para la amplificación del sonido.

Durante siglos se ha mantenido la costumbre de colocar en el Altar alguna reliquia de santos mártires. Hoy el uso de las reliquias de los santos en el Altar para la celebración eucarística no es obligatorio, aunque puede hacerse, cuidando que las reliquias sean auténticas y no es necesario que sean santos mártires.

Finalmente, las Normas añaden, que sobre el Altar o junto a él debe haber una cruz, con la imagen de Cristo, de modo que resulte bien visible para todos.

De lo dicho se deduce que el el Altar debe reservarse exclusivamente para las acciones propiamente eucarísticas, sobre todo para la Plegaria Eucarística y los ritos de la Comunión. La oración después de la comunión – postcomunión – aunque está permitido rezarla desde la Sede, debe recitarse en medio del Altar, porque esta oración forma parte todavía de la Liturgia Eucarística y no de la Liturgia de la Palabra ni del rito de despedida.

TEMA 74: LOS COLORES EN LA LITURGIA

Nos referimos en el tema a los colores de las vestiduras sagradas y a los paños que pueden adornar el altar, el ambón o el sagrario. Es bien sabido que a los colores se les suele dar cierto simbolismo convencional. La bandera nacional, los partidos políticos y ciertos clubs deportivos suelen tener sus colores propios.

En la liturgia cristiana hasta el siglo XII (Inocencio III, 1198-1216), no había habido normas generales sobre los colores. La Reforma protestante, opuesta a la imagenería, se opuso también al uso de los colores vivos como el rojo o el amarillo. El Concilio de Trento estableció normas sobre el uso de los colores, parecidas a las normas actuales.

El uso de la variedad de colores en la liturgia actual tiene una doble finalidad: expresar plásticamente las características de los misterios que se celebran en ese momento, e indicar el sentido progresivo de la vida cristiana a lo largo del año litúrgico. Tiene su intención pedagógica, por ejemplo, el hecho de que después de la Cuaresma en el que ha predominado el color morado, pasemos a usar el color blanco durante la Pascua.

En los números 346-347 de las Normas actuales se establece el uso de los diferentes Colores:

a) El blanco se emplea en las Misas del Tiempo Pascual y de Navidad; además, en las celebraciones del Señor que no sean de su Pasión, de la Santísima Virgen, de los Santos Ángeles, de los santos no mártires, solemnidad de Todos los Santos y otras.

b) El rojo se emplea el domingo de Pasión y el Viernes Santo, Domingo de Pentecostés, en las celebraciones de la Pasión del Señor, en las fiestas de los Apóstoles y Evangelistas, y en las celebraciones de los santos que son mártires.

c) El verde se emplea en las misas del Tiempo Ordinario.

d) El color morado se emplea en el tiempo de Adviento y Cuaresma. Y puede usarse en las Misas de difuntos.

e) El rosa puede emplearse, donde sea costumbre, en el domingo III de Adviento (*Gaudete*) o el IV de Cuaresma (*Laetare*).

f) En los días más solemnes en cada lugar pueden emplearse vestiduras sagradas “festivas” o “más nobles”, aunque no correspondan al color propio del día.

Y se añade: “Cada Conferencia Episcopal puede proponer a la Santa Sede las adaptaciones que respondan mejor a las necesidades y modos de ser de los pueblos”.

En definitiva, los colores, elementos visuales sencillos, unidos a otros más importantes como las lecturas, las oraciones y los cantos, nos ayudan a celebrar mejor nuestra fe.

TEMA 75: EL SILENCIO Y LOS SILENCIOS DE LA MISA

El silencio durante la celebración eucarística del que aquí hablamos es un silencio activo, positivo. No es el mutismo de tiempos pasados impuesto a los fieles, en buena parte por el uso del latín. Incluso el mutismo voluntario suele implicar indiferencia. Contrariamente, nuestro silencio litúrgico es indicativo de atención e interiorización. Un silencio en el que es posible oír a Dios que nos habla de nuestra relación con él.

La importancia de los breves tiempos de silencio a lo largo de la Misa es significativamente destacada en la última edición oficial de las Normas actuales (Ordenación General del misal Romano, 3ª edición 2002). Afinar la puesta en práctica de estas indicaciones sobre el silencio y los silencios en la Misa nos permitirían mejorar sensiblemente nuestras celebraciones de la Eucaristía.

En las Normas se hace notar el sentido de los silencios: que podamos asimilar con mayor profundidad la Palabra leída, personalizar las oraciones recitadas y reavivar los sentimientos suscitados por el encuentro con el Señor en la comunión. Dicho de otra manera, los momentos de silencio pueden dar a la celebración un cierto ritmo de serenidad que ayude a todos a sintonizar con lo que celebramos, se dice o se escucha.

En el “acto penitencial”, dentro del Rito Inicial de la misa, dicen las Normas: *“El sacerdote que preside invita a la petición de perdón, **que tras una breve pausa de silencio, realiza toda la Comunidad**”*. (nº 51).

*“El sacerdote que preside invita al pueblo a orar, y todos a una con el sacerdote, **guardan unos momentos de silencio** para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y personalizar interiormente su súplica”*. (nº 54).

*“Después de las Lecturas y de la Homilía **hay unos momentos de silencio** para la reflexión personal”*. (nº 55).

*Cuando el sacerdote proclama la Plegaria Eucarística, la Comunidad se asocia al sacerdote que preside **con fe y en silencio**”*. (n. 147).

*Después de la Comunión, **alaban todos a Dios en su corazón, y si se juzga oportuno pueden orar un poco de tiempo en secreto, en silencio**”* (n. 88).

Definitivamente, bien puede decirse que el silencio que señalan las Normas para la Misa es un silencio activo. Silencio del que dejó escrito Paul Claudel: “Lo más hermoso que hay en la música es el silencio que le sigue”.

TEMA 76: EL PORQUÉ DE LA EUCARISTÍA DOMINICAL

“La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o “domingo”. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios...Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles”. (Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia, diciembre de 1963, nº 106).

San Justino, mártir, teólogo cristiano del siglo II dejó escrito: *“El día que se llama del sol, todos, vivan en las ciudades o en el campo, se reúnen en el mismo lugar. Allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, las Memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas. Cuando el lector termina, el Presidente de la Palabra hace una exhortación o invitación a que imitemos estos bellos ejemplos...y todo el pueblo aclama diciendo: Amén. (Apología, nº 67).*

En las Actas de los Mártires de Abitinia, ciudad del actual Túnez, se cuenta con detalle “que en febrero del año 304, comparecen un grupo de cristianos ante el procónsul de Cartago, acusados de haber quebrantado los Edictos imperiales. El presbítero Saturnino declara: *Sí, en mi casa hemos celebrado el día del Señor; porque ésa celebración no puede dejar de hacerse. No podemos vivir sin celebrarla”.*

Los santos Padres de la Iglesia, en su explicación del domingo, distinguen diferentes aspectos, relacionados todos con la dimensión pascual que nos ayudan a comprender mejor su sentido: Además del “día de la resurrección” el domingo es para ellos: **El día del sol y de la luz, el día del gozo y de la fiesta, el día de los cristianos, el día de la nueva creación, y el primer día de la semana.**

La reunión dominical fue para los cristianos de los primeros tiempos, no un gesto protocolario, ni una costumbre ritual, sino algo muy importante y decisivo. En ella quedaba expresada la verdadera identidad cristiana. Justamente por eso se entiende, que ya desde el principio, se insistiera en la necesidad de participar en la asamblea, no dejando de hacerlo por ningún concepto, ya que en ello estaba implicado el propio bien y el de la Comunidad.

Tan unidos aparecen desde el principio el domingo y la Eucaristía, que puede decirse que no existe el uno sin el otro, o que existe el uno porque existe el otro. **No hay en verdad día del Señor resucitado sin Eucaristía, ni Eucaristía que no sea del Señor resucitado.** Podrá discutirse con qué obligatoriedad deben los cristianos aceptar este “compromiso eucarístico” con el domingo. Pero lo que no admite discusión alguna es que tal compromiso tiene su razón de ser.

Las Normas Litúrgicas actuales comienzan con un texto tan significativo como este: **“La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente. (Normas, nº 1)**

Tema 77: ¿A MISA POR PRECEPTO?

El domingo, fue desde los primeros siglos, un día festivo y gozoso para la Comunidad cristiana, donde lo normal era celebrar el día del Señor con la reunión en Asamblea y la Eucaristía. Lo anormal era no participar en la Asamblea Eucarística. Por supuesto que también había cristianos que faltaban a la reunión y no participaban en la Eucaristía. Se conservan amonestaciones de algunos pastores. Pero puede decirse, que hasta el siglo IV permaneció invariable la práctica de la celebración dominical, sin que la Iglesia tuviese que servirse de la obligación moral o del “precepto”. (Borobio).

A partir del siglo IV comenzó un movimiento de “sabatización” del domingo: *Acuérdate de santificar las fiestas; e insistían en el doble precepto de: Oír misa y abstenerse de los trabajos serviles. No pongáis vuestros negocios temporales por encima de la Palabra de Dios; en el día del Señor, apresuraos en ir con diligencia a la iglesia.* (“Constituciones de los Apóstoles”. Testimonio del siglo IV).

Hasta parece que llegó a predominar la obligación sobre la fiesta. Hoy permanece el precepto dominical: “El domingo y las demás fiestas (señaladas) los fieles tienen obligación de participar en la Misa, y se abstendrán además de aquellos trabajos y actividades que impidan dar culto a Dios” (Código de Derecho Canónico, c. 1247).

Pero si en el pasado, aún pasado reciente, se ha insistido en el precepto dominical con lenguaje legalista, hoy, se prefiere hablar del precepto desde otra perspectiva y con lenguaje teológico litúrgico; para que cada cristiano descubra e interiorice los valores de la fidelidad en la celebración del día del Señor.

Es verdad que el precepto dominical no es un precepto divino, sino un precepto de la Iglesia, que tiene su explicación y su razón de ser. Es justo que la Iglesia insista y recuerde la importancia de la reunión dominical y de la celebración eucarística, en atención a la fragilidad humana, la tendencia al olvido, la dejadez, la pereza...

La mayor responsabilidad de la Iglesia no es obligar bajo precepto a cumplir con el domingo, sino hacer posible en el domingo una verdadera reunión de los fieles, y una celebración eucarística más viva, más adaptada y festiva. Ante todo, el domingo no es el “día del precepto”, sino “el día del Señor”; no es el día de la obligación, sino el día de la libertad en la fe.

La participación en la Eucaristía dominical no puede ser una cuestión secundaria para un cristiano, sino un compromiso de su ser de creyente y de pertenecer a la Comunidad cristiana. No se debe marginar ni la Eucaristía de la vida, ni la vida de la Eucaristía.

Definitivamente, el domingo no es cuestión de “precepto”, es cuestión de fe y de autenticidad cristiana. “Cuando se va a Misa por precepto, se acaba por perder la Misa y el precepto. Sólo desde actitudes verdaderamente cristianas puede comprenderse y vivirse con verdad el domingo”. (Borobio, *Eucaristía para el pueblo*).

TEMA 78: NORMAS OFICIALES PARA LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

Los Papas y los más altos organismos litúrgicos de Roma insisten en la obligación de guardar las Normas Oficiales sobre la celebración eucarística. ¿Dónde se encuentran esas Normas? Están en el Misal Romano, el libro del altar. A los textos de la Misa y de cada Misa en el Misal, precede la normativa para la adecuada celebración.

Cuando hace casi cincuenta años -diciembre de 1963- el Concilio Vaticano II emitió el documento “Sobre la Sagrada Liturgia” empezó un largo proceso de reforma de toda la Liturgia eclesial y más concretamente de la Liturgia de la Misa.

La 1ª edición del Misal de Pablo VI apareció en 1970, exactamente 400 años después de la edición de san Pío V (1570) por encargo del Concilio de Trento. La 2ª edición es de 1975, finalmente, en 2002 se publicó la 3ª edición actualmente vigente.

Para las tres ediciones, unos años antes, se han publicado las Normas Oficiales que preceden a los textos del Misal propiamente dicho. En cada nueva edición se introducen los cambios que sugieren la experiencia o la mayor reflexión teológica. En las Normas para la 3ª edición se pasa de 340 números a 399. Se añade un nuevo capítulo, el IX, señalando las adaptaciones que en el Misal pueden hacer los Obispos y las Conferencias Episcopales de los diferentes países.

Se hace más explícito el protagonismo de la Trinidad y la relación de la Misa con el Misterio Pascual – pasión, muerte y resurrección de Cristo-. Queda bien destacada la convicción de que “es toda la Comunidad cristiana la que celebra la Misa, como pueblo sacerdotal de bautizados, con la presidencia del sacerdote ordenado, que hace las veces de Cristo”.

Se introducen ciertas matizaciones que facilitan la sintonía con lo que estamos celebrando. Por ejemplo se da mayor relieve al “silencio” en los diferentes momentos a lo largo de la celebración.

Finalmente, la mayor diferencia entre estas Normas actuales sobre la celebración eucarística y las Normas del Misal de san Pío V reside en que en las Normas de ahora no sólo se ofrece un “reglamento” sino un auténtico “directorio teológico-pastoral”. Se dice no sólo **como celebrar** sino también **qué celebramos, porqué y para qué celebramos**. Es decir, se ofrece también la teología y la finalidad espiritual de la celebración.

Hemos llamado aquí “Normas” a lo que oficialmente tiene el nombre de “**Ordenación General del Misal Romano**”. Para su 3ª edición ha escrito un amplio y magnífico comentario el conocido liturgista J. Aldazábal. Publicado con ése mismo título por el Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona, dossier 106, de 252 páginas.

Ciertamente podremos celebrar mejor el admirable legado de Cristo Jesús en la Eucaristía, si seguimos las indicaciones que la Jerarquía de la Iglesia ha creído que tenía que establecer para este momento de la historia. (J. Aldazábal).

TEMA 79: OBLIGADA OBSERVANCIA DE LAS NORMAS DE LA CELEBRACIÓN DE LA MISA

El Concilio Vaticano II, en su Documento sobre la Sagrada Liturgia, declara que “la Liturgia es una acción eclesial, en su ordenación y reglamentación depende de la autoridad de la Iglesia por voluntad del mismo Dios. Por lo mismo, nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia”.

Ciertamente en el discurso de despedida, la víspera de su pasión, el Señor insiste en que sus discípulos deben guardar y cumplir con fidelidad sus palabras. Estas palabras se aplican al mandato nuevo del amor fraterno, pero también puede aplicarse al mandato nuevo de celebrar fielmente la muerte y resurrección de Jesús. Celebrar la Eucaristía como disponen los responsables de la Iglesia, no como una celebración personal o del grupo reunido.

Ya en 1988 escribía Juan Pablo II, Documento “Año Vigésimo Quinto”: Siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con toda fidelidad las normas litúrgicas en la celebración de la Eucaristía. Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia. Por lo que su reglamentación depende únicamente de la autoridad de la Iglesia. Por el valor pastoral de la Liturgia los textos litúrgicos permiten un margen de adaptación a la Asamblea y a las personas. Hay quien se ha encerrado en “las antiguas fórmulas litúrgicas” por considerarlas más afines con la verdadera fe. Otros, han promovido innovaciones fantasiosas alejándose de las Normas establecidas, dejándose guiar por su criterio personal.

En el Misal Romano, los textos van precedidos de las Normas Oficiales sobre la celebración de la Eucaristía. Entre otras muchas cosas se pide, con diferentes fórmulas, que haya “equilibrio y moderación” en los diferentes momentos de la Eucaristía. El Misal desea que las celebraciones no sean monótonas, frías e incoloras, sino debidamente participadas.

En diferentes momentos las Normas permiten al sacerdote que preside usar formulaciones propias, personales; se ofrecen algunas a modo de ejemplo y permite usar otras parecidas. Por ejemplo, en la invitación al rito penitencial se ofrecen algunas fórmulas pero pueden usarse otras parecidas. La invitación al rezo del Padrenuestro no es una oración fija sino una “monición” que puede variarse oportunamente. Aunque sí se dan criterios que hay que tener en cuenta, como “que sean concisas, breves” y que guarden proporción con el resto del todo.

En su Carta Apostólica “Permanece con nosotros, Señor” (Mane Nobiscum Domine, 2004), Juan Pablo II, con ocasión del “Año de la Eucaristía” proponía como tarea para toda la Comunidad Cristiana **que el Misterio de la Eucaristía sea siempre bien celebrado**; y apuntaba que un buen medio para ello sería **“estudiar a fondo en todas las Comunidades parroquiales las Normas Litúrgicas de la Misa”**. (Oficialmente: **Ordenación General del Misal Romano**).

TEMA 80: LA MISA EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Catecismo de la Iglesia Católica es un compendio de la Fe de la Iglesia, publicado por mandato de Juan Pablo II (octubre de 1992), en orden a la aplicación del Concilio Vaticano II. Contiene las mismas cuatro partes de otros catecismos: Credo, Sacramentos, Oración y Mandamientos. Texto distribuido en 2865 números.

Casi 100 de estos números (1322-1419) de la segunda parte, Sacramentos, está dedicada a la Eucaristía. Entresacamos algunos puntos de modo ejemplar.

“La Eucaristía, la Misa, es fuente y cumbre de toda la vida cristiana. Los demás Sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan”. “Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar”.

La Eucaristía, por sus diferentes aspectos, recibe diferentes nombres: Misa, Banquete del Señor, Fracción del Pan, Asamblea Eucarística, Memorial, Santo Sacrificio. Y en el texto se va explicando de modo riguroso y conciso el porqué de cada uno de ellos.

Institución de la Eucaristía. “El Señor, para dejarles una prenda de su amor instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno”. Los tres evangelios de san Mateo, san Lucas y san Marcos, y también san Pablo nos han transmitido el relato de la institución de la Eucaristía; en su lugar, san Juan relata el lavatorio de los pies y las palabras de Jesús en las que se designa a sí mismo como “el pan vivo, bajado del cielo”.

Haced esto en memoria mía. El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y palabras “hasta que venga”, no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre. Desde el comienzo, la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. Lo avalan muchísimos textos que se citan.

La celebración litúrgica de la Eucaristía. Se ha desarrollado siempre conforme a una estructura fundamental a través de los siglos hasta nuestros días. Comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica:

Liturgia de la Palabra, con las lecturas, homilía y oración del Pueblo.

Liturgia Eucarística, con la presentación de ofrendas, Plegaria, Consagración, Acción de Gracias y Comunión.

Tomad y comed todos de él: la comunión. El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle. “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros”. Cristo nos da en la Eucaristía la prenda de la gloria que tendremos junto a Él. La participación en el Santo Sacrificio sostiene nuestras fuerzas en el peregrinar de esta vida, nos hace desear la vida eterna y nos une desde ahora a la Iglesia del Cielo, a la Virgen María y todos los santos.

TEMA 82: MISAL ROMANO. ÚLTIMA EDICIÓN (Ed. 3ª)

En la celebración de la Misa, además de El Libro de la Sede, con los Ritos de iniciación y conclusión para el sacerdote que preside, y el Leccionario, que contiene las Lecturas de la Palabra de Dios, se utiliza el Misal. El Misal es el libro oficial – de Normas y Textos- siguiendo el cual la Comunidad cristiana celebra la Eucaristía. En los Textos se incluyen todas las oraciones que han de dirigirse a Dios en la Misa de cada día a lo largo del año: Oraciones propias, Plegarias, Prefacios, etc. En las Normas se establece de modo oficial cómo ha de celebrarse la Eucaristía.

La 1ª Edición del misal de Pablo VI, después del Concilio Vaticano II, apareció en 1970, exactamente 400 años después de la edición del misal que publicó en 1570 san Pío V, por encargo del Concilio de Trento. La 2ª edición del misal se publicó en 1975. La última edición, la 3ª, edición oficial latina, fue publicada en 2002. Finalmente en marzo de 2005 apareció la traducción castellana, actualmente vigente.

En cada nueva edición del misal, la Congregación para el Culto Divino de Roma, introduce los cambios que estima oportunos; para actualizar el santoral en lo que se refiere a textos, por ejemplo. En lo que se refiere a Normas se introducen los cambios que sugieren la experiencia o una mayor reflexión teológica o pastoral.

En esta 3ª edición hay bastantes cambios y matizaciones que todos debemos tener en cuenta. En concreto se ha pasado de 340 números a 399. Son de diverso género: unas quieren favorecer una mayor participación (intervenciones, diálogos, silencios, posturas): otras explican cómo mejorar las ceremonias (recibir la bendición) o describen y motivan los lugares y sus cualidades (Altar, Sede, Ambón, Presbiterio, Sagrario).

Queda bien destacada la convicción de que es toda *la Comunidad la que celebra*, como pueblo sacerdotal de bautizados, bajo la presidencia del sacerdote que hace las veces de Cristo. Se pone también de manifiesto la importancia del *silencio* a lo largo de la celebración. Hay un número completamente nuevo referente al silencio después de la celebración de la Palabra, después de la Homilía.

Es notable la importancia que la actual edición da a *la belleza y la estética* que debe acompañar a toda celebración eucarística. Pide con frecuencia *equilibrio y moderación* en los varios momentos de la Eucaristía. El Misal, en sus Normas, desea que las celebraciones no sean monótonas, frías e incoloras, sino participadas; no precipitadas, y con ritmo sereno. Invitación al equilibrio y la moderación que se ve, por ejemplo, cuando al hablar de la Oración Universal recomienda que la introducción del sacerdote sea breve, y que las peticiones se formulen “en pocas palabras”.

En definitiva, que todas las nuevas disposiciones tienen una intención pastoral: Favorecer la mejor y correcta participación de la Asamblea en la celebración eucarística. Por eso se dice no sólo “cómo” celebrar, sino también “qué”, “por qué” y “para qué” celebramos. O sea, que se ofrece también la teología y la finalidad espiritual de nuestra celebración.

TEMA 81: LA MISA, TEMA DE LA HOMILÍA

En su momento tratamos el tema de la Homilía como parte de la celebración eucarística (Tema 12). Ya entonces expusimos y comentamos lo que sobre la Homilía se dice en las Normas actuales del Misal Romano (números 65-66).

Que la Homilía forma parte de la liturgia de la Misa. Lo dice claramente el Concilio Vaticano II en su documento básico sobre la Liturgia (S.C. n°52) y lo repiten después diferentes documentos eclesiales.

En la Normas se establece la obligatoriedad de la Homilía en la Misa; que no puede omitirse sin causa grave en todas las Misas de los domingos y días de precepto y se recomienda para todos los demás días, especialmente en las ferias de los llamados “tiempos fuertes” litúrgicos, como son Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua.

Las Normas especifican también lo que debe ser el contenido de la Homilía, atendiendo a la finalidad de la Homilía de “servir de alimentación para la vida cristiana”. Explícitamente se dice que conviene que sea explicación de algún punto particular de las Lecturas de la Biblia que se acaban de hacer; comentario en torno a la Misa que estamos celebrando o de **algún texto del Ordinario de la Misa**. Es decir, comentario de alguna parte de la Misa para su mejor comprensión.

En este tema de hoy nos referimos, como es obvio, al último apartado: Explicación o comentario de alguna parte normal de la Misa. Habitualmente, en las Homilías suelen tratarse los temas de los apartados citados en primero y segundo lugar, pero no suele hablarse precisamente de la Misa misma, como tema.

No es necesario esforzarse mucho para hacer ver el escaso o bajo conocimiento que tienen la mayoría de los cristianos sobre la naturaleza, estructura, sentido y desarrollo de la Misa. Incluso los que asisten o participan en ella con alguna frecuencia.

De las Homilías que se propongan explicar el Ordinario de la Misa no se puede esperar tanto como de la Catequesis Litúrgica, pero pueden suplir de alguna manera, sobre todo si se ofrecen de modo sistemático durante algún tiempo en la Misa diaria.

También podrían servir estas Homilías como orientación y acicate para interesarse por la lectura de libros sencillos que tratan sobre la Misa. El último tema de esta serie es una relación de algunos de estos libros. Cabe citar aquí y ahora: **“Ordenación General del Misal Romano”**, Comentario de J. Aldazábal, Centro de pastoral Litúrgica, Barcelona. **“Eucaristía para el pueblo”**, Dionisio Borobio, Vol. I y II, Descléede Brouwer, Bilbao. **“He dejado de ir a Misa”**, A. Climent Bonafé, Edicep, Valencia.

TEMA 83: EL MONITOR O ANIMADOR DE LA MISA

La función del Monitor o Animador es ayudar a toda la Asamblea en la celebración de la Eucaristía. El Monitor no es imprescindible; en las Misas de diario no suele haberlo. Pero es conveniente, por eso suele haberlo en las Misas dominicales y festivas.

Las Normas Litúrgicas sobre la Misa (nº 105), entre los llamados “oficios litúrgicos” citan al **monitor o animador** y se hacen algunas indicaciones –a las que se pueden añadir otras de sentido común- sobre sus funciones, actividades y su colocación en la iglesia.

Antes de la celebración de la Misa:

Examina la hoja de moniciones y textos para saber qué tiene que leer y cuándo, y si es necesario lo consulta con el que va a presidir la celebración.

Si le corresponde a él, señala los lectores y les invita a preparar previamente las lecturas y el salmo que habrán de proclamar.

Ensaya los cantos, si le corresponde a él hacerlo. Y en todo caso, comprueba los micrófonos, colocación, altura adecuada y volumen.

Durante la celebración de la Misa:

Sale al principio. Invita a la Asamblea a ponerse de pie y a buscar el canto correspondiente en el cantoral, y lo inicia a la salida del presidente. Terminados los ritos iniciales, que concluyen con la primera oración (colecta), todos se sientan.

Es el momento de la monición a la lectura. El Monitor se acerca a su micrófono, espera a que todo el mundo esté sentado y lee la monición. Durante la lectura el Monitor se sienta y escucha. Y lo mismo hace durante la homilía.

También suele ser función del Monitor leer las intenciones de las Preces de los Fieles. El presidente de la celebración hace la introducción y el final, y el Monitor, las peticiones previamente acordadas,

Finalmente, después de la Oración Poscomunión, antes de la Bendición, el Monitor suele leer los avisos, si son necesarios, breves, claros y concisos.

El lugar del Monitor, debe ser el presbiterio, en sitio visible ante la Asamblea, para captar su atención, con un atril delante, pero nunca desde el lugar de la Palabra (el ambón) ni desde la Sede.

El buen Monitor prepara las celebraciones, mira a la Asamblea y no sólo a sus papeles, y crea el dinamismo necesario para evitar la sensación de rutina o aburrimiento.

TEMA 84: PREPARACIÓN DEL BUEN LECTOR LITÚRGICO

A lo largo de los temas sobre el desarrollo de la Misa, en su momento, reflexionamos sobre “El buen servicio del Lector en la Misa” (Tema 11). Decíamos entonces, que en nuestras Misas una parte muy importante son las Lecturas de la Palabra de Dios. Leerlas bien es un excelente servicio a la Asamblea cristiana. Es dar nuestra voz a Dios para que a través de nosotros hable a su Pueblo. Es de gran importancia que, en nuestras Misas, leamos y escuchemos, cada vez mejor la palabra de Dios.

De acuerdo con la más antigua tradición y enseñanza de la Iglesia, las Lecturas, a excepción del Evangelio, son proclamadas por laicos/as, llamados lectores o lectoras. Han de ser verdaderamente aptos y estar adecuadamente preparados. A andar se aprende andando, a nadar, nadando, a cocinar, cocinando... a leer bien leyendo. La preparación es indispensable.

No es fácil hacerlo bien. ¿Cómo hacer que la Palabra de Dios, a través de nosotros, llegue con toda su fuerza y dinamismo a la Asamblea que participa en la Misa?

La preparación del lector/ra ha de ser litúrgica y técnica. La preparación litúrgica debe facilitar al Lector una cierta percepción del sentido y estructura de la Liturgia de la Misa, y las razones de la conexión entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística.

La preparación técnica debe hacer que el Lector sea cada día más apto para el arte de leer ante la Asamblea, ya sea de viva voz -hoy poco frecuente- ya sea con ayuda de los instrumentos de ampliación de la voz, hoy en uso.

En todas las Parroquias y librerías religiosas es fácil encontrar hoy “hojas” con recomendaciones para la preparación de buenos Lectores.

Merece especial mención el trabajo que lleva por título “Preparación del Lector Litúrgico”, de Magín COELLO. (Para uso de la Parroquia de las santas Justa y Rufina de Madrid). Excelente manual por lo que dice y cómo lo dice. Escrito por un buen Lector litúrgico y reconocido locutor de Radio Nacional de España, durante muchos años.

Para quien cree leer bien, ¿cómo leer mejor? Varios autores coinciden en algo tan simple como: **Pedir opinión a los demás**. No se trata de hacer una gran encuesta, pero sí de preguntar de vez en cuando en qué fallamos o en qué podríamos mejorar. Y **ensayar en voz alta**, ante personas de nuestra confianza, para ir descubriendo matices e ir mejorando en todo aquello que sabemos se puede esperar de nosotros razonablemente.

TEMA 85: LA MUJER EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Seguramente, la participación de la mujer en la celebración de la Eucaristía es una mínima parte del problema de géneros en la Iglesia; problema complejo con sus condicionantes históricos, sociales, económicos y hasta de gobierno. Aquí nos limitamos a tratar modestamente el tema que se indica en el enunciado. Dirigido básicamente a la posibilidad de participar en las Lecturas, distribución de la Comunión y Acolitado. .

La proclamación de la Palabra de Dios en la Asamblea eucarística es un verdadero servicio eclesial que tiene su origen en el mismo Cristo. Después del Concilio Vaticano II, el ministerio del Lector ha recuperado el relieve que corresponde en el conjunto de carismas y funciones suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia.

Según la tradición litúrgica, la lectura de los textos bíblicos en la Asamblea eucarística no es un oficio presidencial, sino ministerial. Excepto la lectura del Evangelio, corresponde a quien ha recibido este ministerio de modo estable, "instituído" o señalado para el ministerio de modo temporal. Pablo VI, (en el Motu proprio Ministeria Quaedam) dejó escrito: *Por encargo temporal, los laicos pueden desempeñar la función de Lector en las celebraciones litúrgicas.*

La Comisión designada para la interpretación de los textos legislativos de la Santa Sede preguntó si en la expresión "laicos" se incluían tanto hombres como mujeres. La respuesta fue afirmativa. Sin embargo, en la primera edición del Misal de Pablo VI, en 1970, si una mujer proclamaba alguna lectura, se prohibía que lo hiciera desde el Ambón. Discriminación que se corrigió en edición siguiente del misal, 1975.

La mujer hoy, puede participar, además de en las Lecturas de la Palabra de Dios, en el canto, moniciones, acogida, distribución de la comunión y Acolitado (monaguillos). También las niñas y las mujeres, desde 1944 pueden ejercer de monaguillas. Corresponde a cada obispo valorar y autorizar este ministerio en su propia Diócesis.

En definitiva, que el papel de la mujer, afortunadamente, va creciendo en las celebraciones litúrgicas - especialmente en la celebración de la Misa- y lo deseable parece ser que, de manera pausada y sin estridencias, vaya ocupando cada vez más el espacio que le corresponde dentro de los límites teológicamente admisibles.

TEMA 86: “EUCARISTÍA PARA EL PUEBLO”

“Eucaristía para el pueblo”, de Dionisio BOROBIO, es el título de un libro, interesante y práctico, que responde a una de las grandes necesidades en la vida litúrgica del Pueblo de Dios, hoy: Una adecuada formación sobre la celebración Eucarística.

Sabemos mucho de la grandeza de la Misa y su alto significado en la vida cristiana, por lo que dice la Teología. En estos últimos treinta años han aparecido innumerables escritos sobre la Misa, debido a la renovación litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II. Todo lo que se dice en esos Documentos y se comenta en torno a ellos sobre la Misa sigue ahí. El problema es si está dicho o escrito, de modo apto y apropiado para llegue, sea comprendido, asumido y vivido por sus últimos destinatarios. Y entendemos que estos destinatarios son los fieles y en cierto modo también los pastores. En definitiva el pueblo creyente,

“Eucaristía para el pueblo” ofrece, en un lenguaje actualizado y sencillo, los elementos necesarios para una mejor catequesis sobre la celebración de la Eucaristía y una mayor participación de los fieles en ella. Acercar la Eucaristía al pueblo a través de una participación debidamente ilustrada.

Las cifras de los que asisten a Misa disminuyen sensiblemente, se nota la ausencia creciente de jóvenes; se agradece alguna celebración participada y festiva, pero hay una notable indiferencia y falta de participación de la comunidad, como tal; los ministerios que competen a los fieles con frecuencia no son ejercidos por ellos, unas veces porque no se hacen disponibles, otras porque no se les ofrecen. En muchos casos se dice que la Eucaristía “no se comprende”, que “no dice nada”, que “aburre” como si fuera “la misma película cincuenta y dos veces al año”.

La sola formación eucarística no puede resolver tanto problema pero no pueden resolverse sin ella. La catequesis sobre la Eucaristía, tiene que ser una catequesis en la que se parte y se conduce a la verdadera experiencia de la celebración. Ha de ser el arte de iluminar el contenido y la realidad celebrativa de la fe, desde la vida y para la vida. Se trata de introducir el misterio celebrado, para poder ser verdaderos celebrantes y participantes del misterio.

“No hay mejor catequesis sobre la Misa, que la Misa bien celebrada”. Ésa es la idea básica del libro de Borobio que venimos reseñando.

TEMA 87: LAS PALABRAS DE LA CONSAGRACIÓN. SENTIDO Y DINAMISMO.

“Este es mi cuerpo que será entregado... esta es mi sangre que será derramada”. Estas palabras son el núcleo central de la celebración Eucarística. Pronunciadas, por el sacerdote que preside, en nombre de Jesucristo. Con ellas se hace constar explícitamente no sólo la presencia real del Señor, sino además la presencia real de su sacrificio. La Eucaristía no ha sido instituida por Jesucristo únicamente para ser adorada sino para que principalmente, a través de ella, hiciéramos presente y nos uniéramos a la Acción de Gracias y al Sacrificio del Señor.

Las expresiones “entregado” y “derramada” añadidas por Pablo VI, que figuran hoy en las trece Plegaras, lo hacen bien explícito. El gesto de elevar el Cuerpo y la Sangre del Señor inmediatamente después de la Consagración para que el pueblo los adore viene a ser como una especie de Exposición del Santísimo dentro de la Misa, y es un rito *exclusivo de la liturgia romana*, que no tiene paralelo en ninguna otra liturgia cristiana. La decisión correctora de Pablo VI merece ser valorada y agradecida.

Desde los mismos orígenes de la Iglesia, cuando los cristianos celebran la Eucaristía, han visto siempre, por encima de todo, la actualización sacramental de la muerte y resurrección del Señor; a través del Pan y del Vino hacen *el memorial de su muerte y resurrección*. A través del Pan y el Vino consagrados contemplan y veneran *las acciones que el Señor realizó* en la víspera de su pasión y creen que dichas acciones, no menos que la realidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, se hacen realmente presentes en medio de ellos. (Farnés).

Juan Pablo II, nos ha dejado escrito (Ecclesia de Eucaristía, nº 12): “El Salvador, al instituir la Eucaristía no se limitó a decir “esto es mi Cuerpo y esta es mi Sangre sino que añadió, *entregado por vosotros, derramada por vosotros*. Con esta expresión Jesús no afirmó únicamente que lo que les daba a comer era su verdadero Cuerpo y Sangre sino que manifestó también el valor sacrificial de las mismas. La Misa, es pues, al mismo tiempo e inseparablemente presencia real del Señor, memorial sacrificial que actualiza, también *realmente*, su sacrificio de la cruz y banquete sagrado de la comunión en su Cuerpo y en su Sangre”.

Si es, pues, teológicamente correcto –y disciplinariamente obligatorio- que tanto el sacerdote que preside como los fieles, adoren a Cristo realmente presente bajo los signos sacramentales, **se ha de procurar que durante la consagración los gestos y palabras de todos se centren en la contemplación del sacrificio y de la entrega del Señor al Padre**. Únicamente así se es plenamente fiel al mandato del Señor: *haced esto en memoria mía*. Por eso es especialmente importante y significativa la aclamación de la Asamblea en ese momento: **Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección**.

La adoración a Cristo, realmente presente bajo los signos eucarísticos, tan rica de espiritualidad, no debe olvidarse pero hay que encontrar otros momentos más propios, sobre todo, la Exposición solemne del Santísimo.

TEMA 88 : ¿PARTICIPAR EN LA EUCARISTÍA VARIAS VECES AL DÍA?

Participar en la Eucaristía una vez es bueno. Participar en la Eucaristía más de una vez al día, ¿es mejor? No, ciertamente no. Sería contrario al sentido teológico y al buen sentido litúrgico. Con todo, **–por razones pastorales–** los sacerdotes pueden celebrar más de una Misa en el mismo día para atender a las necesidades espirituales de diferentes comunidades cristianas. Y los fieles también pueden participar, en ciertas circunstancias, en más de una Misa en un mismo día, como luego veremos.

La clave para responder a la pregunta planteada está en la relación del **único** sacrificio de Cristo –el de su muerte y resurrección– con las **nuevas presencias** de este **único sacrificio** a través de las **repetidas celebraciones** de la Eucaristía, de la Misa.

En el fondo, de lo que se trata fundamentalmente con la participación en la Eucaristía, es de vivir intensamente unidos al sacrificio de Cristo, realizado una sola vez para siempre. Si el Señor, la víspera de su pasión, instituyó la Eucaristía (**sacramento de su sacrificio**, como con frecuencia llama Santo Tomás de Aquino a la Misa), lo hizo precisamente para que los fieles logaran una unión viva y constante a su entrega sacrificial al Padre.

Repetir la celebración Eucarística no es ofrecer diversos sacrificios sino hacer presente, **repetidamente**, si se quiere, el mismo y único sacrificio de la cruz.

Si la Eucaristía, que arranca de la Última Cena del Señor, es precisamente “una cena”, “una comida”, lo normal es que todos los que participan en ella comen o coman. Participar es tomar parte en. No es normal que uno acuda a dos o tres comidas o cenas en un mismo día. Pero puede darse el caso de tener que acudir y participar en una comida o una cena con dos grupos de personas diferentes. Y se verá bien acudir y participar en ambas celebraciones.

De modo similar, puede darse el caso de participar en dos celebraciones eucarísticas en un mismo día, si son celebraciones distintas, con distintas comunidades y con distintos motivos. Por ejemplo: La Misa en su propia Parroquia por la mañana y una Misa con celebración del Matrimonio, por la tarde,

Para finalizar, conviene recordar, que así como no se alimenta mejor quien come más veces al día sino quien ingiere una dieta más completa y equilibrada, igualmente quien se une y participa mejor del **único sacrificio del Señor** no es aquel que participa más veces en la Misa sino aquel que se acerca a la celebración de la Eucaristía con mejor conocimiento, mayor preparación y buenos sentimientos. ¡Que el Señor nos ayude a ello!

TEMA 89: “VIVIR LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR”.

Es bien sabido. En su momento Jesús nos dejó dicho: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado.* (Juan 13,34). De igual manera, en la Última Cena, al terminar la celebración, Jesús mandó a los suyos: *Haced esto* - que acabamos de hacer - *en memoria mía.* Es interesante subrayar la relación del mandato nuevo del amor fraterno y el de la celebración eucarística. Así, aparece en casi todas las Plegarias Eucarísticas más antiguas, como la Plegaria II del Misal actual.

Celebrar la Cena de Jesús como "memorial suyo" significa celebración en la unidad de cuantos participan del Cuerpo y Sangre de Cristo. El mandamiento nuevo de Jesús en la Cena implica el amor fraterno ciertamente, por tanto el mandato de celebrar fielmente la muerte y resurrección de Jesús. Celebrar la Eucaristía en la unidad supone también celebrarla fielmente a como lo disponen los responsables de la Iglesia, y no como una celebración personal o del pequeño grupo reunido.

La Iglesia ha comprendido y vivido con gran fuerza este mandato del Señor en los primeros siglos; en otras épocas, con menos realce, y ha habido tiempos en los que se recubría lo mandado con añadiduras menos importantes e incluso menos fieles a las acciones que el Señor nos encomendó repetir.

Desde la Teología medieval, el interés se centra, más que en las acciones del Señor, en lo que contiene el Sacramento. La palabra "eucaristía" no parece designar ya la "*acción de gracias*" que nos mandó realizar el Señor sino más bien el Pan y el Vino consagrados. Más en la Eucaristía ya hecha, que en la Eucaristía en el hacerse, la Misa.

Para santo Tomás de Aquino la Eucaristía no es fundamentalmente la celebración de la asamblea de los fieles que, presidida: por el ministro que representa a Cristo, obedece el mandato del Señor y repite *todas sus acciones*, sino la acción del sacerdote que, en virtud del poder que ha recibido en la ordenación, actúa en nombre de Cristo.

Es necesario volver al sentido primitivo y genuino de los primeros siglos, donde el contenido y la motivación primordial ha de ser la obediencia al mandato del Señor que, después de haber "dado gracias", nos mandó "Haced esto -referido a la acción que acababa de realizar - como memorial mío", en el que había añadido el embolismo de su muerte y resurrección. Las consecuencias de esta reorientación son notables para la Celebración de la Eucaristía a la luz de la reforma actual. (Pedro FARNÉS).

TEMA 90: CORRECCIONES, CON AMOR Y CON HUMOR

He aquí algunas “sugerencias”, con amor y con humor, para aquellos cristianos a quienes “la Misa no les dice nada”. Son algunas ideas de un experimentado teólogo y liturgista. Cedemos la palabra agradecidos a José Antonio Pagola.

Al oír, en la mañana del domingo, la llamada de las campanas que invitan a los creyentes a la Acción de Gracias, a la Celebración de la Eucaristía, no las dejes resonar en tu interior. Bastante ocupado estás ya en organizarte bien el domingo.

Nunca llegues a la iglesia con tiempo suficiente para tener unos minutos de silencio y prepararte para vivir la celebración. Es mejor entrar a última hora aunque sea de manera atropellada. Así se te hará todo más corto. Colócate lo más atrás posible. Es más difícil seguir de cerca lo que se realiza en el altar, pero de lejos se domina mejor la situación y se está más tranquilo. Además puedes salir de los primeros.

A ser posible, no abras la boca en toda la celebración ni para unirte en la oración ni para cantar. Eso es para personas “piadosas”. A ti te va más una postura seria y digna. Si te animas a cantar algún canto porque te tira, no se te ocurra fijarte en la letra para ver qué estás diciendo. Lo importante es que la canción salga bien y “suene” de manera agradable. Ya tendrás tiempo para comunicarte con Dios.

Al sentarte para oír la Palabra de Dios, no escuches el mensaje de las lecturas bíblicas. Es un buen momento para ponerte cómodo y descansar. Puedes observar qué personas han acudido a Misa. Las palabras del lector pueden servirte de “música de fondo”. La Homilía puede ser un momento verdaderamente interesante o un verdadero ejercicio de “paciencia”, que todo hay que decirlo. En cualquier caso, tú piensa que ya te sabes más o menos lo que va a decir el sacerdote. Puedes, incluso, comentarlo a la salida. Pero no se te ocurra escuchar interpelación o llamada alguna para ti.

Aprovecha los momentos de silencio – que no suelen ser muchos – para recordar lo que tienes que hacer al salir de Misa. No entres dentro de ti para dar gracias a Dios o pedirle perdón. A ti no te van esas cosas. Al comulgar, muestra tu habilidad en hacerlo de manera rápida y ágil. Así podrás pasar revista a los que vienen después de ti. Al llegar a tu sitio, no te recojas interiormente para comunicarte con Jesús. Eso se hacía antes del Concilio.

Sobre todo sé rápido al final. No necesitas quedarte a recibir la bendición de Dios. Él te quiere y te bendice, incluso cuando estás ya fuera del templo. Pero, eso sí, cuando el sacerdote diga en la Misa “Levantemos el corazón” tú no abras la boca. No digas “lo tenemos levantado hacia el Señor”. Con la seguridad de que si no lo haces... difícilmente te podrá decir algo la Misa.

TEMA 91: LOS MODOS DE HABLAR MANIFIESTAN QUIÉN Y CÓMO SE PRESIDE.

La celebración eucarística, como se ha señalado repetidas veces, es una acción de la Iglesia entera, y en ella habrá de realizar cada uno todo y sólo lo que le compete conforme al lugar que ocupa dentro del Pueblo de Dios.

Es toda la Comunidad la que celebra; unos –obispos o presbíteros – están en la Misa en representación del mismo Cristo con su sacerdocio ministerial, y otros – los laicos- en virtud de su sacerdocio bautismal. En el prefacio de la Misa Crismal del Jueves Santo rezamos: “Dios todopoderoso y eterno que constituiste a tu único Hijo Pontífice de la Alianza nueva y eterna y determinaste, en tu designio salvífico, perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio. Él no sólo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también ha elegido a hombres de este pueblo para que, por la imposición de manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención”.

Característica de los libros litúrgicos del Concilio de Trento es que desconocían al pueblo en la celebración litúrgica. En las rúbricas prescritas en el misal de san Pio V se habla del obispo, del sacerdote, diácono, subdiácono, de los acólitos; pero jamás se alude ni se menciona al pueblo. El ministro que preside la acción litúrgica es llamado, una y otra vez, *celebrante*; término que se come la realidad de la Asamblea de hoy. Hay que añadir que la recitación del Padrenuestro estaba reservado exclusivamente al *celebrante*; “de principio a fin “, como puntualizaba el rito de san Pio V.

Cronológicamente la primera mención de los fieles en la celebración eucarística tuvo lugar en 1961, en la reforma de la Vigilia Pascual de Pio XII. Significativamente, las Normas de la Misa renovada por el Vaticano II, empieza con las palabras “reunido el pueblo”; luego una y otra vez se habla de que el pueblo responde, el pueblo aclama, el pueblo –a una con el sacerdote que preside- recita el Padrenuestro. “El Vaticano II ha recuperado un concepto de liturgia en donde el sujeto integral de la acción litúrgica es la Iglesia, o sea, toda la Comunidad cristiana”.

Si el obispo o presbítero realizasen su ministerio presidencial como si la Misa fuese de su devoción personal llegaría a oscurecer al sacerdote principal, que es Cristo. En tal caso la Asamblea perdería la conciencia de ser cuerpo sacerdotal y quedaría con ello reducida a “mirar” u “oir” la Misa.

Para no debilitar las dos realidades sacerdotales de Cristo y de la Comunidad de los bautizados, el que preside ministerialmente la acción litúrgica de la Misa ha de velar para que en su modo de celebrar quede confirmada y nunca contradicha la realidad explicada. Cuando los textos de las moniciones no son literalmente prescritos ha de ponerse especial cuidado en ellos. Tal vez, mejor que “podéis ir en paz” puede ser “vayamos en paz”; hemos terminado y nos vamos todos.

TEMA 92: LA MISA DE HOY

A lo largo de nuestros temas sobre la Misa hemos tratado de sus características generales, su significación, naturaleza, estructura y composición, así como del sentido de sus diferentes partes, etc.; es algo que conviene a todas las Misas. Pero además, cada Misa tiene un motivo, un tema que les da unidad y ambientación propia.

Por eso procede preguntarnos, ¿Qué Misa estamos celebrando?, o la Misa de hoy, ¿de que va? El sacerdote que preside la celebración debe saberlo y toda la Asamblea de los fieles tiene el derecho de saberlo también. Condicionará los contenidos: Las tres oraciones propias, Prefacio propio, Plegaria más indicada, etc.

En el “Libro de la Sede”, libro de las Conferencias Episcopales nacionales – en nuestro caso- de la Conferencia Episcopal Española, en la Introducción se indica que en la Monición de entrada de la Misa, el sacerdote que preside, después del saludo al pueblo, **debe introducir a los fieles en la Misa del día**. Muy brevemente, para no desequilibrar el conjunto de los ritos iniciales, debe contribuir a que todos los presentes entren en el clima de la celebración; situándola en el debido tiempo litúrgico, si es día de feria, fiesta del Señor, de la Virgen María, y/o fiesta o memoria de los santos.

El Calendario litúrgico cristiano tiene como centro el Triduo Pascual –pasión, muerte y resurrección del Señor- es decir, Viernes santo, Sábado santo y Domingo de Resurrección. Son festividades movibles porque el Domingo de Resurrección ha de celebrarse el domingo siguiente después de la luna llena que sigue al comienzo de la primavera del 21 de marzo. Al Triduo Pascual le preceden 40 días de preparación –la Cuaresma- desde el miércoles de Ceniza al Jueves Santo. Le siguen 50 días festivos –al modo de un domingo prolongado- que se llama Cincuentena Pascual.

Dios pudo haber venido a este mundo como adulto pero quiso venir como niño y nacer de una madre –María de Nazaret- que celebramos el 25 de diciembre, día de la Natividad del Señor; de ahí que el Año Litúrgico comience con el Tiempo de Navidad, precedido de cuatro semanas de preparación que integran el Adviento.

El Tiempo de Pascua y el Tiempo de Navidad son “tiempos fuertes”. Todo el resto del año es “tiempo ordinario”. Quizás sea un término poco feliz pero tiene el sentido de “tiempo no extraordinario” sin más.

Incrustadas en estos dos “tiempos fuertes” celebramos todas las Fiestas del Señor, de la Virgen María y de los Santos, con sus diferentes rangos litúrgicos que rigen en sus prevalencias cuando se superponen.

Para todos, sacerdotes y fieles, no falta nunca en las iglesias un Calendario o Epacta donde se da resuelto el problema de qué Misa celebrar hoy, es decir de la misa de cada día, incluso cuando hay posibilidad de elegir una “misa votiva”.

TEMA 93: LA MISA SEGÚN EL CALENDARIO LITÚRGICO

La Misa a celebrar cada día viene determinada en el Calendario litúrgico, según las Normas propias de la Iglesia Universal, con las modificaciones requeridas por la Iglesia Diocesana y la Iglesia Local. Estas mismas Normas permiten e invitan a la elección de ciertas Misas, ciertos días, en ciertas circunstancias.

Durante el Año Litúrgico, respetando los “tiempos litúrgicos fuertes”, se celebran las fiestas del Señor, de la Virgen y de los Santos. Las Normas establecen los diferentes rangos y prevalencias para las Solemnidades, Fiestas, Memorias Obligatorias, Memorias Libres y Misas Votivas.

Solemnidades, con el máximo rango, tienen siempre las tres oraciones principales como “propias”. (Nos referimos a la Oración primera de la Misa o “colecta”, Oración sobre las ofrendas, y Oración postcomunión, después de la comunión como su mismo nombre indica). Se dice Gloria y Credo y suelen tener Prefacio propio.

Las Fiestas, tienen las tres oraciones propias, Gloria y con frecuencia, Lecturas propias también. **Las Memorias Obligatorias**, suelen tener las tres Oraciones propias, y las Lecturas suelen ser las propias del día, siguiendo la “Lectura continuada”. **Las Memorias Libres** se celebran como las Obligatorias pero como su nombre indica puede celebrarse u omitirse y sustituirla por otra, como la Misa de la feria del día. Todos estos distintos elementos vienen señalados en el calendario Litúrgico Anual y se incluyen como tales en el Misal de uso diario.

Misas Votivas, son todas aquellas que pueden celebrarse en días donde no hay otras mandadas. Tal y como se incluyen en el Misal pueden ser votivas del Señor, de la Virgen o de los Santos. Finalmente, hay que citar también las Misas Votivas para “Diversas necesidades” que aparecen agrupadas como sigue:

Votivas por la Iglesia, como votiva por el Papa, por los sacerdotes, por las vocaciones, por los laicos, por la evangelización de los pueblos, etc. **Votivas por necesidades públicas:** Por los que gobiernan, por la paz y la justicia... **Votivas para diversas circunstancias:** Al comienzo o final del año, por los enfermos... **Votivas por algunas necesidades particulares:** Para fomentar la concordia, por nuestros familiares y amigos, etc.

Mención especial merecen, además de las **Misas por los difuntos**, las **Misas Votivas en honor de la Virgen María:** Votivas durante el año y 46 Misas Votivas del Misal Romano Mariano.

Siguiendo las Normas litúrgicas del Calendario adecuadamente, la eficacia espiritual de la celebración de la Misa aumentará, si se acierta a elegir dentro de lo mandado y permitido, lo que mejor responda a las necesidades pastorales y preparación litúrgica de la Asamblea que la celebra (Normas Generales, nº352).

TEMA 94: CELEBRACIÓN DE LOS SANTOS: MEMORIAS.

Una de las cosas que más ha cambiado, en los últimos tiempos, en la liturgia de la Misa, es el modo de celebrar la Misa en honor de los Santos. En el Misal de san Pío V, 1570, se celebraban obligatoriamente sólo 65. Pero la mayoría de estas fiestas tenían preferencia incluso sobre la celebración de la Misa de los domingos.; en las ferias de Cuaresma casi nunca se usaban los textos del día, porque la celebración de estos días cedían ante la fiesta de cualquier Santo.

En el transcurso del tiempo las fiestas de los santos fueron aumentando hasta llegar a 330 en los años previos al Concilio Vaticano II.

La reforma de Pablo VI redujo su número y creó una categoría litúrgica nueva para la celebración de los santos: **Las memorias**. Memoria significa recuerdo, no son fiestas de categoría inferior, sino un recuerdo inserto o combinado con la celebración de las ferias del día en todo el año. La “oraciones” –oración colecta, sobre las ofrendas y postcomuni6n- habitualmente son propias del Santo; al menos, siempre, la primera; la segunda y tercera puede ser del “común de santos” a que pertenezca el festejado.

En las memorias, las Lecturas, en cambio, suelen ser habitualmente, de la feria, del día, es decir de la “lectura continuada”. Aunque se permite que si hay motivo especial para ello –y el Misal lo incluye- puede celebrarse íntegramente con todo propio: Oraciones y lecturas.

Las **Memorias**, dicen las Normas, pueden ser obligatorias o libres. Con la única diferencia de que las Memorias obligatorias **deben celebrarse como tales**; las Memorias libres pueden celebrarse u omitirse según la devoci6n y popularidad de que goce el santo en el ambiente concreto donde se celebra la Eucaristía.

Hay también memorias en honor de la Virgen. Por ejemplo, el día 22 de agosto se celebra a “Santa María Virgen, Reina” con el rango de memoria obligatoria. Las tres oraciones de la Misa son las propias de la Memoria, las Lecturas son de la feria –lectura continuada- y el Prefacio es de la Virgen.

Todo ello implica máximo respeto para el Calendario litúrgico universal combinado con el culto cercano al santo que se quiere celebrar en una Comunidad cristiana concreta.

TEMA 95: MEJORAR LAS CELEBRACIONES

Y PROFUNDIZAR EN ELLAS

Durante los últimos veinte años, uno de los más prestigiosos liturgistas españoles, Pedro Farnés Scherer, ha venido publicando su Calendario Litúrgico anual. Es una ayuda extraordinaria para elegir adecuadamente los elementos de la celebración eucarística de cada día, con las mayores garantías de acierto.

Es muy de agradecer el concienzudo trabajo que supone la elaboración del Calendario, pero no es único, y lo que nos ha movido a traerlo a nuestras páginas es un precioso y singular añadido. Al principio de cada mes incluye un valioso comentario sobre los diferentes aspectos de la celebración eucarística. Sin programación ni orden preestablecido, va describiendo y ahondando en diferentes temas, con la sabiduría litúrgica que caracteriza al autor. Son puntualizaciones escritas con autoridad, claridad y sencillez.

La colección de todos ellos, mes a mes, desde 1991 a 2012, forman el libro que hemos tomado como título de nuestro tema: "**Mejorar la celebraciones y profundizar su significado**", *Pedro FARNÉS*, Ediciones STJ, Barcelona.

Algunos de los temas incluidos:

La Consagración y elevación en la celebración Eucarística.

Las aclamaciones en la misa.

Aclamación después de la Consagración.

La llamada Plegaria V.

La comunión de los fieles con el Cáliz.

Uso equilibrado de las diferentes Plegarias Eucarísticas.

Decir todo y sólo lo que a cada uno le corresponde en la Misa. Finalidad de las moniciones litúrgicas.

La participación activa en la Misa ...

Pedro Farnés, Pbro. (Barcelona, 1925), ha sido" Miembro fundador del Centro de Pastoral Litúrgica Nacional (1959). El primer Director del Instituto de Liturgia de Barcelona (1963). Profesor de Teología en las facultades de Barcelona, Tarragona y Madrid. Consultor de las Comisiones Episcopales de Liturgia de España, Colombia, México y CELAM. Autor de numerosas obras y artículos de liturgia.

Nuestro profundo agradecimiento al Profesor Farnés al mismo tiempo que recomendamos el libro citado.

TEMA 96: JUAN PABLO II, BUEN CELEBRANTE.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido un pontificado denso y prolongado. Los historiadores señalan entre las grandes preocupaciones pastorales del Pontífice la Evangelización de los pueblos, el Ecumenismo, la Doctrina Social de la Iglesia, la Paz y la Justicia Social, el Sacerdocio, los Movimientos Eclesiales Laicales...

Por encima de todos ellos –si se puede hablar así- sobresale la preocupación pastoral por la Eucaristía. Lo avalan los numerosos Documentos sobre el tema en sus múltiples dimensiones, así como el interés permanente del Papa por celebrar la Eucaristía con el pueblo de muchísimos países y ofrecer la celebración al mundo entero a través de los medios de comunicación.

En definitiva no son sólo sus palabras sino también su ejemplo personal. Juan Pablo II no quiso vivir los domingos recluso en su apartamento papal, sino entre los fieles, celebrando la Misa dominical en las parroquias romanas o al aire libre, en la Plaza de san Pedro.”Deseo dirigirme a todos vosotros, amadísimos fieles, haciéndome presente en cada Comunidad en la que cada domingo os reunís con vuestros pastores para celebrar la Eucaristía. Muchas de las reflexiones y sentimientos que animan mi Carta Apostólica “El día del Señor” (Dies Domini), han madurado durante mi servicio episcopal en Cracovia y posteriormente, después de asumir el ministerio de Obispo de Roma y de sucesor de Pedro, en las visitas a las parroquias, hechas de modo regular precisamente los domingos de los diversos periodos del Año Litúrgico”.

En sus celebraciones, no sólo “rezaba” bien las oraciones presidenciales, sino que también “escuchaba” todas las demás intervenciones y seguía al detalle el ritmo de la celebración. Preparaba siempre su homilía –en cualquier país del mundo- como comentario a las lecturas propias de la Misa que se celebraba y las pronunciaba con una gran emotividad, a pesar de que, comprensivamente, siempre tenía que leerlas.

Todas sus celebraciones multitudinarias eran cuidadosamente preparadas por una comisión presidida por su Maestro de Ceremonias y testigo de excepción, Mons. Piero Marini. Por él sabemos que incluso cuando celebraba en su capilla, se notaba que lo hacía con piedad, con sentido eclesial, con expresividad y con un gran amor al misterio que se celebraba.

En las celebraciones quería siempre respetar las Normas y las costumbres legítimas de cada país, por ejemplo, en cuanto al modo de recibir la comunión o de escuchar el Evangelio. “Inculturación “se llama esa figura. En una Misa en Ouagadougou (Burkina Faso) aceptó que otro sacerdote cantara un prefacio con música autóctona, con aclamaciones intercaladas, para luego continuar él con el resto de la Plegaria. Al día siguiente, el Papa preguntó al Maestro de Ceremonias (Piero Marini , que es quien relata el episodio) si se iba a hacer igual. Le dijeron que no. Y el Papa contestó: ¡Qué lástima! Era el mismo que repetidas veces dijo y dejó escrito: **¡La mejor catequesis sobre la Misa, es la Misa bien celebrada!**

TEMA 97: INSISTENCIA PRECOCUPANTE DE JUAN PABLO II: LA MISA DOMINICAL

La Misa, y particularmente la Misa dominical, ha sido una de las grandes preocupaciones de Juan Pablo II durante su largo pontificado. No hace falta ser un experto para darse cuenta de ello. Sus numerosos documentos sobre la Eucaristía, la declaración de un año entero como "Año de la Eucaristía", y su exquisita sensibilidad como "celebrante" lo avalan.

El "Año de la Eucaristía" habría de servir para profundizar en el significado de la Eucaristía para toda la Iglesia; que nace de la Eucaristía, vive de la Eucaristía y crece acompañada de la Eucaristía.

En el mensaje para el "Año de la Eucaristía" que el papa Juan Pablo II dirigió a la cincuentena de obispos miembros de la Congregación de Roma para el Culto Divino, les dio a conocer los tres aspectos de la pastoral litúrgica que más le preocupaban: **La formación litúrgica, el arte de celebrar bien todos la Eucaristía**, y la predicación de la homilía.

Formación litúrgica, como obligación extensiva a todos los cristianos y cristianas, y no sólo para los que se preparan para ser sacerdotes o religiosos. Formación litúrgica que significa conocer más a fondo lo que celebramos en la Eucaristía, el lenguaje litúrgico, gestos y símbolos. La formación litúrgica es una dimensión permanente de la formación cristiana.

El arte de celebrar que supone "la capacidad de los ministros ordenados y de toda la Asamblea, reunida para la celebración, de actuar y vivir el sentido de cada uno de los actos litúrgicos, dejándose penetrar íntimamente por el Misterio que celebramos".

Finalmente, que el sacerdote cuide la homilía, que forma parte de la Liturgia de la Misa, para favorecer el encuentro, lo más fecundo posible, entre el Dios que habla y la Comunidad que escucha.

La insistencia constante de Juan Pablo II sobre la importancia de la Misa dominical mereció que escribiese una Carta Apostólica dedicada por entero al tema: **"El día del Señor" (Dies Domini)**. Es significativa su presentación: *Deseo dirigirme a todos vosotros, queridos fieles, como haciéndome presente en cada Comunidad donde todos los domingos os reunís con vuestros Pastores para celebrar la Eucaristía en el "Día del Señor". "Muchas de las reflexiones y sentimientos que inspiran esta Carta Apostólica han madurado durante mi servicio episcopal en Cracovia, y luego, después de asumir el ministerio de obispo de Roma y sucesor de Pedro, en las visitas a las parroquias romanas, efectuadas precisamente de manera regular los domingos"*.

"Respetad la santidad del domingo. Celebrad la Misa todos los domingos. En la Misa, el Pueblo de Dios se reúne en torno al altar para adorar a Dios e interceder por todos. En la Misa actuáis el gran privilegio de vuestro Bautismo: alabar a Dios en unión con Cristo, su Hijo, alabarle en unión con toda la Iglesia". (Homilía, 1982).

TEMA 98: LA LITURGIA PAPAL Y LA LITURGIA

Para la renovación auténtica de la Iglesia el Concilio Vaticano II se propuso cuatro objetivos concretos: El crecimiento de la vida cristiana, la actualización de las Instituciones eclesiales, la promoción de todo aquello que pueda contribuir a la unión de los cristianos, y el fortalecimiento de la invitación a formar parte de la Iglesia a todos los hombres y mujeres del mundo. Para conseguir estos cuatro objetivos se consideró indispensable la reforma y revitalización de la Liturgia. Incluida, por supuesto, la liturgia pontificia.

Desde Pio IX hasta el Vaticano II, los Papas casi no se dejaban ver más que en las canonizaciones celebradas siempre en el interior de la Basílica de san Pedro, con un ritual pomposo, difícilmente imaginable hoy. La reforma litúrgica decretada por el Concilio puso las bases para las celebraciones renovadas a todos los niveles - incluidas las ceremonias pontificas - que todos conocemos.

Es bien sabido que la última reforma litúrgica es fruto del trabajo de muchísimos expertos, algunos de ellos muy conocidos. La reforma litúrgica pontificia se debe además a la intervención continuada de un extraordinario liturgista: Mons. Piero Marini, sacerdote italiano, que muy pronto se convirtió en el primer colaborador del Presidente de la Comisión de la Reforma, Mons. Bugnini; fue también Secretario oficial de la Comisión y Subsecretario de la Congregación para el Culto Divino. En 1987, Juan Pablo II le nombró responsable de las celebraciones papales, cargo que ocuparía hasta los primeros años del pontificado de Benedicto XVI.

Como Maestro de Ceremonias de Juan Pablo II, le acompañó en sus numerosos viajes, y fue el encargado de preparar y garantizar el desarrollo armonioso y más adecuado de las ceremonias papales contempladas en todo el mundo. Escogiendo los lugares para la celebración, vestiduras, objetos de culto, lecturas y cantos...

Recientemente ha publicado un interesante libro de amenas entrevistas: "Piero Marini, Maestro de las Celebraciones Pontificias. Experiencias y recuerdos". Ediciones STJ, Barcelona, 180 págs. Evoca su servicio al lado de Pablo VI y luego al lado de Juan Pablo II, durante 20 años. Le sirve de ocasión para presentar la liturgia papal de manera clara y viva, y ofrece sugerencias para el debate actual sobre la Liturgia en toda la Iglesia.

Idea suya es: "Mejorar la calidad de cada celebración es la mayor necesidad en la liturgia eucarística de hoy. En lugar de cantidad, calidad. Que las Misas ofrezcan a todos la posibilidad de percibir la presencia de Dios, de escuchar a un Dios que habla, y no esas Misas en las que parece que son los hombres los que hablan, en las que la gente se aburre, en las que parece que siempre hay prisa... cuando la liturgia necesita su tiempo. Nuestro Señor necesita el tiempo de la celebración para hablar con nosotros. Este es el reto de la liturgia, de la calidad de las celebraciones. Dejemos lugar para los signos, las plegarias, los gestos. Dejemos que nos hablen de Dios, que Dios nos hable por medio de ellos y nosotros le escuchemos. Es la acción pastoral más urgente hoy en la vida de la Iglesia". Nuestro profundo agradecimiento a Mons. Piero MARINI.

TEMA 99: “HE DEJADO DE IR A MISA”.

El nuevo Párroco se encontró con una iglesia bellísima de estilo románico, pero al fondo, encima del coro, acudían a refugiarse una gran cantidad de murciélagos. Intentó ahuyentarlos quemando azufre y otros productos que le recomendaron en la droguería del pueblo. Todo resultó inútil. Preguntó a un compañero sacerdote y le dio esta receta: Si quieres que los murciélagos no vuelvan más por la iglesia ¡confírmalos! Eso mismo pasa con los muchachos.

No sólo con los muchachos. Las estadísticas nos dicen insistentemente que son muchos los que declarándose cristianos han dejado de ir a Misa. Nos referimos ahora, claro está, a la Misa del domingo. Gente joven y adultos lo dicen: “He dejado de ir a Misa”, “Ya no voy a Misa, no sé bien porqué iba y tampoco sé bien porque la he dejado”. Algunos dicen que la Misa les parece aburrida, que es la misma “peli” 52 días al año; que no entienden nada; que sus ritos son anticuados. Otros la han dejado porque han dejado de creer. Todas las respuestas son dignas de ser tenidas en cuenta.

Arturo Clemente, un sacerdote valenciano, ha reflexionado muchas horas sobre estas preguntas y el fruto de su reflexión nos lo ha dejado escrito en un librito –de 125 páginas, tamaño media cuartilla- con el título que hemos tomado para nuestro tema: **He dejado de ir a Misa, Editorial Edicep, Valencia.**

Posiblemente en la base de todas las explicaciones para dejar la Misa haya falta de fe, crisis de fe. Y no sabemos qué es primero, si hemos dejado la Misa porque hemos dejado la fe o hemos dejado la fe porque hemos dejado la Misa. Ser inconsecuentes resulta incómodo. Se tiende a dejar de hacer aquello que se ha dejado de creer, pero es frecuente también que uno deje de creer aquello que ha dejado de hacer.

Es necesario conocer bien la Misa para darle toda la importancia que tiene. La Misa nos da vida, nos llena de gracia, nos da fuerza para luchar por las causas buenas y ganas para hacer el bien. La Misa es un encuentro con Jesucristo – Palabra y Pan de vida- que viene a nosotros como amigo, que nos ofrece su amistad, su gracia y su alegría.

A todos los cristianos debería entusiasrnos este encuentro y debemos prepararnos para ello. Un domingo sin Misa no debería ser domingo para un cristiano, como guardando las distancias, un día sin Misa es un día menos cristiano.

Cada día, Dios se hace presente en los altares por muy modestos que estos sean. Un Dios que se hace presente en la Eucaristía, que se da, que se entrega. Si lo comprendiéramos bien correríamos hacia él. Si el creyente supiera valorarlo bien no se quedaría ni un solo día sin Misa.

La Misa es en verdad una fiesta, si la conocemos, si sabemos entenderla. A explicar con sencillez y entusiasmo qué es la Misa dedica el autor mencionado su librito. Por eso me atrevo a recomendar vivamente su lectura. Es el modo más sutil de abogar a favor de la Misa, me parece.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA UTILIZADA

1. ALDAZÁBAL, J. (Comentarios).
Ordenación General del Misal Romano, (3ª edición) CPL de Barcelona 2005.
2. BOROBIO, Dionisio
Eucaristía para el pueblo, 2 Vol. Desclée de Brouwer, Bilbao 1981.
3. BOROBIO, Dionisio
Eucaristía, BAC, Madrid 2000.
4. CANALS Juan Mª, (Editor),
Liturgia y parroquia, hoy (Jornadas Nacionales de Liturgia). EDICE, Madrid 2009,
5. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de Editores, Madrid 1992.
6. CORTÉS, Agustí
El aliento de la Liturgia. Vivir la Eucaristía, CPL de Barcelona, Barcelona 2009.
7. ECHEVARRÍA, Javier
Eucaristía y vida cristiana, Ed. Rialp, Madrid 2005,
8. ECHEVARRÍA, Javier,
Vivir la Santa Misa, Rialp, Madrid 2010, .
9. FARNÉS, Pedro
Pastoral de la Eucaristía, CPL de Barcelona, Barcelona 2001.
10. FARNÉS, Pedro, *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*, Ed. STJ. Barcelona 2007
11. FARNÉS, Pedro, *Mejorar las celebraciones y profundizar su significado*, Ed. STJ, Barcelona 2008.
12. MARTÍNEZ GUERRA, Luis
La celebración de la Eucaristía. Guía. PPC, Madrid 1992.
13. MUNETA, Jesús Mª.
San Vicente de Paúl, animador del culto, Ed. CEME, Salamanca 1977.
14. PARDO, Andrés
Apuntes sobre la celebración de la Misa, Monte Carmelo, Burgos 2004.
15. SCOTT, Margaret
La Eucaristía y la Justicia Social, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2009.